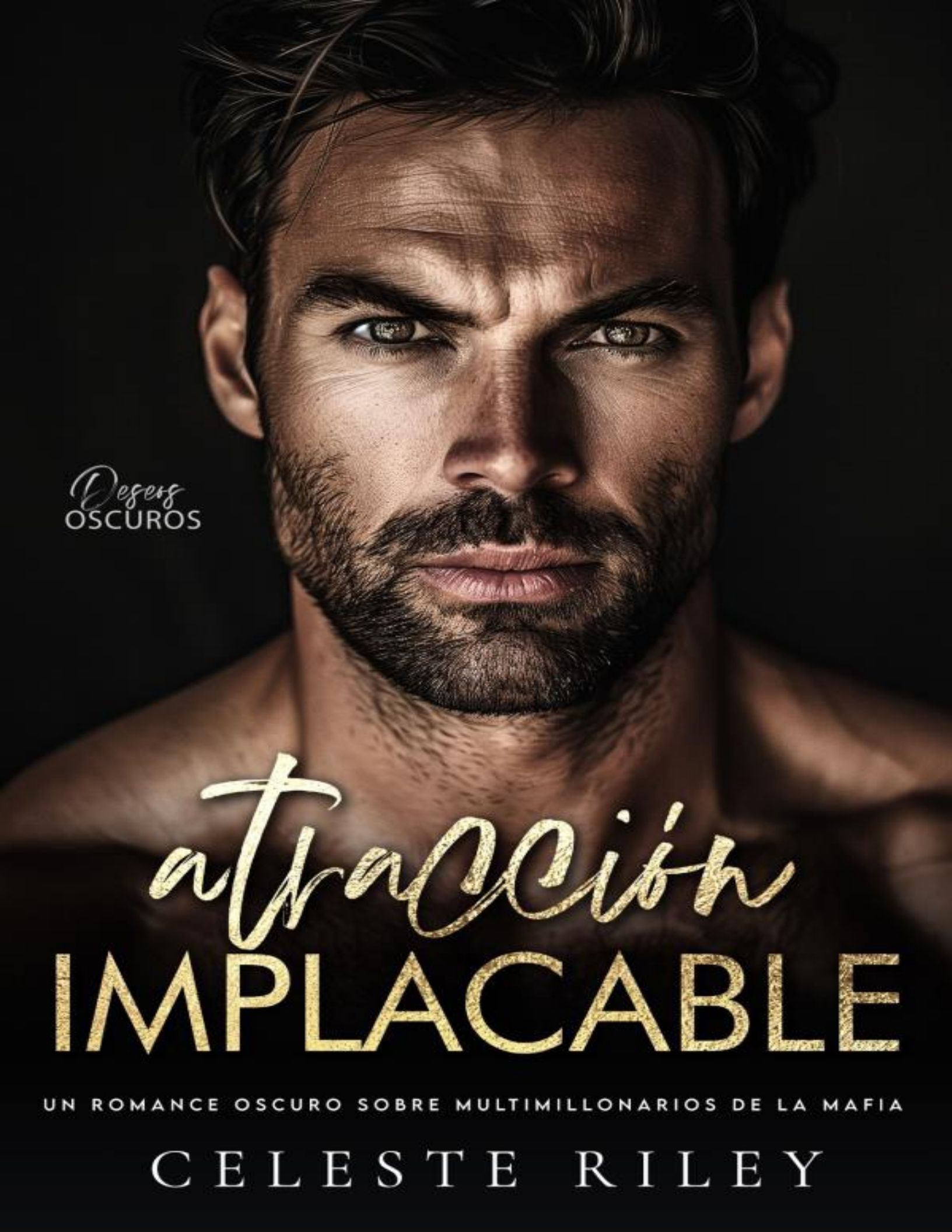

Deseos
OSCUROS
atracción
IMPLACABLE
UN ROMANCE OSCURO SOBRE MULTIMILLONARIOS DE LA MAFIA
CELESTE RILEY

Atracción Implacable

Un Romance Oscuro sobre Multimillonarios de la Mafia

Deseos Oscuros - Libro 3

por

Celeste Riley

Copyright © 2024 por Celestine Publishing Ltd.

Contacto: Celeste-Riley@mail.com

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Contenido

Capítulo 1: Gemma
Capítulo 2: Antonio
Capítulo 3: Gemma
Capítulo 4: Antonio
Capítulo 5: Gemma
Capítulo 6: Antonio
Capítulo 7: Gemma
Capítulo 8: Antonio
Capítulo 9: Gemma
Capítulo 10: Antonio
Capítulo 11: Gemma
Capítulo 12: Antonio
Capítulo 13: Gemma
Capítulo 14: Antonio
Capítulo 15: Gemma
Capítulo 16: Antonio
Capítulo 17: Gemma
Capítulo 18: Antonio
Capítulo 19: Gemma
Capítulo 20: Antonio
Capítulo 21: Gemma
Capítulo 22: Antonio
Capítulo 23: Gemma
Capítulo 24: Antonio
Capítulo 25: Gemma
Capítulo 26: Antonio
Capítulo 27: Gemma
Capítulo 28: Antonio
Capítulo 29: Gemma
SOBRE LA AUTORA

Capítulo 1: Gemma

— Deja de hurgar en esos agujeros — me sisea Natalie mientras me aparta la mano de la vibrante pared de ladrillo visto.
La pared sería preciosa si no tuviera una capa de pintura azul marino que cubre agujeros del tamaño de mi dedo meñique.
— Son agujeros de bala — respondo mientras vuelvo a meter el dedo en el hueco.
— Si esos no son tus agujeros, saca el dedo de ellos. — Me toma de la mano y me aleja de las paredes acribilladas.
Con vestidos excesivamente cortos para ser considerados ropa, nos vemos increíbles. La forma en que hombres y mujeres giran la cabeza, con lujuria en los ojos, me indica que los vestidos están haciendo exactamente aquello para lo que han sido creados: llamar la atención. Tal vez sienta un poco de envidia de aquellos que se contonean al ritmo de la ensordecedora música que suena en la discoteca. Me sorprende que pueda oírme pensar.
No deberíamos estar aquí.
— Nat, vámonos. No me gusta este lugar. ¿No leíste sobre las historias? Hubo un tiroteo, secuestraron a alguien e hicieron porno en el sótano o algo así — le digo mientras me meto en un estrecho hueco entre dos taburetes frente a la barra.
— Eso fue hace meses. Además, si vamos a cualquiera de los sitios del centro, es probable que nos encontremos con alguno de tus hermanos, ¿cierto? Al menos, aquí...
La interrumpo. — Al menos aquí vamos a encontrarnos con algún imbécil que quiera empezar algo con la hermana de Don Sebastien para demostrar su valía.
Natalie me fulmina con la mirada. Es un recordatorio de por qué mi cabello es rubio ceniza en lugar de un tono similar de castaño oscuro como el suyo. Se supone que nadie debe saber quién soy. Pero, en el otro extremo del país, debería poder arriesgarme a decir el nombre de mi hermano en voz alta.
— Como sea — le digo, odiando lo mucho que tengo que cuidar lo que digo. — Deberíamos irnos.
— Vamos a tomar algo para que merezca la pena haber venido hasta aquí. Ya no salimos de fiesta como en la ciudad. Llevas meses aquí. Pasaste los primeros dos buscando trabajo y ahora que tenemos algo de tiempo libre para estar juntas, ¿estás lista para dar por terminada la noche? Vamos, Gem, te querría tanto si por lo menos hicieras un chupito conmigo.
— Tú ya me quieres, Nat — suspiro con una leve sonrisa. — De acuerdo. Una ronda de chupitos y luego nos vamos de aquí. Este sitio me da asco.
— Dos chupitos de tu mejor tequila. — Natalie grita al camarero con dos dedos en el aire. — Dos rondas más después de eso, también.
— No. No voy a beber como si estuviéramos en el Bajo Manhattan. Esto es San Francisco — gruño poniendo los ojos en blanco. — Ya no estamos en el SoHo. Deberíamos tomárnoslo con calma.
— Lo estamos tomando con calma y la vamos a pasar de maravilla esta noche, luego tomaremos un UBER para volver a nuestra casa. — Natalie sonríe mientras bebe un trago y luego otro.
— Estoy de acuerdo con tu amiga. — Dice un hombre desde detrás de mí.
Intento mantenerme de espaldas a él, con el bolso bien agarrado delante de mí y las bebidas de Natalie a la vista en todo momento. Aun así, no puedo evitar echar un vistazo por encima del hombro para ver quién habla. Tiene el brazo levantado mientras hace una señal al camarero. El gesto oculta su rostro.

Mi mirada se cruza con la de Natalie. Me mira por encima del hombro, inclinando la cabeza hacia un lado y enarcando una ceja. Ese gesto silencioso me dice que el hombre es lo bastante guapo como para hablar con él, pero ahora mismo no me siento muy sociable.
— Me llamo Frankie, señoritas. Este es mi local. — Hace un círculo con el dedo en el aire, señalando el club.
Las paredes vibran con música electrónica. Las luces parpadean. La gente bebe y baila. Parece que no salgo de fiesta tan seguido como para seguir el ritmo de los demás. Incluso Natalie está cada vez más borracha.
— Los agujeros de bala son un bonito detalle. Le dan vida al lugar. — Bromeo moviendo la cabeza.
Frankie me rodea y se interpone entre Natalie y yo. Sus ojos brillantes se detienen en mi cara durante unos segundos antes de mofarse y darse la vuelta para darme la espalda. ¡Qué grosero! Imbécil. Me siento como en casa. Debe ser de Nueva York.
— Entonces, ¿qué puedo ofrecerte de beber esta noche? Especialmente algo para que ésta se relaje — dice señalándome con el pulgar por encima del hombro.
— Beberé tequila — responde Natalie.
— Soy la conductora designada. — Le hablo a la nuca.
— Un chupito. Lo prometiste. — Natalie hace un mohín y yo acepto a regañadientes.
Frankie nos da a las dos un vaso de chupito. Brindamos, bebemos y golpeamos los vasos contra la barra. La música sigue sonando mientras Natalie sigue bebiendo con Frankie. Evito más chupitos porque no me siento cómoda estando borracha lejos de casa.
Mi hogar es un apartamento de una habitación en el Upper West Side de Manhattan. Ahora, estoy atrapada en California porque no sería seguro para mí quedarme en *la ciudad que nunca duerme* mientras mis hermanos trasladan las operaciones de *La Familia* a la costa oeste. También está la cuestión de mantenerme alejada de la policía de Nueva York. Solo me queda esperar que mi secreto siga a salvo hundido en el fondo del East River.
— ¿Qué estás haciendo aquí, Gemma? — la pregunta suena como un susurro confuso, pero la voz me golpea en lo más profundo.
Conozco esa voz. Es él.
El corazón se me acelera al darme la vuelta para ver una cara que no veía desde que me gradué en el instituto, hace casi cinco años. Retrocedo un paso y contemplo unos suaves ojos verdes bajo unas cejas endiabladas perfectamente arqueadas. Unos pómulos marcados y una barba áspera y bien recortada dan a su rostro un atractivo contraste.
Antonio Calisi es una mezcla de modelo masculino y leñador, pero de profesión es médico. Se supone que los médicos no van de fiesta a discotecas ni tienen tan buen aspecto como él.
Lo recuerdo de mi época de juventud, siempre cerca de mis hermanos y más cercano a Sebastien.
— ¿Estás aquí para espiarme? Dile a Bash que no necesito un niñero.
Antonio se lleva un dedo a los labios, advirtiéndome que deje de hablar dirigiendo una mirada hacia Frankie. Me invade una sensación de calor. No sé si es la reavivación de mi enamoramiento de colegiala o el alcohol recorriendo mi cuerpo. Siento el pecho caliente y la mente me da vueltas como una peonza. Miro el lugar donde dejé el vaso de chupito, pero ya no está.
— No tienes buen aspecto. — Antonio usa un dedo para inclinar mi cabeza hacia arriba para inspeccionar mi rostro y mirarme fijamente a los ojos.
— Bueno, tú tampoco tienes buen aspecto — le respondo, apartando la cara de sus dedos.
Siento como si me hubiera tomado veinte chupitos en vez de uno solo.

Le golpeo el pecho con el dedo. — No importa si eres el médico más sexy que he conocido. No tienes buen aspecto y necesito un poco de aire.
— No me refería a eso, Gemma. Vente conmigo — me exige Antonio, pero apenas puedo pensar con claridad.
Me acaricio la parte delantera del cuerpo hasta llegar al dobladillo de mi vestido.
Deslizo la mano entre mis muslos por un segundo y luego la retiro y se la acerco a la cara. — Ni siquiera estoy mojada, doc. Vas a tener que esforzarte más para que me venga contigo.
Se ríe, aparta la mirada y vuelve a centrarla en mí. La forma en que se inclina me permite aspirar su delicioso aroma a anís y canela.
Picante. Seductor. ¿Por qué tiene este efecto en mí? Yo sé por qué. Porque he estado enamorada de él desde que tengo memoria. Mi última interacción con Antonio me trae un grato recuerdo. Me había arriesgado y le había robado un beso la noche después de mi graduación, pero no pasó a más. Esta noche, sin embargo, podría aprovechar esta oportunidad para explorar esa curiosidad lujuriosa que siempre he sentido por él.
— Puedo cuidarme sola, doc. No te muevas. Enseguida vuelvo. — Le digo mientras la cabeza me da vueltas.
Necesito apoyo, un codo al que agarrarme que me lleve a través de los cuerpos que se balancean hasta el baño. Pero me doy la vuelta y veo que Natalie se ha ido. Se me acelera el pulso mientras mis ojos recorren a todos los que me rodean.
— Maldición. ¿Adónde se ha ido? Odio cuando hace eso.
— Tu amiga está ahí — dice Antonio, señalando con la barbilla la pista de baile.
No quiero impedir que se divierta.
En lugar de eso, me convenzo de que puedo hacerlo sola y le digo. — Bien, vigílala, enseguida vuelvo. Solo necesito echarme un poco de cara en el agua.
Levanta una ceja con una ligera risita. — ¿Quieres intentarlo de nuevo?
— Mierda. Ya sabes lo que quise decir, Antonio.
Se ríe de nuevo. — Sí, pero espera, déjame buscar a tu amiga e iremos juntos para que pueda vigilarlas a las dos.
Quiero que me vea hacer mucho más, pero es mejor que me calme.
Me sacudo la anticipación de satisfacer mi lujuria y me agarro a la barra para estabilizarme. Después de cerrar los ojos y respirar hondo, me dirijo al baño sin esperar a que Antonio y Nat se unan a mí.
Unos agujeros de bala en una pared de ladrillo azul horriblemente pintada conducen a los aseos, con el baño de hombres y el de mujeres uno frente al otro. La puerta que los separa se abre y Frankie sale. Mierda, pensaba que estaba con Natalie en la pista de baile con toda la intención de apoyar su erección contra alguna bailarina desprevenida.
— Vaya, pero si es mi diseñadora de interiores favorita. ¿Qué te pasa? Pareces un poco mareada. ¿Necesitas recostarte? — pregunta Frankie con una sonrisa diabólica.
Sacudo la cabeza y me dirijo a la puerta del baño de mujeres, pero Frankie me sujeta la muñeca. Me empuja a través de otra puerta que conduce a una trastienda. Hay una mesa en un espacio poco iluminado donde hay vasos vacíos hasta que me empuja contra ella, haciendo que los vasos caigan.
— Detente. — Le digo, pero mi voz apenas supera un susurro. — No me siento bien. Tú… le pusiste algo a mi bebida.
— Puedo ayudarte a que te sientas mejor, si me lo pides amablemente. — Frankie me mira lascivamente mientras me toca la entrepierna.

— Vete a la mierda. — Gruño y me dirijo a trompicones hacia la puerta.
La puerta se abre un poco, pero Frankie la cierra de un empujón. Me tira hacia atrás, lo que hace que me tuerza el tobillo con los zapatos y que tenga que usar la mesa para mantener el equilibrio. Solo consigo quitarme un zapato antes de que Frankie se acerque un paso más.
— Estoy intentando cogerte, cariño. Vamos. Solo será un minuto. Súbete el vestido.
Un bufido mezclado con risa estalla fuera de mí. — Si solo te llevará un minuto, ¿qué tal si me ahorras el trauma, la terapia y el hecho de tener que lidiar con la policía? Solo déjame salir de aquí. Y le diré a todas las mujeres que conozco sobre la gran polla que tienes. Harán fila para coger contigo y podrás dejarme en paz.
Ojalá pudiera seguir con las bromas, pero la droga que tengo en el cuerpo me hace sentir como si flotara. Apenas puedo concentrarme en disuadir a este imbécil de su plan. Por desgracia, está mucho más sobrio que yo. Al menos, eso parece.
Cuando arremete contra mí, siento como si me moviera en cámara lenta. Frankie se golpea contra la mesa, pero rápidamente se da la vuelta para mirarme de nuevo.
— Maldición, hombre, no tienes que hacer esto. — Le digo con cada respiración gastando demasiada energía.
— ¿Qué tal si me dejas enterrarte mi polla en la garganta? Así puedes dejar de decirme lo que debo o no debo hacer.
— ¡Eres un maldito caballero! — Suelto un bufido sombrío y alargo la mano hacia la puerta.
La abro lo suficiente para deslizarme por ella, pero Frankie vuelve a agarrarme. Me lanza hacia atrás y cierra la puerta de golpe. Esta vez la cierra con llave.
Maldición.
Cuando Frankie se abalanza sobre mí, me tiro al suelo con la esperanza de utilizar la mesa como escudo. El suelo está sucio, pegajoso bajo mis espinillas mientras me arrastro hacia el otro lado. Frankie aparta la mesa de su camino. Un fuerte golpe resuena en la habitación, pero no es de la mesa.
Antonio está parado en la puerta con furia en los ojos. Me echa un vistazo y se lanza por Frankie. Oigo palabras y gruñidos entre ellos, pero el suave agarre de Natalie tirando de mi brazo atrae mi atención.
Sin embargo, no puedo dejar de ver el intercambio de golpes entre Antonio y Frankie. Todo se mueve en cámara lenta como la escena de una película de acción. La forma en que se golpean y se lanzan el uno al otro. Antonio domina a Frankie con facilidad. Nada que ver con lo que imagino que sería un médico.
La ira, pura y carnal, por protegerme tiene mis pezones endureciéndose de deseo. Maldición, Frankie debió haber puesto algo potente en ese chupito. La pelea parece durar una eternidad, pero parece irreal por la forma en que Antonio lanza a Frankie por esta pequeña habitación.
Incluso la cara de Natalie es confusa cuando le digo. — Su escena de lucha parece tan real.
— Es muy real, cariño. Vamos. Arriba. — Natalie me ayuda a ponerme de pie.
Tengo un pie apoyado en el suelo y el otro descansa torpemente sobre uno de mis tacones rojos favoritos. Hay algo que me hace chispear por dentro. No debería estar tan excitada por Antonio ensangrentando la cara de Frankie. Aunque haya detestado cada momento a solas con Frankie, si hubiera sido Antonio, me habría alegrado de estar encerrada en la habitación.
— No podemos irnos todavía. Mi zapato está en alguna parte. — Utilizo su hombro para sostenerme.
La lujuriosa energía que recorre mi cuerpo hace que mi coño se estremezca de anticipación. Antonio es un maestro con sus manos como médico y como luchador. Quiero saber hasta qué

punto trabajaría con maestría sobre mi cuerpo para arrancarme un orgasmo.
Una profunda inhalación hace que un tufillo a sudor me envuelva y mi lujuria sexual se disipa. Los olores del licor que cubre el suelo con un toque de sangre contaminan el aire. Hay demasiados olores familiares a la vida que dejé atrás como princesa de la mafia en Nueva York. Se me revuelve el estómago.
El sonido de varias pistolas amartillándose y preparándose para disparar me saca prácticamente de mi estupor drogado. Volteo para ver las manos ensangrentadas de Antonio, una sujetando a Frankie por la camisa mientras la otra se cierne sobre la nariz sangrante de Frankie. Tres hombres están parados frente a la puerta con sus armas apuntando a Antonio.
Me lanzo inmediatamente delante de Antonio, sorprendiendo a todos los presentes.
— No puedes ponerle las manos encima a un *hombre hecho* y pensar que vas a largarte de aquí. — Espeta uno de los hombres armados mientras nos apunta con su arma.
— ¿Y crees que ponerle las manos encima a la hermana de un Don es más perdonable? — respondo bruscamente a los hombres.
Con Antonio parado detrás de mí y su mano cerca de la parte baja de mi espalda. Frankie hace una mueca de dolor y se retuerce en el suelo.
— No lo hagas. — Natalie me susurra con insistencia desde unos metros de distancia.
Intento mantener la voz firme, inquebrantable, pero siento la boca pastosa y los dientes entumecidos. — Soy Gemma Marzano, hermana de Don Sebastien Marzano. Este imbécil que está en el suelo me drogó y me atacó. Mi prometido solo vino a defenderme. Si quieren empezar una guerra, está bien. Pero Antonio está protegido por mi familia.
Se oye una carcajada detrás de los tres hombres armados. Un hombre corpulento, con el cabello enjuto pegado a su pálido cuero cabelludo en forma de herradura, se adelanta. Está claro que es el que manda.
El hombre pregunta con indiferencia. — ¿Qué hace en *mi club* la querida hermanita de un Don de Nueva York?
— Es mi culpa — dice Natalie. — Queríamos una noche de diversión sin que sus hermanos nos vigilaran. Su prometido nos acompañó para asegurarse de que no nos metiéramos en líos.
Esa es mi chica. Nunca tengo que decirle cuándo o cómo mentir para mantener nuestras historias.
— Es curioso que digas que Antonio es tu prometido, porque en todos estos años tratando a la familia Dacosta, ni una sola vez ha mencionado a una zorra — replica el hombre.
Antonio se pone delante de mí, arrastra a Natalie detrás de él, a mi lado, y habla con seguridad. — ¿Por qué diablos iba a hablarles a ustedes de alguien que me importa? ¿Para que la droguen, la tengan de rehén y le hagan quién sabe qué? Y que conste que nunca he trabajado para Vito. Ese es mi amigo, Ronan. Trabaja para la familia Dacosta. No les debo a ninguno de ustedes una explicación sobre mi vida sexual.
— Mierda, no sabía quién era. Pensé que era otra zorra engreída. Solo pretendía que se relajara. — Frankie gime desde el suelo, sujetándose la nariz sangrante y un lado de la cabeza.
El hombre corpulento pone los ojos en blanco, nos mira de pies a cabeza y desvía su atención hacia Frankie para regañarlo. — ¿Así es como te comportas en mi local la noche del estreno?
— Don Verducci, le juro que no pensé... — Frankie intenta hablar.
— ¡Ese es tu problema! Nunca piensas, maldición. — El hombre al mando suelta un chasquido.
Antonio voltea hacia mí y me engancha un dedo bajo la barbilla. — Mírame, Gemma. ¿Estás bien? — me pregunta.
Sus ojos verdes parecen recorrerme la cara para comprobar si tengo algún daño. Dios, el esmero

de su mirada tiene mi boca dispuesta y lista para que la reclame. O quizá debería ir por él. Es el momento perfecto para recrear la última vez que estuvimos cara a cara.
— Dígamelo usted, doctor — respondo con una pequeña sonrisa, le agarro por la nuca y tiro de él hacia abajo para darle un beso.
Mi lengua se desliza fácilmente en su boca. El cálido roce de sus labios con los míos hace que todos los demás en la habitación desaparezcan, pero el momento termina tan rápido como empezó.
Susurra contra mi boca. — Nunca debí perderte de vista.
En algún lugar de las palabras no dichas, sé que significa algo más que haberme permitido dejarlo en el bar.

Capítulo 2: Antonio

Cinco años, cuatro meses y ocho días.

La última vez que recuerdo haber visto a Gemma Marzano coincide con un momento de mi vida que odio. El haber tenido que marcharme de Nueva York para hacer lo mejor para *La Familia.* Mi corazón estaba roto porque me había enamorado de alguien que sabía que no podía tener. El último recuerdo es un beso robado después de su cena de graduación.

Ahora estamos en el otro extremo del país y sus labios vuelven a rozar los míos. Su lengua se arremolina en mi boca y ya no pienso dejar que volvamos a ser como unos desconocidos.

Las ideas delirantemente diabólicas que se arremolinan en mi mente de todas las formas en que puedo tener a Gemma, poseer a Gemma, poseer sus orgasmos, me han atormentado en el pasado. Cuando los hermanos Marzano llegaron a San Francisco hace unos meses, no tenía ni idea de que ella venía con ellos. Mi polla egoísta está extasiada con la idea de que esté tan cerca que pueda tocarla.

¿Y ahora?

Ahora se siente pequeña entre mis brazos. Dejo de besarla y Gemma pone los ojos en blanco antes de desplomarse sobre mí.

— Pagarás por esto, Verducci — le advierto al nuevo Don de la familia Dacosta.

El gordo bastardo se hizo cargo tras el encarcelamiento inesperado de Vito Dacosta.

Muevo los dedos hacia dentro y hacia fuera, dejando que el dolor me recorra la mano. Siento una opresión en el pecho. El olor a hierro de la sangre fresca me excita de un modo que odio admitir. Tener las manos manchadas de sangre por haber derribado al suelo a un imbécil no es lo mismo que tratar a un paciente. Tener el poder de la vida y la muerte fuera de mi trabajo me hace volar alto.

Verducci levanta las manos en señal de rendición y dice. — No nos pongamos insolentes, doc. Toma a tu chica y vete. Asegúrate de explicarle a Bash...

— Don Marzano para ti — gruño, tomando a Gemma en brazos.

No voy a permitir que un desconocido le falte al respeto a mi mejor amigo, que tanto me ha costado ganarme.

— Perdón. Dile a *Don* Marzano *que Don* Verducci le presenta sus disculpas. Nos ocuparemos de este asunto nosotros mismos. — Las palabras de Verducci no me aseguran nada, aparte de hacerme saber que volveré para ocuparme personalmente de ese llorón de mierda, de Frankie.

Mientras tanto, tengo que llevar a Gemma a la clínica.

Justo delante de la puerta, la gente hace fila para ir al baño como si no pasara nada. Para el espectador común, no *pasa* nada. Parece otra chica que no pudo aguantar el alcohol siendo llevada afuera.

Ronan Cannella, uno de mis mejores amigos y colega, está hablando con una mujer en el bar cuando me ve salir del club con Gemma en brazos y su amiga pisándome los talones.

— ¿Tú conducías? — le pregunto a la amiga de Gemma.

— No, no vinimos conduciendo. Somos borrachas responsables. ¿Quién eres? ¿Cómo conoces a Gemma? — pregunta ella.

Eso me hace saber que es nueva. En todo caso, una amiga suya de los últimos cinco años. Nadie de su infancia tendría que preguntar.

— Soy Antonio Calisi, amigo de la familia. ¿Y tú eres? — pregunto, echando un vistazo por encima del hombro.

No me fío de que Verducci no nos esté siguiendo.

— Me llamo Natalie. ¿Qué le pasa? ¿Se pondrá bien? — pregunta justo cuando Ronan nos acerca el coche.
La gente empieza a salir del club. Le hago un gesto con la barbilla a Natalie para que se siente delante mientras yo me deslizo atrás con Gemma aún en brazos.
Ronan conoce el camino a la clínica. Así es más fácil tratar a Gemma en el asiento trasero. Le doy unos ligeros golpecitos en las mejillas para que abra los ojos. Unos preciosos ojos grises me miran desde detrás de sus pesados párpados. Gime, pone los ojos en blanco y vuelve a cerrarlos.
— Vamos, Gem. Abre esos preciosos ojos, cariño. — Le ruego mientras meto la mano bajo el asiento de Ronan para sacar su botiquín.
Siempre hay al menos dos en su coche. Como médicos de urgencias, nunca salimos sin ellos.
Después de tomarle el pulso, le abro los párpados con cuidado. De uno en uno, compruebo sus pupilas con una pequeña linterna. Su ritmo cardíaco es demasiado lento. Le cuesta respirar y sé que tenemos que trabajar rápido.
— ¿Narcan? — grito al asiento delantero mientras froto la parte superior de su labio con el pulgar con tanta firmeza como puedo sin hacerle daño.
Normalmente, usaría los nudillos, pero la sangre de Frankie se mezcla con la mía en ellos. Ella gime, moviendo la cabeza lentamente con fastidio.
— Basta, déjame dormir. — Gemma susurra.
Ronan golpea el volante con el puño. — No. Quería reabastecerme antes en el hospital. Estaremos en la clínica en dos minutos.
— ¿Tienes idea de lo que le ha dado ese maldito? — le pregunto a Natalie, que está de espaldas en su asiento para observar todos mis movimientos.
Mueve la cabeza de un lado a otro cuando llegamos a la clínica. Ronan sujeta las puertas mientras meto a Gemma en la clínica Cannella Medical Group. La familia de Ronan, él y sus hermanas para ser exactos, dirigen el lugar. Yo trabajo aquí de tanto en tanto cuando necesito alejarme de los turnos del hospital.
El silencio de la clínica vacía es inquietante, pero nos apresuramos a entrar en una de las salas de exploración. Las paredes de color beige suave resultan tranquilizadoras bajo la iluminación de emergencia. Los suelos de madera tienen el mismo tono de marrón claro con armarios blancos contra la pared. Encimeras blancas recorren los armarios inferiores con frascos y bandejas con los suministros de su hermana.
Ronan ya está en modo de emergencia mientras Natalie camina en círculos.
— ¿Qué tenemos aquí? — pregunta Ronan mientras prepara materiales y algunos instrumentos.
— No vamos a abrirle el pecho. Está respondiendo mejor de lo que esperaba, así que podemos esperar con el Narcan. ¿Cuál es la droga preferida en ese lugar? — le pregunto.
Ronan me dirige una mirada de soslayo. — No lo sé. Solían vender coca y éxtasis, pero no sé cuál es la droga de moda hoy en día. No tengo ni idea de lo que pasa ahí dentro ahora. Solo fui a Trips esta noche a petición de Don Vito.
— Más bien por orden suya. Las peticiones pueden ser denegadas. Deberías haberme dicho la verdadera razón por la que fuimos allí. ¿Por qué sigues haciendo algo por ese imbécil? Secuestró a un niño inocente. — Mi voz apenas supera un susurro mientras trabajo sobre Gemma.
Ronan se encoge de hombros. — Puede que lo haya permitido, pero en realidad no secuestró al niño.
— No hagas eso, Ronan.
— No lo estoy excusando. Además, está cumpliendo condena por eso. Honestamente, todavía le debo algunos favores. Por esa razón fue que, empecé a trabajar para su organización en primer

lugar. De la misma forma que los Marzano te ayudaron...
Sacudo la cabeza para no volver a hablar de nuestras historias demasiado parecidas en el ámbito médico. Es una de las razones por las que conectamos tan fácilmente.
Me hace caso para no ahondar en ese tema. — Tenía que ver lo bien que le había ido a Verducci esta noche.
— Sí, porque esto es señal inequívoca de que la gran reapertura ha sido un éxito — niego con la cabeza mientras miro a Gemma.
Le aparto unos mechones de su sedoso cabello rubio de la cara.
Le brotan gotas de sudor en la frente, pero la buena noticia es que se está recuperando. Gemma gime, aprieta los dientes e inmediatamente se pone de lado. Sus palabras son confusas debido al malestar.
— ¿Qué demonios, Nat? ¿Por qué me has dejado beber tanto?
— Solo tomaste un shot de tequila. — Natalie dice por encima de mi hombro.
— Siento como si un tornado me hubiera dado vuelta el cerebro — gime Gemma.
La mirada de Natalie se mueve entre Ronan y yo.
Sacude la cabeza y se acerca a Gemma, diciéndonos. — Deberían traer un cubo y una fregona. Esto podría ponerse feo.
— *No* voy a vomitar. — Gemma refunfuña. — No voy a darle a ese imbécil la satisfacción de hacerme vomitar. Solo necesito un poco de Gatorade. ¿Dónde están mis malditos zapatos?
— Puedo hacerte una intravenosa para que puedas recuperarte — dice Ronan cuando el sonido de la puerta principal de la clínica abriéndose llama nuestra atención.
Ya estoy escaneando la habitación, preguntándome en qué cajón hay un arma. Esta no es la sala de exploración de Ronan, así que es probable que no encuentre una. Los fuertes golpes de mi corazón contra el pecho envían picos de adrenalina a mi cerebro. Cada centímetro de mi cuerpo se tensa con la anticipación de una pelea.
— ¿Qué diablos ha sucedido esta noche? ¿Dónde está Gemma? — la voz de Damian Marzano retumba en la clínica vacía.
Natalie, Gemma y Ronan dejan escapar un suspiro colectivo de alivio. Mi cuerpo también se relaja.
— Un imbécil llamado Frankie echó algo en la bebida de Gem — le dice Natalie.
Damian hace una pausa y se toma un momento para estudiar a Natalie de pies a cabeza antes de dirigirse a mí con una mirada inquisitiva.
— Mira, fui con Ronan y vi a Gemma en el bar. Frankie Genero pidió unas bebidas para ellas, pero antes de que pudiera hacer nada, ella ya se había tomado el chupito — le digo a Damian.
La cara de Damian enrojece de ira justo cuando los otros dos hermanos Marzano entran detrás de él. Don Sebastien «Bash» Marzano es el mayor de los tres, con Casper unos años más joven que nosotros, y Damian, el más joven. Aunque comparten los mismos ojos grises que Gemma, no hay nada delicado en ninguno de ellos.
Bash y yo estuvimos muy unidos en algún momento, pero la vida tiene una forma de demostrarte quiénes son tus verdaderos amigos. Aunque no dudo de nuestra amistad, seis años en prisión me han demostrado dónde están las lealtades de la familia Marzano. Aún así, lo considero mi amigo, pero sé que ese título no tiene tanto peso como el de *Don.*
Casper está al lado de Gemma, ayudándola a incorporarse mientras Ronan le pone la vía.
Bash se fija en el moratón de su brazo y voltea hacia mí. — ¿Cómo pasó esto?
Miro a Gemma con los recuerdos de haber derribado la puerta del almacén. — No me gustó su mirada en el bar y ella dijo que quería ir al baño. Fui a buscar a Natalie para ayudarla, pero Gem

se alejó de la barra. Para cuando nos dirigimos a los baños, ella ya estaba peleando con Frankie en algún cuarto trasero.
— Sí, deberían haberlo visto, muchachos. Antonio rompió la puerta de las bisagras, se veía tan jodidamente fuerte. — Natalie dice con emoción en los ojos.
La mera mención hace que me duela el hombro. Damian pasea su mirada entre Natalie y yo. Me doy cuenta de que no le agrada su admiración por mis acciones, pero es solo eso. Admiración por haber acudido al rescate de su amiga. ¿Cómo podría no haberlo hecho?
— Hice lo que había que hacer — les digo extendiendo las manos para que vean mis nudillos ensangrentados y magullados. — Le rompí la nariz, pero Verducci amenazó con matarme ya que Frankie forma parte de la familia Dacosta.
Damian gruñe, dirigiéndose a sus hermanos. — Sabía que Vito no cumpliría su maldita palabra. Me prometió que podría comprarle Trips si no íbamos a la guerra. ¿Y luego hace esta mierda? Esa gente tiene que morir, Bash. ESTA NOCHE.
— No — dice Gemma en voz baja. — Le dije a Verducci que Antonio y yo estábamos comprometidos, y que Antonio está protegido por nuestra familia. No quería que empezara una guerra entre familias y ustedes acaban de llegar a la costa oeste. El bastardo que me drogó dijo que no sabía quién era, y Verducci dijo que se encargarían de ello.
Bash asiente, se detiene a pensar un momento y dice. — Verducci no va a hacer nada al respecto. Esto consolidará su posición como nuevo Don de la familia Dacosta y me mostrará débil si no me ocupo personalmente de esta mierda de Frankie. Ustedes dos necesitan seguir comprometidos. Interpretar el papel de verdad.
— Un momento — les digo. — Te estoy agradecido, Gemma, por salvarme el pellejo ahí atrás. Amigos, siempre me han cuidado, pero esto es demasiado.
No me considero un buen marido o el prometido ideal. Mi trabajo es lo primero. Y mis gustos sexuales requieren un cierto tipo de mujer que no salga gritando cuando se dé cuenta de lo que me excita.
Bash se acerca a mí mientras Gemma se niega a mirarme.
Sin que nadie más lo oiga, me mira a los ojos. — Antonio, necesito que hagas esto. Frankie tiene que morir, y me da igual lo que *él* diga o lo que diga Verducci. Si no estás comprometido de verdad con mi hermana, van a matarte.
— Me arriesgaré, Bash. ¿De verdad quieres que sea tu cuñado?
— Has hecho más por mí que cualquiera de mis hermanos — admite Bash, con la voz apenas por encima de un susurro.
— Y he pagado el precio por...
Me interrumpe. — Y he pagado por tu sacrificio mil veces. Eres un médico sin ningún préstamo estúpido y te han condenado por un delito grave. ¿Quién te protegió entre rejas? La Familia lo hizo. ¿Crees que esa mierda fue fácil? ¿O barata? Todo lo que te pido que hagas es que cuides a Gemma unas semanas mientras resolvemos esta mierda. No puedo tener a Gemma con ninguno de nosotros a tiempo completo mientras hacemos lo que tenemos que hacer para arreglar esto.
Suspiro, pellizcándome el puente de la nariz antes de alisarme las cejas. Por mucho que me gustaría estar comprometido con Gemma, realmente comprometido, no hay forma de que ella pueda darme lo que necesito. Si en algún momento, viera la clase de mierda que tengo en mi cabeza, saldría corriendo por las colinas.
No quiero ver nunca una mirada de miedo o asco en sus ojos. No quiero que vea la clase de monstruo en que me puedo convertir. Bash tiene razón sobre haberme protegido tras las rejas, pero esa mierda solo fue hasta cierto punto. He tenido que hacer cosas por las que no quiero que

me perdonen, y tengo miedo de que el hecho de tener que fingir estar comprometido con Gemma pueda llevarme a quererla de verdad.
— Escucha — Bash continúa su campaña para convencerme. — Esto será lo último que te pida. Estar comprometido con Gemma mantiene el blanco fuera de tu espalda hasta que nos ocupemos de Frankie.
Miro a Gemma mientras apoya la cabeza en el hombro de Natalie. No hay manera de que confíe en Verducci para *manejar* cualquier cosa con respecto a su propio hombre. Pero con los hermanos Marzano de por medio, las cosas pueden agravarse rápidamente.
— Déjame pensarlo. Mañana tengo turno en el hospital. Si Verducci pone fin satisfactoriamente a la situación de Frankie, podemos aplazar la noticia del compromiso. Verducci parecía dispuesto a enterrarlo en algún sitio para evitar una guerra — le digo.
Bash me da una palmada en el hombro. — Puedo esperar veinticuatro horas. Mientras tanto, Gem, te vas a casa con el doctor. No quiero que ese imbécil de Genero te acose hasta tu casa ni nada por el estilo.
— Bash — digo su nombre bruscamente.
Sin embargo, no puedo decirle por qué me opongo tan rotundamente. No puedo contarle las noches solitarias en las que me he masturbado hasta el clímax fantaseando con los labios de su hermana recorriendo cada parte de mi cuerpo.
Bash levanta las manos en señal de rendición. — Ella puede quedarse en un hotel. Puede quedarse con Natalie, pero Antonio, tienes que estar donde esté ella. No puedo confiarle su seguridad a nadie más. Después de todo, van a casarse — dice con una sonrisa.
Todas las alarmas de mi cabeza suenan alto y claro. Esto no acabará bien si no acepto este compromiso. No quiero que Gemma corra peligro. Tampoco quiero una diana en mi espalda por haberla protegido. El mayor problema es que, una vez que esté en mis brazos, ya no querré dejarla ir.
¿Cómo diablos voy a jugar a ser el mejor prometido si cada vez que nos besamos me pone dura la polla? ¿Cuánto tiempo se supone que voy a ignorar los impulsos carnales que crecen dentro de mí?
Con planes de darle a Don Sebastien Marzano mi respuesta mañana, espero que Verducci sea un hombre de palabra. Si Bash se ocupa de Frankie antes que Verducci, caerán cadáveres y tendré que estar a la altura de las circunstancias. Mis manos no pueden permanecer limpias cuando se trata de mantener a Gemma a salvo.
Me dirijo hacia ella, feliz de ver que se encuentra mejor. Sus delgadas piernas se balancean sobre el borde de la camilla. Veo las curvas de su trasero antes de que se mueva para bajarse el vestido. Natalie le rodea la cintura con un brazo y me mira por encima del hombro.
— ¿Vas a llevarme a casa también, doc? — pregunta Natalie.
— Yo lo haré — dice Damian antes de que pueda responder. — Prefiero llevarla a casa para asegurarme de que no hay nadie allí esperándolas a ninguna de las dos.
Me pongo al lado de Gemma y le rodeo la cintura con el brazo para mantenerla firme.
— Gracias, Antonio — susurra Gemma.
Salimos de la clínica y Ronan cierra. Damian y Natalie se alejan mientras Casper y Sebastien entran en su coche. Ronan se apresura a llegar al lado del conductor, pero alguien se mueve en las sombras.
Hay oscuridad al otro lado de la calle, ya que no hay nada más que árboles que conducen a otros complejos médicos. Los disparos resuenan en la noche, enviándonos a los tres al suelo para evitar las balas. Bash y Casper salen de su coche para usarlo como cobertura, disparando hacia la

oscuridad con sus propias armas.
— Supongo que Verducci no se encargó — grita Ronan por encima de los disparos.
Sacudo la cabeza mientras cubro a Gemma e intento calcular el tiempo y la distancia entre nuestro lugar y el coche. Es demasiado arriesgado moverse. Me doy la vuelta hacia Ronan con la rabia creciendo en mi interior. Verducci morirá por esto.

Capítulo 3: Gemma

Los disparos son tan comunes como los simulacros de incendio en esta vida. No suceden a menudo, pero cuando los oyes, tus músculos responden a los recuerdos que recorren cada fibra de tu cuerpo. Tiemblo cuando cada bala atraviesa la silenciosa noche frente a la clínica.

Antonio me cubre con el brazo, me atrae hacia él como si su cuerpo fuera a prueba de balas. A pesar de lo excitante que resulta que me proteja, no puedo evitar el rechazo que me invade. No me quiere como yo lo quiero a él. Como siempre lo he querido.

Recuerdo el día que Antonio vino a casa. El primer día que lo vi. Estaba despeinado y llevaba una perilla mucho más espesa que hacía que su rostro pareciera amenazador, oscuro, con unas cejas diabólicas que hacían difícil no mirarlo fijamente.

Tanto mis hermanos como mi padre eran hombres peligrosos. Me trataban como a una princesa, y Antonio ni siquiera había mirado en mi dirección. Por supuesto que no. ¿Por qué un hombre recién salido de la cárcel se fijaría en la hermana pequeña de su mejor amigo?

Ocho años después de aquel fatídico encuentro unilateral, la noche de mi graduación, se presentó con la extraordinaria noticia de que se había partido el trasero para graduarse en medicina. Que regresaba a Nueva York y, ahora que yo tenía dieciocho años, pensé que tenía una posibilidad.

Aun así, Antonio no me había hecho caso. Yo coqueteaba con él y me sonreía. Una sonrisa como diciendo, *aww ella está enamorada de mí,* pero no había mordido el anzuelo.

Incluso hoy en día, cuando *le toca* ser mi prometido, no quiere saber nada de mí. Esto es, y siempre ha sido, un enamoramiento unilateral. Un enamoramiento juvenil que debería dejar atrás, pero ¿cómo?

¿Cómo voy a dejar de fantasear con un hombre que derribó una puerta para ayudarme? ¿Para rescatarme? ¿Para salvarme de Frankie? Una escoria que decidió que yo debía ser la dócil mujer de fiesta en su club nocturno.

Que se vaya a la mierda Frankie. Espero que Bash, Casper y Damian lo destripen como a un maldito pez.

Pero ¿Antonio?

Antonio tiene las manos manchadas de sangre por mí. Es todo lo que mi mente había pintado que era; está a la altura de algo más grande que el retrato del deseo sexual que cuelga de las paredes de mi imaginación.

Sin embargo, las palabras que suenan con más fuerza son las de Antonio diciéndole a Bash hace unos instantes que se arriesgaría contra Verducci antes que seguir con este falso compromiso. Ni siquiera es capaz de fingir que me ama.

El breve beso que plantó la semilla de que fuera mi prometido perdura en mi memoria como un sueño húmedo. Un sueño al que me muero por volver porque besar el pavimento ahora mismo tiene mi adrenalina por las nubes. Me pregunto qué habrá pensado Antonio de nuestro beso.

Mientras las balas resuenan sobre nosotros, quiero que me mantenga arropada junto a él, protegiéndome de quienquiera que nos haya seguido hasta aquí. Ojalá pudiera quitarme la sensación de que alguien me está observando.

Y luego... silencio.

Los disparos cesan. Finalmente abro los ojos y veo el pavimento bajo nosotros. La pesadez del brazo de Antonio sobre mi espalda se aligera.

— ¿Le dieron? — grita Antonio a mis hermanos, Bash y Casper.

Bash ya tiene abierto el maletero de su coche mientras Casper salta al asiento del conductor.

Bash nos grita. — Salgan de aquí. Lo tenemos bajo control. Maldito Verducci.

Ya sé cómo sigue esta historia. Mis hermanos pasarán el resto de la noche intentando atrapar al tipo que acaba de dispararnos.
Antonio me ayuda a ponerme en pie y me inspecciona, inclinando suavemente mi cabeza y pasándome los dedos por el cabello. Me dejo llevar por su tacto y desvío la mirada hacia su rostro, donde la preocupación se dibuja en sus ojos.
— ¿Estás herida? — me pregunta.
Me encojo de hombros, una capa de despreocupación se asienta sobre mí. — Solo un poco mareada, pero sin agujeros de bala.
La frescura del aire nocturno que fluye por mi nariz ayuda a aliviar mi adrenalina mientras caminamos hacia el coche.
— Voy a quedarme aquí — dice Ronan, mientras nos tiende las llaves.
— No creo que sea seguro — replica Antonio mientras me abre la puerta para que entre.
Ronan se encoge de hombros. — Hay balas y agujeros de bala en las paredes de la clínica. Mis hermanas llegarán dentro de unas horas y no quiero que lo vean así. Si lo hacen, llamarán a la policía y sabemos que revisarán las grabaciones de seguridad de la clínica y sus alrededores. No necesitamos eso. Llévala a casa. Me quedaré en el sofá de la oficina de Carmen hasta mañana. Puedes venir a buscarme entonces.
— De acuerdo — accede Antonio y sube al coche.
El trayecto hasta su casa es silencioso, pero mi mente dispara una pregunta tras otra. Apenas puedo soportarlo. Abro la ventanilla y capto la brisa de la bahía. Hay una pizca de esperanza de que el aire alivie mi mente, junto con el subidón del que estoy bajando debido al miedo a que me disparen.
— No creo que fuera Verducci el que nos estaba disparando hace un momento. — La voz de Antonio es oscura, contemplativa, pero sus ojos permanecen fijos en la carretera.
— ¿Quién más nos dispararía? — le pregunto.
— No lo sé, Gemma. Le rompí la nariz a Frankie, dudo que Verducci nos haya seguido hasta aquí, y esperara hasta que saliéramos para dispararnos cinco veces.
— ¿Eso fue todo? ¿Solo fueron cinco? — Aprieto los ojos, pellizcándome el puente de la nariz mientras intento recordar lo que ha pasado hace solo unos minutos.
— Sí, solo cinco. Verducci no es tan descuidado como para abrir fuego y dejar atrás las balas y los casquillos. ¿Has herido el ego de alguien más últimamente? — pregunta con una ligera sonrisa.
Aunque percibo la burla en su pregunta, no tiene ni idea de que he hecho algo mucho peor que herir el ego de alguien. El corazón me late con fuerza cuando recuerdo la noche más aterradora de mi vida. Un disparo en la oscura noche neoyorquina y el chapoteo de un cuerpo en el agua.
Natalie se estaba mudando a la costa oeste en ese momento. Entonces me fui con ella. Pensé que podría alejarme de esta vida; una vida en la que salir conmigo era una forma de acercarse a mi hermano, el nuevo Don de la familia mafiosa Marzano. La traición, el desamor y el asesinato me alejaron de mi elegante vida neoyorquina.
San Francisco no era una degradación completa de mi estilo de vida, pero quería empezar de nuevo. Lo había hecho, y me había salido con la mía, de tal manera que no podía soportar volver a la vida de una princesa de la mafia. Y aquí estoy.
Drogada, atacada, acribillada, y ahora comprometida con un hombre que no quiso estar conmigo desde un principio.
— No, últimamente me he comportado muy bien. Quiero agradecerte por todo lo que has hecho esta noche. Deja que te prepare algo — le digo, queriendo alejarme de cualquier tema que

pudiera desencadenar que mi pasado se convierta en el tema de conversación.
— ¿Ahora? Si tienes hambre, podemos comer algo de camino a mi casa.
— Cuando tu futura esposa se ofrece a cocinar para ti, deberías dejar que cocine para ti — le digo con una sonrisa burlona.
Puede que no quiera ser mi prometido, pero con todo lo que ha pasado esta noche, necesito encontrar algo de alegría en este espectáculo de mierda.
— ¿Cómo se te ocurrió esa idea? — me pregunta.
— Así es como mis padres se juntaron. Mi madre estaba siendo molestada por un idiota en un restaurante. Ella era camarera. Y mi padre era un ejecutor o algo así para mi abuelo. El imbécil era un hombre hecho para otra familia. Mi padre dijo que mi madre se había convertido en su prometida para evitar que ese imbécil le metiera mano, y el resto es historia.
Asiente con la cabeza. — No tenía idea.
— Sí, es una historia de amor muy linda. La forma en que se miran; es como si estuvieran hechos el uno para el otro. Siempre he querido algo así, pero el amor no es para mí.
— ¿Ah? — levanta una ceja con la comisura de la boca inclinada hacia arriba. — El amor no es para ti, ¿eh? ¿No eres un poco joven para pensar así?
— Entonces es mi edad lo que te desagrada. Anotado — murmuro para mis adentros.
Pero no quiero pensar en eso mientras respondo a su pregunta.
— No. Tener veintitrés años y haber crecido en Nueva York te hace tener treinta en todas partes. Y si además formas parte de la *familia Marzano*... soy lo bastante mayor para saber lo que me provoca el amor.
— ¿Qué te provoca el amor? — pregunta mientras llegamos a uno de los edificios más altos del centro.
Entramos en el estacionamiento subterráneo del edificio.
— El amor solo me mete en problemas. Me costó algo que nunca voy a recuperar, pero cuando pienso en aquella época, no era amor. Solo quería que lo fuera.
— ¿Cuántos años tenías cuando te desenamoraste del amor? — Aparca el coche y me hace un gesto con el dedo para que tenga paciencia.
Se baja, observa los alrededores y se da la vuelta para abrirme la puerta.
— Tenía dieciocho años — admito, saliendo del coche.
No estoy tan mareada como antes. Afortunadamente, las drogas en mi sistema parecen estar desapareciendo.
— Me sentí un poco deprimida, rechazada, y el primer chico que había conseguido hacerme reír obtuvo una cita conmigo. Una cita que nos llevó a salir durante más de un año, pero entonces me mostró quién era en realidad. Solo me estaba usando para llegar a Bash.
— Lo siento, Gemma.
— ¿Y tú, Antonio? ¿Cómo es para ti estar enamorado? ¿Quién es la afortunada a la que tenemos que explicarle que tenemos una relación falsa para evitar que unos mafiosos cabreados intenten matarte?
Se ríe. — Sabes que no, Gemma. Siempre has sido muy franca. Puedes preguntarme si estoy saliendo con alguien. No lo asumas.
— Entonces, ¿estás saliendo con alguien, Antonio?
— No.
— ¿Por qué no? — le pregunto mientras subimos al ascensor.
Hay dieciocho pisos en este rascacielos y Antonio tiene que pulsar con el pulgar en un minúsculo escáner de huellas dactilares situado junto a su apartamento, PH. Por supuesto que vive en un

penthouse. Es rico, es guapo, es médico y es mi salvador.
Su voz se interpone ante mis pensamientos, obligándome a mirar esos ojos verde oliva cuando dice. — Porque la única mujer que quiero cree que me desagrada.

Capítulo 4: Antonio

Estoy jugando con fuego. Enamorarme de Gemma no es una posibilidad. Sin embargo, el deseo de que ella sepa cómo me siento se impone a mi lógica cada vez que la veo.

Las mejillas de Gemma se tiñen de carmesí y se da la vuelta justo cuando se abren las puertas del ascensor. Las luces se encienden al entrar a la sala de estar. La cocina está a la derecha de la entrada, con una isla que la separa del resto de la primera planta.

— Pensé que no lo habías oído — dice tímidamente y entra en el espacio abierto.

La increíble vista del puente Golden Gate desde los grandes ventanales que bordean la pared la atrae hacia el interior de la habitación. Puedo imaginarla en este espacio, volviendo a casa conmigo cada noche. Quiero que se quede, pero sé que el amor no es una opción para ninguno de los dos.

En lugar de pensar en lo que podría pasar, me dirijo a la cocina, le traigo un vaso de agua y se lo acerco junto a la ventana. Mientras bebe pequeños sorbos, la observo y el médico que llevo dentro se preocupa por los efectos secundarios de los fármacos que ha ingerido.

— ¿Cómo te sientes, Gemma? — le pregunto.

— Siento como si no pudiera recuperar el aliento — susurra con la mirada fija fuera de la ventana.

El ligero tartamudeo en su voz me dice que el peso de los acontecimientos de la noche la está alcanzando.

— Escapé, Antonio. Escapé de Nueva York como una maldita cobarde.

Sus hombros tiemblan ligeramente. Sin dudarlo, la abrazo. No es algo sexual. En mi interior no hay más deseo que el de hacerla sentir segura. De nuevo, es tan pequeña entre mis brazos.

La recuerdo mientras estaba inconsciente y la estrecho entre mis brazos.

— Antonio… — Mi nombre se le escapa de los labios.

La detengo. — No eres una maldita cobarde, Gem.

— No sabes lo que he hecho.

— No necesito saberlo — le digo, subiéndola por un tramo de escaleras hasta el dormitorio de mi buhardilla.

La dejo suavemente sobre la cama. Pero, antes de que pueda apartarme, me rodea el cuello con el brazo.

— Antonio… — inhala bruscamente, tratando desesperadamente de amortiguar las lágrimas que amenazan con caer. — He matado a alguien.

— Yo también — le digo con indiferencia.

Los preciosos ojos grises de Gemma escrutan los míos en busca de algo más, pero niego con la cabeza y dejo que mi mano le aparte con suavidad mechones de cabello de su cara. No hay razón para hablar de todo eso esta noche. Ya hemos pasado por mucho como para sacar a relucir recuerdos que apaguen las llamas del deseo que siente por mí.

— No tienes que decirme nada, Gemma. Lo que hayas hecho, lo que hayas tenido que hacer, estoy seguro de que fue necesario. Todo lo que ha pasado esta noche no tiene nada que ver con el motivo por el que te fuiste de Nueva York.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro? — se le saltan las lágrimas. — Lo que hice...

Su voz se entrecorta, pero tengo que tranquilizarla. — No importa lo que hayas hecho. Yo sé cómo eres; conozco a tus hermanos, a tu familia, no harías nada que no fuera necesario. Descansa un poco, Gemma. Hablaremos mañana.

A solas con mis pensamientos, entro en el cuarto de baño. Las oscuras baldosas empiezan a

calentarse en cuanto enciendo las luces y me miro en el espejo. Son casi las dos de la mañana y mi turno empieza dentro de unas horas.
Una mirada por encima del hombro me permite ver a Gemma tumbada en mi cama. Ella está aquí, finalmente está aquí, y no está bien. Esto no debería haber ocurrido de esta manera.
Necesito distraerme antes de hacer algo de lo que luego me arrepienta. Una ducha es exactamente lo que necesito. El agua caliente vaporiza el cuarto de baño y tardo unos segundos en quitarme la ropa y meterme en la amplia ducha.
El agua está hirviendo mientras me lavo para quitarme la noche de encima. Cuando la puerta de cristal se abre detrás de mí. Gemma entra como una hermosa visión, flotando sobre el vapor mientras el agua resbala por su cuerpo desnudo. La sangre corre por mis venas y se precipita a la parte más ilógica de mi cuerpo.
— No quieres estar aquí — le digo, dándole la espalda a la pared para ocultar las cicatrices dentadas que surcan la piel del lado derecho de mi espalda.
Ojalá pudiera decir que son de un accidente que cambió mi vida para siempre. No. Estas cicatrices me recuerdan constantemente los préstamos que he dado y que de una forma u otra he recibido de la familia mafiosa Marzano a lo largo de los años.
— ¿Acaso no vamos a ser marido y mujer? — pregunta suavemente y se acerca para acariciarme un lado de la cara.
— Te drogaron esta noche, Gem. — Me alejo suavemente de su tacto. — Realmente no quieres que esto suceda así.
— No me digas lo que quiero, Antonio. — Gemma se relame sus delicados labios y deja caer su mano hacia mi polla cada vez más dura. — Te deseo desde que tengo uso de razón. Tú mismo lo dijiste. La mujer que quieres cree que no la quieres. Te estoy entregando a la mujer que quieres, Antonio.
La ira, la lujuria y la urgencia primitiva me atraviesan como una bala. Las emociones que se agitan en mi interior no tienen ninguna oportunidad contra los labios de Gemma, que se acercan para darme un beso. Los suaves empujones de su lengua contra la mía hacen que me relaje mientras sus manos bajan suavemente por mis musculosos brazos.
Las suaves yemas de sus dedos me hacen cosquillas cuando los desliza por mis abdominales hasta llegar a mi polla, donde de repente nada me hace gracia. El agarre alrededor de mi pene es lo suficientemente fuerte como para que incline la cabeza hacia atrás y la apoye en la pared de azulejos, con los ojos cerrados por la expectación sexual.
Gemma gime mientras desliza su mano arriba y abajo, asegurándose de que mi erección esté lo más dura posible. Siento la sangre latiéndome detrás de los ojos. Una fuerte inhalación me detiene cuando Gemma se arrodilla. El calor de su boca cubriendo cada centímetro amenaza con poner fin a esto antes de que empiece de verdad.
La forma en que se mueve adelante y atrás, arriba y abajo, aumentando la velocidad entre lametones, sorbos y chupadas asegura la corrida hasta un rápido final. La forma en que su lengua sigue la vena bajo mi polla me hace apretar los dientes intentando contener mi liberación.
Cuando Gemma me toca los huevos y me los masajea mientras me la chupa, sé que no tengo ninguna posibilidad. Cierro los ojos y dejo que mi semilla se derrame en su boca y en su garganta. Ella traga, dejando que la punta de la cabeza sienta cada trago a medida que pierde su dureza.
Cuando abro los ojos, Gemma se ha ido, tengo la polla en la mano y mi semilla se arremolina en el desagüe. Se me acelera el pulso mientras intento recuperar el aliento en el sofocante calor de la ducha que me ha inducido este cruel sueño húmedo. Solo tardo unos minutos en lavar las

pruebas de mi fantasía y de este largo día.
Cuando acabo y cierro el grifo, me asomo por la puerta del baño y veo a Gemma profundamente dormida en mi cama. Mis ojos no dejan de grabar en mi mente su menuda figura como si nunca fuera a volver a verla. Tiene algunos moratones en las pantorrillas. Probablemente de su pelea con Frankie en la habitación trasera.
Me duele el hombro por haber tirado la puerta abajo, pero valió la pena para salvarla. Aunque finjamos que somos novios, no quiero que se sienta incómoda conmigo. No importa que nos conozcamos, sigo siendo un extraño. Hace cinco años que no estamos juntos en una habitación y no tengo intención de compartir la cama.
Tomo una manta fina del armario de la ropa blanca y bajo las escaleras para tumbarme en el sofá. No es la primera vez y lo más probable es que no sea la última. Muchas noches, este sofá es la cama perfecta entre mis turnos en el hospital. El sueño no tarda en encontrarme.
Para cuando el sol asoma entre las nubes del amanecer, el aroma a café y a sirope de arce me sacan de mi sueño. Mi polla también está despierta y monta una tienda bajo la manta. Mi cuerpo está demasiado adolorido para pensar en sexo. Pero cuando veo a Gemma caminando hacia mí con el café y el desayuno en la mano, sin llevar nada más que una de mis camisetas, estoy más que dispuesto a reconsiderarlo.
— ¿Cómo te encuentras? — le pregunto, con la voz un poco ronca por las pocas horas de sueño.
— Mucho mejor, gracias. — Me ofrece una tímida sonrisa mientras deja la taza y el plato de comida sobre la mesita de cristal gris ahumado. — Espero que no te importe. He tomado una ducha y algo de tu ropa.
— ¿Desayunamos? — Sonrío y me incorporo, envolviendo con la manta mi erección matutina.
— Lo que quiero en mi boca no está en la cocina. — Se relame esos preciosos labios, se inclina para dejarme ver su escote y me pasa los dedos por el cabello. — ¿Sabe que habla dormido, doctor?
— Sí — le digo, dando un sorbo al café.
Es fuerte, negro y no le vendría mal un poco de azúcar, pero no digo nada al respecto. Agradezco no tener que preparar nada esta mañana. La miro mientras me dirijo al pequeño cuarto de baño que está junto a la oficina, debajo del altillo de mi dormitorio.
Cuando vuelvo a la sala, Gemma está sentada en el sofá, tomando una taza de café y devorando unos panqueques. No dudo en unirme a ella ahora que mi polla ya no está a la altura de las circunstancias.
La comida es deliciosa y nos sentamos en silencio hasta que no puedo evitar preguntarle. — ¿He dicho algo interesante?
— Algo sobre no volver al fuego.
Sus palabras me sacuden mientras mi pasado arde en mis recuerdos, igual que el fuego al que probablemente me refería mientras daba vueltas en la cama durante la noche.
— Eso no es tan interesante — le digo.
— ¿Hablabas del incendio que provocaron Bash y tú? — me pregunta.
— ¿Por qué mejor no hablamos de cómo vamos a conseguir convertirnos en una pareja comprometida? No soy exactamente un recluso que se queda en casa. Soy buen amigo de Julian y Luca. Y la gente tendrá las mismas preguntas que Verducci.
— Y puedes darles la misma respuesta cuando pregunten, que no es asunto suyo. — Su cabello rubio se le cae a un lado mientras revuelve el resto de la comida en el plato.
— Esta fue tu idea, Gemma. Bash quiere que sigamos hasta que él resuelva lo de Frankie. Debería haber acabado con él yo mismo en esa habitación. — Flexiono los dedos, cierro el puño

y lo suelto.
Mis nudillos no están tan mal, pero debería aplicarme algo para minimizar la hinchazón.
Llevo nuestros platos vacíos a la cocina y saco un botiquín de uno de los armarios. Gemma me sigue, rebusca en el botiquín por mí y saca unas gasas y un spray antiséptico. Me atiende las manos en silencio mientras compartimos miradas fugaces y se centra en mis heridas.
— Gracias de nuevo, Antonio.
— Que sea la última vez que dices eso sobre lo de anoche. De ninguna manera dejaría que te pasara nada, Gemma. Si estamos en público, una pareja no suele ser tan cortés el uno con el otro. No necesitas darme las gracias cada vez que tengamos una conversación.
— Estas magulladuras no son tan graves. No deberían dejar cicatrices muy feas. ¿Te va a impedir trabajar? — pregunta, guardando los objetos en el botiquín.
— No, no soy cirujano. — Aunque ha habido momentos trabajando para la familia Marzano en los que he tenido que hacer algunos remiendos.
Le digo. — La mayoría de los días estoy en urgencias y en otros trabajos en la clínica. Dentro de unas horas tengo turno en el hospital. Deberíamos tomar algunas cosas de tu casa y luego puedes acompañarme.
Gemma niega con la cabeza. — Yo tengo una vida. No podemos dejar de vivir como antes.
La interrumpo. — Pero tenemos que hacerlo. Nuestras vidas tienen que cambiar si queremos que Verducci crea que estamos comprometidos. Tiene que correrse la voz, para que no venga por nosotros antes de que Bash tenga la oportunidad de hacer lo que sea que vaya a hacer con Frankie.
— Esto fue una estupidez. ¿En qué estaba pensando? — Gemma tartamudea. — Nadie nos va a creer.
— Eso solo implica que tenemos que estar tan locamente enamorados que tenga sentido que nos hayamos comprometido en aquella noche en la que nos cruzamos después de años separados. Siempre hemos estado enamorados, ¿no? — Sonrío y me apoyo en el codo a su lado.
— Por supuesto — pone los ojos en blanco.
— Podemos empezar por que vengas al trabajo conmigo. Una vez que las malas lenguas se enteren de que estoy alardeando de mi prometida en el hospital, se correrá la voz por todo mi círculo. Inevitablemente llegará a Verducci. Tendremos algunas citas públicas y partiremos de ahí.
— Cuando dices públicas, ¿quieres que hagamos la misma demostración de afecto que hicimos con Verducci y sus hombres?
— Eso depende de ti Gemma. ¿Puedes convencer a otras personas de que estamos juntos sin besarme?
Se sonroja. — No. Ninguna mujer en su sano juicio estaría comprometida contigo y sería capaz de mantener sus manos o sus labios lejos de ti.
— Ése es el tipo de cosas de las que esperaba estar hablando en sueños.
— ¿Oh? ¿Estabas soñando conmigo, Antonio?
— Ha sido uno de los sueños más húmedos que he tenido en mucho tiempo — admito con una sonrisa burlona.
— Bueno, eso no está bien. Se supone que soy yo la que debería estar mojada — responde con una sonrisa igualmente seductora.
Gemma me rodea el cuello con los brazos, me mira a los ojos y espera a que haga lo que ambos anhelamos. Mis labios capturan los suyos en un beso que enciende nuestra pasión. Aunque empieza despacio, mi boca saborea la suya y mi corazón intenta desesperadamente aplacar mi

indecisión.
Ella es todo lo que quiero, pero sé que esto no puede ir más allá de lo que estamos fingiendo. Sin embargo, ya que estamos fingiendo, puedo hacer que la chispa entre nosotros sea tan real como la siento yo.
Nuestro beso nos envuelve como si estuviéramos en un mundo completamente distinto, sin la amenaza de mafiosos esperándonos más allá de estos muros. Un movimiento de su lengua alrededor de la mía hace que mi dureza matutina vuelva con fuerza.
Me acerco a ella y Gemma toma la iniciativa, bajando la mano para agarrar mi incipiente erección. Gime y sonríe con nuestro beso antes de meter la mano por debajo de mi cinturón para tocarme sin rodeos. La suavidad de sus manos envolviendo mi polla hace que mi corazón lata a mil por hora.
Para mantener el ritmo, la subo a la encimera. Nuestras miradas se cruzan y sé que el final está cerca, igual que anoche en la ducha. Aquel momento fue producto de mi imaginación, pero éste es real. Desciendo con una mirada seductora que va de sus ojos al punto entre sus muslos.

Capítulo 5: Gemma

Antonio, un maestro con los dedos y con la lengua, utiliza sus habilidades especialidades para recorrer su camino desde el interior de mi rodilla hasta el centro de mis muslos. Se me eriza la piel y el placer aumenta con cada tierno roce de sus labios.

Los pelos de su barba me hacen cosquillas entre las piernas. La presión aumenta y jadeo de placer. Los gemidos de Antonio vibran contra mí cuando finalmente desliza su lengua sobre mi clítoris. Rodea el sensible nódulo, acariciándolo suavemente antes de deslizarse sobre mi entrada.

Un gemido se escapa de mi garganta mientras Antonio se da un festín con mi coño como si no acabara de devorar su desayuno. Apenas puedo aguantar mientras me provoca el clímax. Todo mi cuerpo se pone rígido mientras él se lleva mi coño a la boca, sorbiendo mi orgasmo mientras tiemblo de éxtasis.

Antonio retrocede. Se me acelera el pulso cuando acerca su cara a la mía. No puedo evitar que mis dedos recorran su cabello y acerquen su boca a la mía, besándonos apasionadamente. Un beso posesivo, como si siempre le hubiera pertenecido y ya nunca fuera a besar a nadie más.

Es demasiado pronto.

Mis emociones me invaden mientras la noche anterior y esta mañana se funden en un tornado de pasión, miedo, rabia y gozo erótico. La fuerza de sus brazos me envuelve y me inclino hacia él mientras me levanta de la encimera. Mis piernas se cierran inmediatamente en torno a su cintura.

Una potente erección descansa justo debajo de mi trasero, lo que me hace preguntarme; qué es lo que está dispuesto a explorar sexualmente. ¿Podemos tener ese tipo de conversación con nuestra situación actual? ¿O eso solo se aplica si tenemos una relación de verdad?

Antonio me sube las escaleras hasta su cama, donde me tumba, saca un preservativo de la mesita de noche y vuelve a acercar su boca a mi coño. Me besa, lame y chupa mi clítoris para asegurarse de que esté lista para él. Se aparta de mi centro y coloca su cuerpo sobre el mío.

Con una de sus manos junto a mí en el colchón, utiliza la otra para deslizar mi camiseta hacia mi cara. Yo hago el resto, me la quito y la tiro detrás de mí. Miro el espacio que nos separa.

Incluso con su metro ochenta de estatura, la polla de Antonio tiene el tamaño perfecto, con el grosor justo para apretujarse dentro de mí. La presión se funde con el placer a medida que entra y sale de mi cálida hendidura. No hay palabras entre nosotros, nos miramos a los ojos y sellamos nuestra unión con un beso. La suave firmeza de su lengua sobre la mía enciende una sensación que recorre todo mi cuerpo.

Cada embestida me arquea la espalda. Antonio desliza su brazo por debajo de mí para girar sobre su espalda y me siento a horcajadas sobre él. Es una de mis posturas favoritas, me agarra del trasero y guía mis caderas.

Cuanto más se mete Antonio, más me mojo. Me abre el trasero para meterme la polla. Apoyo mis manos en su fuerte pecho. Su cuerpo es como una escultura perfecta. Cuando sus dedos rozan mi segunda entrada, mi coño se estremece de placer.

El espacio resbaladizo entre nosotros le permite deslizar su dedo por la evidencia de mi excitación y, con una ceja levantada, empuja un dedo dentro de mi otra entrada. El calor me recorre las mejillas al imaginarme la mano de Antonio sujetándome como si fuese una bola de bolos mientras mete y saca su polla de ese oscuro lugar.

Tengo que cambiar la imagen que tengo en mi cabeza antes de echarme a reír. Inclinarme para besarlo le quita la frivolidad al momento. Su mano me sube por la nuca hasta el cabello y me lo sujeta con la fuerza suficiente para que vuelva a centrarme en nosotros.

La forma en que la presencia de Antonio me envuelve me hace sentir segura. Me sumerjo en

nuestra unión mientras seguimos moviendo nuestros cuerpos al unísono. La apasionante intensidad de nuestra lujuria nos acompaña cuando volvemos a cambiar de posición. Conmigo de espaldas, ya no empuja dentro de ambas entradas.
Antonio esboza una sonrisa arrogante y me separa los muslos con las palmas de las manos mientras entra y sale de mí con fuerza y precisión. No aguantamos mucho más, ambos llegamos al clímax y él se desploma sobre la cama junto a mí.
— Estuvo increíble. — Antonio respira agitadamente y me acerca a él.
Me recuesto sobre su pecho, escuchando los suaves latidos de su corazón mientras me pasa los dedos por el cabello.
— Eso es exactamente lo que esperaba de mi prometido.
Se ríe entre dientes. — Me gustaría empezar todas las mañanas así. Hoy tengo que ir al hospital. Deberíamos pasar primero por tu casa, o por una tienda, para que te cambies de ropa.
— Puedes ir a trabajar Antonio. Yo puedo irme a casa. Estaré bien. Yo también tengo un trabajo en este sitio, Booked and Boozy.
Antonio se incorpora. — ¿Ese sitio de brunch en el muelle 39 donde los *influencers* ocupan espacio para desplazar a los locales?
Me río. — Es más que un lugar de moda para las redes sociales, Antonio. Pero eso no importa. Todavía tengo que ir a trabajar. Quizás pueda ausentarme hoy hasta que solucionemos la situación con mis hermanos, pero ¿y si Frankie...?
Antes de que pueda terminar, suena el teléfono de Antonio, que se aparta de mí para contestar. Puedo oír la ansiedad de la persona que ha llamado e inmediatamente me muevo por la habitación para vestirme. No tiene sentido quedarse tumbada cuando esa llamada puede hacer que salgamos corriendo por la puerta.
El apartamento está muy iluminado. Las paredes de ladrillo blanco contrastan a la perfección con los muebles oscuros y el suelo de madera beige claro. Pero justo fuera de estas paredes, hay un mundo donde Antonio vino a mi rescate y su vida está en peligro por mi culpa.
Odio que hayamos llegado a esto, y que nos arrastren a esta vida de la que yo quería huir. Antonio vuelve al dormitorio donde el terror se dibuja en cada línea de su rostro.
— ¿Qué sucede? — le pregunto.
— Tenemos que volver a la clínica. Anoche le dispararon a Bash.
El miedo me acelera el pulso mientras Antonio corre por su habitación para vestirse. Salimos a toda prisa de su apartamento y nos dirigimos al coche, donde atravesamos a toda velocidad el tráfico matutino para volver a la clínica.
Mi rodilla rebota mientras Antonio hace llamadas para cambiar su turno en el hospital y asegurarse de que puede trabajar en Bash sin interrupciones. Llamo a Natalie para calmarme.
— ¿Dónde estás? — le susurro al teléfono a modo de evasión.
— ¿Por qué? — pregunta ella.
Está siendo cautelosa, pero no tengo tiempo para eso.
— Necesito ropa. Todavía llevo puestos los malditos tacones de anoche. Ahora mismo parezco una loca en pantalones de chándal de Antonio con un par de Louboutin. Entra en mi apartamento, toma un bolso para mí y tráemelo a la clínica por favor.
— Puedo estar allí en una hora, no estoy en nuestra casa — dice.
— Zorra — me río y me burlo de ella. — ¿Dónde fuiste después de que Damian te haya llevado a casa? ¿Sabes que el maldito de Frankie volvió después de que se fueran y empezó a dispararnos? Ahora vamos de camino a la clínica. A Bash le dispararon hace un rato.
— Espera un minuto, Gem — dice ella. — Me estás contando demasiadas cosas. Te llevaré una

muda de ropa y nos vemos allí. Te quiero.
Natalie no suele ocultar información sobre sus conquistas, pero hay otras cosas en las que debo centrarme en este momento cuando termina abruptamente nuestra llamada.
Volteo hacia Antonio y le pregunto. — ¿Qué tan malo es?
— No parece que ponga en peligro su vida, pero no lo sabré hasta que lo veamos — responde Antonio con la mandíbula apretada mientras volvemos a la clínica.
Una vez que llegamos, Antonio se apresura a entrar en la clínica, donde hay un reguero de sangre desde la entrada de doble puerta, hasta más allá de la pequeña sala de espera que es apenas lo suficientemente grande como para sentar a una docena de personas como máximo. Hay un pasillo corto con dos puertas a cada lado y una al fondo.
Mi corazón sigue golpeándome el pecho mientras nos apresuramos a ver a Bash que está gimiendo de dolor. Hay mucha sangre y Bash está pálido. Ronan está parado con las manos en alto mientras Bash sujeta una pistola con una mano y su herida con la otra.
— ¿Dónde está Casper? — le pregunto.
— Limpiando. — Bash responde mirándonos a Antonio y a mí.
En su rostro se refleja la constatación de que ahora soy la mujer de Antonio, aunque ante los ojos de mi hermano, sigo siendo su hermana pequeña.
— Guarda esa mierda — resopla Antonio mientras se acerca a Bash.
— No hasta que se vaya. Trabaja para Verducci — gruñe Bash.
— No trabajo para Verducci ni para ninguna familia — ruge Ronan.
Se le nota el cansancio en los ojos. El colega de Antonio sigue defendiéndose.
— *Hice* trabajos por encargo para Vito Dacosta. Trabajos por encargo que requerían curar las heridas de su gente y me daban dinero suficiente para cubrir algunas de mis deudas.
Antonio sacude la cabeza mientras se dedica a curar a Bash. — Tienes que guardar el arma, hombre, y relajarte. Déjame ver qué tenemos.
— Maldición. — Bash deja su pistola en la camilla junto a su pierna.
— Tengo que irme, Antonio. — Ronan dice en tono bajo.
Antonio asiente. — Está bien, vete. Tengo a alguien para cubrir mi turno en el hospital, pero puede que tengas que ir a terminarlo.
— Bien, intentaré llegar para terminar tu turno. Quizá duerma la semana que viene — gruñe Ronan al salir de la habitación, pero se da la vuelta para decir. — Dile a Camilla cuando venga que siento el desastre. Asegúrate de que ese imbécil pague la cuenta.
— A la mayor de las hermanas Cannella no le gusta que la clínica funcione de manera gratuita en estas circunstancias — explica Antonio mientras limpia la herida de Bash. — ¿Me vas a contar lo que pasó?
Bash sigue gruñendo por el dolor mientras habla. — Alcanzamos a nuestro amigo Frankie. Tuvimos una conversación educada sobre cómo respetar a las mujeres y no drogarlas cuando él se ofendió y me disparó. Le disparé un par de veces, pero tuve que marcharme. Casper se está encargando de limpiarlo todo.
— Mejor él que yo — resopla Antonio.
Bash le sujeta del antebrazo. — Gracias, Toni. Sabes que te lo voy a compensar, ¿verdad? Todas mis deudas se pagan.
Antonio hace una mueca. La historia entre ellos es más bien como un mito y una leyenda cada vez que oigo hablar de ella. No conozco los detalles, pero puedo ver la frustración en los ojos de Antonio. Trabaja afanosamente para suturar el corte abierto en las costillas de Bash.
Bash se ríe entre jadeos. — Esto va a igualar la otra cicatriz. ¿Alguna vez te hiciste un tatuaje

para cubrir la tuya?
Cuando dice eso, me hace recordar nuestro momento de esta mañana. Al estar tan inmersa en la conexión entre nosotros, no le había prestado atención a ninguna cicatriz de su cuerpo. Con cada repetición de nuestro momento juntos esta mañana, menos recuerdo su espalda. ¿De qué cicatriz habla Bash?
La forma en que Antonio dirige su mirada hacia mí y vuelve a ocuparse de Bash me hace preguntarme qué está ocultando sobre su pasado. Es obvio que él y Bash tienen una historia compartida, pero ¿hasta qué punto afectará eso a nuestra relación?
No tengo mucho tiempo para pensar en ello porque Damian y Natalie aparecen juntos. No sé qué pensar al respecto porque eso responde a la pregunta de por qué no estaba en nuestra casa esta mañana. Me alejo de Bash y Antonio, dirigiéndome con Natalie a un baño de la sala de espera.
— ¿Qué diablos, Nat? ¡Damian! ¿En serio? — le siseo. — Sabes lo que pienso de mis hermanos, quiénes son y lo que hacen. No quiero que termines involucrándote aún más en esta mierda de lo que ya estás.
— No es lo que piensas, Gemma — me asegura mientras me entrega un pequeño bolso con mi ropa.
— ¿No? Damian te gustaba cuando vivías en Nueva York. Eso lo sé — le digo, feliz de no pensar en mí, ni en Antonio, ni en esta situación de mierda que parece volverse más jodida por momentos.
— Gem, te quiero, pero eres tan irritante con el asunto de tus hermanos. Admito que Damian es sexy. Me atrae, pero no nos hemos acostado. No estamos saliendo ni tonteando. Sé el tipo de hombre que es, pero tienes que recordar que tenemos mucho en común. Yo soy compositora y él es mánager de talentos.
— Natalie Marie Bersani — digo su nombre completo para asegurarme de que esté prestando atención.
— Gemma Marie Marzano — responde ella, igual de sarcástica.
— Sabes por qué es un mánager de talentos.
Suspira mientras me pongo unos vaqueros y calzo unas zapatillas. Me quito la camiseta de Antonio para meterla en la bolsa y sorprendo a Natalie sonriendo porque ya lo sabe.
Natalie sacude la cabeza. — Somos un desastre. Sé por qué Damian es mánager de talentos, pero eso no cambia las conexiones que tiene y que pueden ayudar a mi carrera. También tienes que ver lo que obtuvo de las grabaciones de seguridad de ese club. ¿Cómo estuvo tu noche con el doc?
— La noche estuvo tranquila, pero esta mañana fue más de lo que jamás había imaginado — admito.
El calor enrojece mis mejillas mientras los recuerdos de mi primera vez con Antonio se arremolinan en mi mente. Incluso con mi hermano en una habitación cercana.
— No te enamores de él, Gem — me advierte. — Enamorarte de él sería tan catastrófico como que yo me enamorara de Damian.
— No me importa si Damian y tú se enrollan. Lo que me importa es que este estilo de vida te ponga en peligro.
— Puedo cuidarme sola, Gem. Lo he hecho desde que era una niña. — Las experiencias infantiles de Natalie no se comparan con lo que podría pasar lidiando con uno de mis hermanos.
Y mucho menos con todos ellos. Una vez que perteneces a un hombre de la familia Marzano, por asociación o por sangre, perteneces a todos ellos.
Continúo contándole mis preocupaciones. — Todas las personas que les importan a esos

hombres se convierten en un riesgo, en una debilidad de la que pueden aprovecharse. No es lo mismo conmigo y con Antonio. Antonio no es parte de *La Familia*. Damian, Casper, Bash, son tipos hechos. Maldición, mis hermanos están divididos entre dos ciudades hasta que las cosas se arreglen aquí. Natalie, te quiero. Y no quiero que te hagan daño.

— Lo sé — dice, y me abraza. — No te preocupes por mí. Ahora vamos junto a Damian.

Salimos del baño y encontramos a mis hermanos apiñados junto con Antonio mirando mientras Damian reproduce algo en su teléfono. Sus miradas son, al menos, inquietantes.

— ¿Y ahora qué? — pregunto con el cansancio resonando en mi tono.

— Frankie no te drogó, Gem — dice Damian.

— Entonces, ¿le disparé al tipo equivocado? — Bash gime de frustración

— No, no es así — dice Antonio. — Aún así, él la arrastró a esa habitación trasera.

— ¡Que se vaya a la mierda Frankie! — les grito. — ¿Quién demonios le puso algo a mi bebida?

Capítulo 6: Antonio

Me importa una mierda quién puso qué cosa en la bebida de Gemma. Todos los implicados tienen que pagar por lo que pasó anoche. Me invade la ira. Gemma se pone roja y se pregunta qué pasó. Los dos miramos las imágenes mientras Damian las reproduce de nuevo.

La gente se contonea al ritmo de la música en la pista de baile en Trips mientras otros se sientan alrededor de la barra. Cada imagen se reproduce en silencio hasta que llegamos al momento de la noche en que Frankie se fija en las chicas desde lejos. Las observa moverse hacia un lugar libre entre los taburetes de la barra. Cuando Natalie y Gemma aparecen en pantalla, hay una figura sombría que las sigue.

Se lo señalo a Gemma. — Ustedes dos ni siquiera se fijaron en este tipo. Las ha seguido y ahora está ahí. Miren cómo se mueve entre la gente para sentarse en ese extremo de la barra. Tiene una línea de visión directa de ustedes dos. Ahora, miren.

Vemos cómo el extraño se mueve a través de la multitud justo cuando Frankie se acerca a Gemma por detrás. Es rápido y te lo perderías si no estuvieras atento.

— ¡Justo ahí! — Señalo la pantalla. — Natalie, estás mirando la pista de baile. El camarero acaba de servir las bebidas. Frankie te está mirando, pero está de espaldas a la barra. Natalie se da la vuelta para decirte algo, Gemma, y ese tipo de ahí toma una servilleta.

Gemma entrecierra los ojos y sacude la cabeza. — Ni siquiera recuerdo haberlo visto. ¿Ese es el imbécil que puso algo en mi bebida?

— No se supone que debas recordar una cosa tan simple como tomar una servilleta. Así de rápido es como sucedió — dice Bash con una mueca de dolor en la cara. — Sea quien sea ese tipo, prestó suficiente atención como para ver que ustedes dos no estaban atentas. Frankie lo vio y decidió aprovecharse de ello.

— ¿Qué mierda? — Natalie jadea.

Gemma gruñe. — Ni siquiera podemos tomar una copa sin tener que estar alertas. Odio esto. ¿Quién es el hombre que ha tomado la servilleta?

Damian se encoge de hombros y sale del video. — Tengo que pedir otros favores para conseguir esa grabación, pero ya estoy trabajando en ello.

Suena mi teléfono y me saca de la habitación al pasillo. Es Ronan y ya puedo sentir el pánico tras la llamada.

— ¿Sí? — contesto bruscamente.

Ronan respira hondo mientras me dice. — Tenemos un problema.

— ¿Qué pasó?

— ¡Iba de camino a casa y cuando llegué, Frankie estaba sentado en mi maldita puerta! — susurra desesperadamente.

Se me revuelve el estómago y estoy a punto de golpear algo. — Te dije que trabajar para Vito siempre acaba en caos.

Ronan sigue susurrando. — Ahora no es el momento, Antonio. Tengo un maldito cadáver en mi casa.

— ¡¿Qué?! — Mi disgusto se convierte en pánico. — ¿Por qué está muerto? ¿Y por qué susurras? Los muertos no pueden oír.

— No tienes ni idea de lo que pueden oír los muertos. — Sisea al teléfono. — ¿Y en cuanto a por qué está muerto? ¿Por qué no le preguntas al mafioso de gatillo fácil en la sala de exploraciones?

— Ronan, cálmate.

— Verducci va a matarme. Tengo que salir de aquí hasta que averigüe cómo conseguir que Vito

responda por mí — dice Ronan.
— ¿Por qué *te* mataría Verducci? De seguro pensará que acabé con Frankie después de lo que pasó con Gemma.
— No lo entiendes. Independientemente de lo que hayan hecho tus amigos, no terminaron el trabajo. ¡Y Frankie probablemente llamó a Verducci; quien le dijo a Frankie que viniera junto a mí por mi trabajo para Vito! ¡Van a saber que vino a mí y cuando encuentren su maldito cadáver seré hombre muerto!
Mi cabello es suave al tacto cuando lo recorro con los dedos. Sin nada de producto, sin afeitarme... es un recordatorio de que solo hace falta un acontecimiento para que mi vida caiga en picada.
Todo es una rutina para mí, y aunque Gemma es lo mejor de este cambio, no es algo permanente. Este caos es temporal. ¿Cómo va a lidiar con mis horas en el hospital? Mi rutina no es adecuada para la espontaneidad, y mucho menos para ayudar a uno de mis amigos más cercanos a deshacerse de un cadáver
¿Querrá siquiera relacionarse conmigo después de todo esto?
No es ninguna sorpresa que los cadáveres se amontonen cuando Bash y sus hermanos están cerca. Pero con una situación desastrosa tras otra, ¿cómo se supone que voy a vender la imagen de estar comprometido cuando cualquier otra mujer saldría huyendo?
— ANTONIO — Ronan susurra en la línea y me devuelve a nuestra conversación.
— Estoy aquí. Cálmate y escóndelo. Llegaremos pronto. — Le digo y cuelgo.
La puerta principal de la clínica se abre con un timbre que normalmente ignoro, pero estas últimas 24 horas exigen que preste atención a cada detalle. La hermana de Ronan, la Dra. Camilla Cannella, entra sacudiendo la cabeza antes de que yo pueda articular palabra.
Ella sacude la cabeza, con consternación en sus ojos color avellana mientras habla. — No, Antonio, no quiero oírlo. Hay agujeros de bala en las paredes junto a la puerta.
— Puedo explicarlo, Camilla.
Ella señala el suelo y sus ojos se ensanchan de rabia. — Hay literalmente un reguero de sangre por mi sala de espera. Tienes suerte de que Cat esté de vacaciones y Carmen no venga hasta más tarde. Ronan y tú siempre traen aquí sus actividades extracurriculares. Volteo la cabeza, ignoro lo evidente y me voy a mi despacho. No quiero que me molesten.
Está enfadada y con razón, pero no la dejo llegar muy lejos antes de levantar una mano para impedir que se dirija a la sala de exploraciones. Dudo que ver a Bash esperando a que termine de vendarle las heridas disminuya su enfado.
— ¿Qué tal si desayunas y vuelves en diez, o quince minutos? Nos quitaremos de en medio y Ronan volverá pronto — le digo y la acompaño a la puerta.
Camilla no entra en pánico. Rara vez lo hace, simplemente se toma con calma mis actividades *extracurriculares* y las de Ronan.
El pánico, el deber y la lealtad se arremolinan en mi cabeza cuando me enfrento de nuevo a la protección de los intereses de la familia Marzano. Esta vez, con Gemma de por medio, estoy aún más involucrado que antes.
Vuelvo a la sala de exploración, donde todavía tengo que cubrir los puntos de las costillas de Bash. Su piel vuelve a tener color y está claro que está listo para irse.
— Creía que habías dicho que Casper estaba limpiando el desastre que hiciste anoche — le pregunto mientras pego un parche de gasa sobre la zona.
— Así es. ¿Qué sucede? — pregunta Bash.
— Tenemos que terminar de limpiar tu desastre — le digo con toda la calma posible. — *Ha*

terminado en la puerta de Ronan.
— Maldición. Le dije a Casper que ese imbécil seguía vivo. — Bash resopla y aprieta los dientes con el dolor recorriendo su cuerpo mientras se levanta.
— Tenemos otro problema — interviene Damian.
El sutil latido de una migraña palpita detrás de mis ojos. Llevo pocas horas durmiendo, pero tengo que mantener la mente despierta.
— ¿Y ahora qué? — le pregunta Gemma a su hermano con el mismo cansancio que siento bullir en mi interior.
— Tenemos que ayudar a Casper. Él está en un aprieto en el lugar de la limpieza. Alguien lo está siguiendo y aún tiene cosas de las que deshacerse de anoche — le dice Damian a Bash.
Bash se da la vuelta hacia mí. — ¿Crees que puedes encargarte de la situación de Ronan hasta que lleguemos con Casper?
— Claro que puedo. No será la primera vez ni la última — le digo.
Volteo hacia Gemma y Natalie, que cuchichean entre ellas. Cuando Damian se va con Bash, rodea la mano de Natalie para que se vaya con él.
Gemma me sigue fuera de la clínica justo cuando Camilla regresa de tomar un café. Tras una breve presentación, le doy una excusa poco convincente sobre por qué Ronan no está dentro para limpiar el desastre que hemos hecho en su sala de exploración. Se irrita constantemente cuando Ronan y yo usamos la clínica para nuestros *amigos*, pero no puedo discutirlo con ella ahora.
No me parece buena idea traer a Gemma, pero sé que tiene que estar conmigo mientras la situación con Frankie se soluciona. Una sensación de inquietud se apodera de mí mientras nos dirigimos a casa de Ronan. Miro constantemente el espejo retrovisor para asegurarme de que no nos estén siguiendo. Si las cosas sucedieron como Ronan dijo, no me sorprendería que Verducci me esté buscando.
— ¿Qué está pasando realmente, Antonio? — me pregunta.
Noto que su ansiedad crece junto a la mía.
— Alguien apareció en la casa de Ronan y tenemos que ayudarlo.
— ¿Ayudar a quién?
— A Ronan. Hablaremos más al respecto cuando lleguemos y veamos a qué nos estamos enfrentando — le digo con la mirada siempre alerta.
Odio hablar en el coche de este tipo de cosas. Demasiados detalles pueden conducir a una citación judicial si no tengo cuidado.
Aunque hace mucho tiempo que mi voz no aparece en una escucha telefónica, no tengo ningún deseo de que me vuelvan a sorprender. El reciente alboroto entre las familias mafiosas de San Francisco no me ciega ante el hecho de que ellas, y sus socios conocidos, pueden estar bajo vigilancia de las fuerzas del orden.
«Socios conocidos» es un término vago para mi papel en la vida de Bash en estos días, pero ser buen amigo de Luca Devlin y Julian Blackwell, me pone en la parte alta de la lista de personas que los federales querrían vigilar.
El pie de Gemma se mueve en el asiento a mi lado mientras atravesamos Oakland para subir serpenteando por el acantilado hasta la apartada casa de Ronan. No hay vistas del océano ni de las escarpadas playas porque los setos que rodean la propiedad tienen casi tres metros de altura.
Ronan está caminando en círculos cuando nos detenemos en su entrada. Está fumando y, aunque es extraño verlo, me hace saber lo jodida que está la situación. Ronan no fuma a menos que haya perdido miles de dólares en la mesa de póquer. Siente que no hay salida y tengo que ayudarlo.
Tan pronto como llegamos, Ronan corre hacia mí, me agarra del brazo y me arrastra por el

costado de la casa. No es muy grande, pero sí lo suficiente para Ronan. La privacidad de las propiedades circundantes con los altos setos nos da suficiente cobertura, pero aún así debemos tener cuidado.
Ronan nos conduce hasta un pequeño cobertizo junto a su puerta trasera, donde está claro que alguien ha estado sangrando en el umbral. No tengo ni idea de lo que ha hecho hasta ahora para resolver su problema, pero pronto lo averiguamos, cuando abre la puerta de su cobertizo.
Frankie aún lleva la ropa con manchas de sangre seca de la noche anterior, de cuando le rompí la nariz. También tiene manchas de sangre fresca de un disparo en el estómago y otro en la pierna.
— ¿Cuál es el plan? — pregunta Gemma desde detrás de nosotros.
No pensaba resguardarla de ver un cadáver porque conozco a su familia. Es una Marzano, y su pregunta lo demuestra. Pero, se supone que debo mantenerla a salvo y lidiar con el cadáver del hombre que nos puso en este aprieto; se siente como un fracaso de mi parte.
— ¿Cómo llegó aquí? — le pregunto a Ronan.
Ronan da otra calada a su vape, se pasa los dedos por el cabello pelirrojo y desliza el dedo por la pantalla de su teléfono.
— Metí su coche en el garaje hasta que averigüemos qué hacer con él — resopla Ronan entre calada y calada.
Gemma grita instrucciones, una sorpresa tanto para mí como para Ronan. — Necesito pasta de dientes, un cubo, cepillo de fregar, agua oxigenada, lejía y ese detergente que limpia el petróleo de los patitos.
Ronan y yo intercambiamos miradas de confusión, pero enseguida dejamos que tome las riendas. La forma en que toma las riendas refuerza mi atracción, pero ahora no es el momento de halagar a Gemma.
— Creo que tengo todo lo que necesitas, pero mientras ustedes dos trabajan en eso, voy a dejar su coche en algún sitio — dice Ronan, dando unos pasos más cerca de su garaje.
— Ronan, será mejor que vuelvas — le digo, aunque sé que no debería.
No le sientan bien las situaciones de mucho estrés. Es de los que esperan a que pase la tormenta en un sótano bajo una manta. Todo eso está bien cuando no aceptas curar las heridas de los socios de la mafia. El miedo no ayuda en nuestra vida profesional ni en ésta.
— ¿Por qué no volvería? — pregunta encogiéndose de hombros y con la voz demasiado aguda para mi gusto.
— Porque crees que la gente está tratando de matarte. Recuerdo la última vez que algo así sucedió. Tardé tres semanas en encontrarte. — Sacudo la cabeza, esperando que Ronan no salga corriendo ahora que estoy aquí para limpiar el desastre.
Ronan da una calada rápida a su vape. — Pero me encontraste, soy solo un médico, Antonio. No soy como tú. Estoy hecho de otra pasta. Tengo un instinto de conservación que me mantiene alejado de la guillotina. Voy a estacionar su coche en un aeropuerto o en algún sitio con estacionamiento de larga estancia.
Tiene sentido que nos ocupemos del coche y del cuerpo por separado. ¿Quién sabe cuánto tiempo tenemos antes de que alguien empiece a buscar a Frankie? Una vez que Ronan saca los suministros que Gemma pidió junto con una caja de guantes de látex desechables, se dirige al garaje para dejarnos a solas con el cadáver.
— Voy a trabajar en las manchas de sangre — dice Gemma mientras empieza a verter partes de los ingredientes que ha pedido en el cubo.
Voltea hacia mí mientras se pone un par de guantes. — Deberías trabajar en el cuerpo.
No puedo evitar que una sonrisa se dibuje lentamente en mi cara. — ¿Qué quieres que haga con

el cuerpo?
La forma en que Gemma frunce la nariz es encantadora mientras planea cómo deshacerse de las pruebas.
Se detiene un momento y dice. — ¿No hay tiburones cerca de la costa? Quitémosle la ropa. Podemos quemarle las yemas de los dedos, así tardarán en identificar su cuerpo, si es que lo encuentran. Ya le has desfigurado la cara.
— Parece que no es tu primera vez.
El sutil destello de inocencia oculto en sus ojos desaparece en cuanto me ve mirándola, estudiándola. Quiero conocer la historia que se esconde detrás de esos suaves ojos grises que claramente han visto demasiado. Eso me recuerda a su confesión anterior, la que no quería oír. Cuadra los hombros y desvía la mirada hacia las manchas de sangre del umbral.
Gemma se arrodilla y explica el procedimiento como si estuviera en mi residencia observando una operación.
— El aroma a menta de la pasta de dientes oculta el olor a lejía. La pasta de dientes también trata cualquier superficie como si fuera esmalte. Si es porosa, se filtra en la mancha y empieza a descomponerla. El peróxido y el jabón de fregar son los mejores amigos de una mujer cuando tiene la regla. No hace falta ser un asesino para saber limpiar la sangre, Antonio.
Frota la mancha hasta que la espuma se vuelve rosa. Me arrodillo a su lado y le pongo la mano encima para detener sus movimientos erráticos.
— Tienes razón. No hace falta ser un asesino para saber limpiar la sangre. Pero deberías saber que deshacerse de la sangre antes que el cuerpo...
Me interrumpe con una sonrisa burlona. — Deshacerse de ese cuerpo será mucho más fácil que deshacerse del hormigón pegado a los cimientos de esta casa.

Capítulo 7: Gemma

Varias líneas de espuma roja, rosa y blanca se arremolinan con el agua que corre por la hierba junto al umbral de la puerta. Hay algo en los ojos verde musgo de Antonio que despega cada capa de mentiras que mantengo alrededor de mis recuerdos. Odio pensar en lo que he hecho, y es un peso que llevo sola. Intenté decírselo antes, pero probablemente pensó que seguía drogada y que decía tonterías.

Me sacudo los recuerdos de un pasado que me persigue a diario para centrarme en la tarea que tengo entre manos. Frankie Genero me mira fijamente con ojos sin vida. Necesito todas mis fuerzas para no caer en las interminables repeticiones de aquella noche del año pasado en la que miré fijamente a unos ojos sin vida como los de Frankie.

— ¿De verdad va a volver tu amigo Ronan? — le pregunto a Antonio mientras se aleja de la casa.

La hierba recién cortada conduce a un seto de árboles tan altos que me recuerdan al Central Park. Las paredes blancas de estuco de la casa y las molduras negras alrededor de los ventanales son preciosas. Me imagino fiestas privadas y reuniones en este patio, donde los vecinos sentirían envidia si no fueran invitados. No hay forma de asomarse a través de los árboles, ya que sus ramas y hojas se entrelazan sin esfuerzo, excepto por una ligera ruptura en el muro de vegetación.

Antonio se arrodilla para echarse el cuerpo inerte de Frankie al hombro y camina hacia aquellos altos setos.

— No sé qué está haciendo Ronan — dice Antonio con la voz tensa bajo el peso del cuerpo de Frankie.

— ¿Adónde lo llevas? — le pregunto.

— A la playa. Cortarle las manos aquí arriba arruinará todo el trabajo que hemos hecho limpiando el rastro de sangre. Hazme un favor y toma la bolsa que dejé junto al cobertizo.

— Pensé que íbamos a quemar sus huellas dactilares.

Antonio sigue caminando hacia los árboles, sin dejarme otra opción que tomar la bolsa y seguirlo. Echo otro vistazo a la casa y no veo más regueros de sangre. Me alivia saber que al menos esa parte ya está resuelta.

Mientras observo el sutil movimiento de la cabeza de Frankie por encima del hombro de Antonio, otra sensación se apodera de mí. Los hombres de mi vida, mi prometido y mis hermanos, se ocuparon de mi problema de la forma más extrema, aunque eso vaya a desembocar en una guerra territorial. Una guerra entre familias me hace sentir como Helena de Troya, pero no quiero que nadie más muera por lo que me pasó a mí.

Esperemos que esta sea la última vez que tengamos que tratar con Frankie y que su jefe, Verducci, no investigue demasiado su desaparición.

Hay una pendiente de anchas baldosas de piedra natural que va desde la arboleda detrás de la casa hasta una playa de guijarros y pequeñas rocas salpicadas de arena. Antonio está llevando el cuerpo hacia el agua cuando se da la vuelta hacia mí, con el sudor cayéndole por la frente.

— Voy a ir por el agua hasta ese recodo. Tú puedes mantener los pies secos. No quiero hacerle nada que pueda manchar las rocas. En caso de que *alguien* venga a buscarlo, no tiene por qué encontrar ningún rastro aquí abajo.

Deja el cuerpo de Frankie en el suelo un momento para quitarse los zapatos y remangarse los pantalones. Una parte de mí se pregunta si también se quitará la camisa. Verlo debajo de mí, cabalgándolo hasta el orgasmo, es como echar un cubito de hielo en aceite caliente, y fantasías

explosivas mezcladas con recuerdos recorren mi imaginación. No puedo permitirme fantasear con Antonio en un momento así.
En lugar de dejar volar mi mente, cuelgo sus zapatos del asa de la bolsa por los cordones y sigo a Antonio a lo largo de la orilla. Los acantilados forman una zona aislada de la playa a la vuelta de una esquina escarpada que me hace sentir muy pequeña cuando miro la altura que alcanza.
Una hermosa mansión sobresale del acantilado casi 12 metros por encima de nosotros. Hay una escalera tallada en la pared de la montaña, junto con una serie de puntos de apoyo de diferentes colores y senderos para los amantes de la escalada. También hay un barril de metal que ha sido testigo de varios incendios y dos sillas de playa.
Es evidente que alguien vive aquí. Mi corazón se acelera cuando oigo a Antonio chapotear más cerca de mí. No quiero que nadie nos vea arrastrando un cadáver por su propiedad.
— Trae esa bolsa aquí, Gemma. — Ordena con expresión decidida mientras empezamos a quitarle la ropa a Frankie.
No puedo dejar de mirar las escaleras y la casa de arriba.
Como si me leyera el pensamiento, Antonio me tranquiliza. — Es la casa de un amigo, Gemma. No te preocupes.
— Tienes muchos amigos con propiedades frente a la playa.
Sonríe e intenta aligerar el ambiente bromeando. — Técnicamente, son propiedades al borde del acantilado. Estamos más cerca de Sea Cliff que del centro.
Los bienes raíces son lo último en lo que quiero pensar cuando dejo caer la bolsa en la playa y la abro para ver un antiguo juego de herramientas médicas. La más destacada es una pequeña sierra de mano que saco y sostengo a la luz del sol.
— ¿Está lo suficientemente afilada para hacerlo rápido? — le pregunto.
No quiero tener la imagen de Antonio descuartizando a Frankie mientras yo estoy sentada en la playa observándolo como un carnicero a una parrilla.
— Hay un accesorio que oscila — hace una pausa como si tratara de interpretar si entiendo sus palabras.
Eso me irrita. — Sé cómo funcionan las herramientas eléctricas, Antonio. Vas a usar esa cosa como un cortador eléctrico.
Levanta las manos en señal de rendición con una ligera inclinación de cabeza. — Lo siento. Debo dejar de subestimarte. Toma sus cosas y quémalas en ese barril. Yo me encargo de la carnada aquí.
No puedo evitar que se me tuerza la cara de asco al verlo. Estoy acostumbrada a que me subestimen. No es el primero ni será el último.
Antonio se ríe. — No te hagas la remilgada conmigo ahora, Gemma. Esto ha sido idea tuya. Una muy buena, por cierto.
— Tú eres el médico, estás acostumbrado a ver cadáveres, y solo te he dicho que quemes sus huellas. No necesito verte hacer una autopsia.
— Me ofende que pienses que soy un médico de mierda. Si mis pacientes estuvieran todos muertos, eso no dice mucho de mis habilidades.
Me agacho para recoger la ropa de Frankie, sacudiendo la cabeza. — Sabes a lo que me refiero, Antonio. Tú estás acostumbrado a tratar con partes del cuerpo.
— No, yo trato con pacientes. No soy cirujano ni forense. Pero te entiendo. Lo voy a desmenuzar como a un pollo asado — bromea con una ligera carcajada.
— Preferiría que no lo hicieras — dice una voz detrás de mí.
Me doy la vuelta y veo a un hombre alto, guapo, intimidante, pero con una ligera sonrisa

mientras se acerca a Antonio. Sin embargo, a pesar de lo intimidante que se vea, no me da miedo.
— Luca Devlin, esta es mi prometida, Gemma Marzano — dice Antonio mientras estrecha la mano de Luca con el cuerpo de Frankie desplomado en la orilla a sus pies.
— ¿Marzano? ¿Como Don Armande Marzano y los hermanos Marzano? — Luca levanta una ceja, su mirada se desplaza hacia mí.
— Él ya no es el Don — le digo. — Mis hermanos ya están en la ciudad.
— Ya veo — Luca se ríe, señalando el cuerpo a los pies de Antonio. — ¿Es alguien a quien debería conocer?
— No, pero ¿puedes ayudarnos a quemar eso? — le pregunta Antonio con una mirada hacia el montón de ropa que tengo en las manos.
— Claro que puedo. Le debo algunos favores a la familia Marzano. ¿Cómo está Don Armande? No hace mucho vi a su primo Julian.
— Armande está en Sicilia con mis padres, retirado del negocio familiar. Sé que Julian se fue y se casó con una mujer. Claire, creo, y su madre se volvió loca e intentó matar a todo el mundo. Mis hermanos y yo seguimos intentando adaptarnos a la costa oeste — le digo.
Luca ofrece media sonrisa y dice. — Y yo intento mantenerme al margen de los asuntos familiares, sin embargo, estuve pescando con Armande. Déjame enseñarte la mejor forma de colocarlo en capas para quemarlo.
Luca me conduce hacia el barril de metal, donde justo detrás hay una caja metálica. Hay carbones y otros accesorios para convertir el barril en una parrilla improvisada. Me quita el montón y lo organiza como una lasaña de ropa, carbones y líquido para encender. Tras entregarme la caja de cerillas, se aleja para ayudar a Antonio.
La caída de una sola cerilla me mantiene en trance. Mis recuerdos bailan al calor de las llamas mientras me pierdo en mis pensamientos. Lo recuerdo como si fuera ayer, el miedo, el pánico y la confusión recorriendo mi cuerpo. Mirando fijamente a los ojos de un hombre que decía amarme; y que me apuntó con un arma y me atacó para saquear la casa de mi familia.
La culpa es el sentimiento que perdura de aquella noche. Alguien a quien decidí dejar entrar en mi corazón, se metió en mi casa para robarnos cuando me negué a presentárselo a mis hermanos. La culpa de haber permitido que alguien me engatusara para que bajara la guardia solo con el fin de fastidiarme cuando las cosas no salieron como quería. La ira vino poco después de la culpa. La muerte de mi ex y el haberme deshecho de su cuerpo aquella noche aún me atormentan.
El sonido del chapoteo me saca de mis pensamientos y me lleva al calor del fuego que baila en el barril. Miro a Antonio y a Luca, que se dirigen a la playa con rastros de sangre que se arremolinan en el agua hasta que desaparecen junto con los restos de Frankie bajo las olas.
No creo que ninguno de los dos se dé cuente de cómo sus voces se propagan a través de la brisa. Incluso con las olas rompiendo contra las rocas, puedo oír fragmentos de su conversación. Eso me molesta, pero no puedo dejar de escuchar.
— En serio, Luca, es el amor de mi vida — dice Antonio.
Luca asiente. — Me alegro de que hayas encontrado a alguien con quien compartir tu vida, con cicatrices y todo. Es solo el apellido, ¿sabes? ¿No te ha hecho sufrir ya bastante la familia Marzano?
Antonio se encoge de hombros. — Nada para lo que no me haya ofrecido voluntariamente. Además, ya sabes cómo es esto. Es más fácil estar con alguien que lo entiende. Ella siempre va a entenderlo.
Luca desvía la mirada hacia mí. Intento mantener los ojos fijos en el fuego que a estas alturas es

más humo que llamas, para evitar que se den cuenta de que los estoy oyendo hablar.
El tono de Luca es bajo cuando le pregunta a Antonio. — ¿Pero estará bien cuando te alejes?
¿Está hablando de este estilo de vida con mis hermanos? Todos los hombres de mi familia están metidos en la mafia. ¿Cómo puedo alejarme de ello? Ya lo intenté y mira, de igual forma me ha seguido por todo el país. ¿O Luca está hablando de la relación de Antonio conmigo?
No conozco la profundidad de su amistad, pero es obvio que es estrecha ya que estamos aquí en la propiedad de Luca. ¿Compartirá Antonio sus planes con Luca, o se ceñirá a nuestra fachada para fomentar este compromiso falso?
Luca y Antonio me alcanzan justo cuando el fuego se ha apagado casi por completo. Antonio estira la mano para levantarme de la silla de playa y Luca sonríe, asomándose al barril de metal.
— Me aseguraré de que el resto quede carbonizado. No estoy seguro de cuánto tiempo disponen teniendo en cuenta que tuvieron que salir a *pescar* — dice Luca moviendo los ojos del fuego hacia el agua.
— No te preocupes, Luca, ya nos vamos. Tenemos que alejarnos de aquí porque se supone que, esa carnada para peces que está siendo arrastrada mar adentro, sigue viva. Si la gente nos ve aquí y sabe que la casa de Ronan está a un paso de aquí, es muy fácil que conecten los puntos. — Las palabras de Antonio son indiferentes, como si esto fuera una parte más de su día a día.
Estudio a Antonio mientras se pone los zapatos y vuelve a meter la sierra de mano en la bolsa. Tiene gotas de agua fresca por haber lavado los restos de Frankie. No me importa tanto como le importaría a una persona normal. Soy insensible a todo esto.
— No olvides deshacerte también de lo que llevas puesto. Por si acaso — sugiere Luca mientras aviva el fuego.
— Lo haré — responde Antonio, y estrecha la mano de Luca antes de llevarme de vuelta a la playa.
Doblamos por la esquina y subimos por el camino de piedra hacia el patio arbolado de Ronan. La hierba se va estrechando desde las escasas hojas y las rocas hasta el frondoso césped en el límite de la propiedad.
Antonio me apoya la mano en el estómago, manteniéndome detrás de él mientras se acerca a la casa. Mi corazón se acelera a medida que nos acercamos más y más a la puerta trasera. Se señala la oreja e indica que nos agachemos. El golpeteo constante de mi corazón contra el pecho es lo bastante fuerte como para ahogar cualquier posible susurro de intrusos.
No puedo asustarme ahora, pero no sé lo que nos espera. El coche está delante de la casa, cerca del garaje. La puerta trasera se abre y el cuerpo de Antonio se tensa. Aprieta los puños, listo para pelear. Ojalá tuviéramos armas de fuego en lugar de una bolsa llena de herramientas médicas.
Abro la bolsa y saco la sierra. No tengo ni idea de lo útil que pueda ser, pero cualquier arma es mejor que ninguna. Cuanto más nos acercamos a la casa, más fuertes son los ruidos. Hay alguien dentro y se mueve a toda prisa.
Antes de que podamos acercarnos, la puerta trasera se abre de golpe y Ronan sale para nuestro alivio.
— Mierda, qué susto me has dado — suspira Antonio y deja que su cuerpo se relaje. — Pensaba que ya te habías largado de la ciudad.
— Oh, no te preocupes, definitivamente me voy. Quería asegurarme de deshacerme de estas cosas antes de salir de aquí. Aún tienes ropa aquí, Antonio, por si quieras cambiarte. — Dice Ronan mientras entra corriendo al cobertizo.
— Gemma, arranca el coche. Saldré en un minuto. Podemos ir a tu casa a tomar algo de ropa para ti antes de volver a la mía.

— Espera un momento, Antonio. No podemos seguir yendo de casa en casa y evitar nuestras rutinas normales. ¿No parecerá sospechoso si se supone que estamos comprometidos? Además, ¿se supone que debemos movernos como si no supiéramos que Frankie está muerto?
— Tienes razón — dice Antonio y voltea hacia mí. — Ya arreglaremos los detalles más tarde. Ahora mismo, pongamos tanta distancia entre nosotros y el cuerpo de Frankie como podamos.
Antonio se dirige al interior mientras Ronan sigue rebuscando en su cobertizo.
Él sale y se detiene delante de mí. — Él es muy leal. No dejes que tu familia vuelva a enredarlo en esta vida. Tampoco dejes que te envuelvan a ti en ella. Los dos deberían seguir mi ejemplo y largarse de la ciudad hasta que acabe esta guerra.
No espera a que le responda y se apresura a entrar en la casa. Voy a la entrada, arranco el coche y espero a Antonio. Cuando regresa, estoy en el asiento del copiloto con el motor en marcha.
Antonio se sube y nos lleva por el puente hasta la dirección que le doy, donde Natalie y yo compartimos casa. Yo tengo el apartamento del primer piso y ella está arriba. Está claro que no está en casa, pero en cuanto entramos en la mía, siento algo raro y me detengo en seco.
— ¿Qué sucede? — susurra Antonio.
Hago una pausa y miro a mi alrededor. — Alguien ha estado aquí.

Capítulo 8: Antonio

El silencio del pequeño apartamento me hace sentir que estamos solos. La sala de estar y la cocina de Gemma juntas tienen aproximadamente el tamaño de mi dormitorio, pero los pequeños toques de su personalidad destacan a medida que me adentro en su espacio.

Hay marcos digitales de distintos tamaños que reproducen diapositivas de imágenes y momentos de su vida. No puedo evitar preguntarme si aparezco en alguna de esas fotos. La familia Marzano prácticamente me crió como a un hijo hasta que el fuego lo arruinó todo.

Las paredes blancas están adornadas con molduras alrededor de toda la habitación. El suelo es de madera oscura y cruje en algunos puntos bajo una alfombra color crema. El sofá azul marino tiene una textura de pana con una mesa de centro negra que hace que el espacio sea lo suficientemente acogedor como para acurrucarse y ver una buena serie de televisión.

— ¿Cómo lo sabes? — pregunto porque no veo nada que esté fuera de lugar.

No es como en las películas, donde todos los muebles están volcados y los cajones revueltos.

— Está limpio. — Gemma entrecierra los ojos y pasa el dedo por el respaldo de la silla.

Yo hago lo mismo y no hay nada en mi dedo, ni polvo ni suciedad, solo una moldura que complementa las paredes.

Sonrío, conteniendo la risa, e intento razonar con Gemma. — Sé que hemos pasado por muchas cosas en las últimas horas, pero ¿de verdad crees que alguien ha entrado aquí y ha limpiado? Puedo dar una vuelta contigo para asegurarme de que la sirvienta intrusa no está escondida en un armario.

— Cállate. — Se ríe y me empuja juguetonamente el hombro. — Debió haber sido Damian. Limpia cuando está estresado.

— Espera un momento. ¿Tu hermano, el matón de la mafia, irrumpe en tu apartamento y lo limpia de arriba abajo porque está estresado? Todo lo que hace Ronan es desaparecer durante semanas y normalmente lo encuentro en algún club de póquer en Las Vegas.

Gemma suelta una risita, se mueve un mechón de cabello detrás de la oreja y sonríe. — Natalie tiene llave, así que estoy segura de que no entró por la fuerza. Ella vino a buscar algo de ropa para mí y mis superficies polvorientas debieron molestarlo. Además, Bash y Casper han ido por Frankie sin él, seguro que esto es cosa suya.

— ¿Cómo es crecer como la hermana pequeña de *Tre Fratelli*? — le pregunto.

Gemma recorre un corto pasillo hasta llegar a su dormitorio donde se nota que la cama está hecha al estilo hospital. Sacude la cabeza mientras abre el armario y sisea entre dientes.

Se le escapa un suave resoplido de frustración cuando ignora mi pregunta y dice. — No pudo contenerse. No sé si lo sabes, pero salir no es solo ponerse un vestido y unos zapatos bonitos. Yo tenía ropas por todas partes y él las guardaba. Empezó a organizar mi armario por colores. Lo ordenó desde lo más cómodo hasta lo que me gusta ponerme para salir. Si quieres saber lo que es tener un hermano neurótico, así es. Nada es lo suficientemente bueno. Y ser la hermana pequeña de los afamados *Tres Hermanos de La Familia* tiene sus pros y sus contras.

— No seas tan dura con Damian, Gemma. — Veo que no quiere hablar de ellos, así que cambio de tema. — ¿Cómo te gusta relajarte después de un día duro? Rayos, ¿cómo es un día normal para ti después de un turno en Booked and Boozy?

— Después de unas ocho horas de café, cruasanes, coñac y misterios, suelo volver a casa y ponerme a escuchar música. A veces me gustaría volver a Nueva York. Podría comer comida tailandesa y darme un masaje con Natalie antes de acabar acurrucadas en el sofá viendo películas de Halloween.

— ¿La película de Michael Myers o como las películas de Halloween de Hocus Pocus?
— Depende del día.
— Bueno, puedo ayudar con la parte del masaje. Ven aquí. — Le hago señas con el dedo.
Gemma está parada frente a mí, nuestros reflejos en el espejo que se encuentra encima de su tocador hacen que mi mente divague en deliciosas fantasías. La hago girar lentamente para que pueda mirarnos a través del espejo mientras cruzo los brazos delante de ella para quitarle la camisa. Es como despojarse del día. Necesitamos una distracción. Su sonrisa y su buena predisposición me animan a continuar.
Un sujetador de encaje sujeta sus pechos y hace que mi polla esté preparada para lo que pueda ocurrir a continuación. Utilizo los pulgares para frotar pequeños círculos en su nuca, bajando por el centro de su espalda; cada dedo aplica una suave presión por su columna vertebral. Gime y suelta un suspiro de alivio cuando le desabrocho el sujetador para dejarle los pechos al descubierto.
Están llenos, turgentes y suplican por mi boca, pero en este momento me armo de paciencia. Utilizo una de mis manos para rodear la parte delantera de su cuerpo, acariciando su cuello y bajando por el centro de su pecho. Un leve escalofrío recorre su cuerpo mientras mi otra mano juega alrededor de la cintura de sus pantalones.
Tras desabrocharle los pantalones y deslizar mi mano por sus bragas, Gemma se inclina hacia delante para agarrarse a la cómoda. Con un pezón entre mis dedos, pellizcándolo, estirándolo, jugando con él suavemente, uso mi dedo para deslizarme entre los pliegues que están entre sus muslos.
Introduciéndome dentro de sus paredes, la masajeo hasta llevarla al orgasmo. Su esencia cubre mi dedo y sonrío al saber que puedo ayudarla a relajarse. Otro clímax provocado por mis dedos la deja jadeando por más.
La ayudo a quitarse por completo los pantalones y la conduzco hasta la cama, donde inclina la cabeza hacia el cajón de la mesita de noche. Dentro hay unas cuantas tiras de preservativos que deposita encima, pero me fijo en el pequeño estimulador de silicona en forma de rosa.
Saco el juguete del cajón y hago que un profundo tono rojo florezca en las mejillas de Gemma.
— Hacía mucho tiempo que no...
La detengo con un movimiento del dedo bajo la barbilla. — No tienes que explicarme nada. ¿Te importa si uso esto contigo?
Sus ojos se abren de par en par mientras mueve la cabeza de un lado a otro.
Mantengo pulsado el botón para encender el juguete.
— Vuelve a pulsar ligeramente el botón para saltar de un ajuste a otro. Si lo mantienes pulsado, se apaga — me dice.
Pulso el botón unas cuantas veces hasta que es un ritmo constante de vibraciones que puedo mantener contra su clítoris mientras me arrodillo para devorarla. Su coño es suave contra mi lengua como un trozo de fruta fresca que puedo saborear. Gemma me pasa las uñas por el cabello, rozándome el cuero cabelludo y provocándome escalofríos de placer.
Siento como cada gota de sangre se acumula en mi polla mientras arranco un preservativo con los dientes y me enfundo mientras utilizo la rosa para mantener su coño bien estimulado y que se retuerza debajo de mí con la necesidad de correrse. Sus labios brillan mientras me muevo hacia arriba para deslizar cada centímetro de mi dureza dentro de sus paredes temblorosas.
Me atrae hacia ella y me besa con nuestras lenguas arremolinándose mientras la rosa vibra contra su clítoris y mi erección se desliza dentro y fuera de ella. Los impulsos primarios que surgen en mi interior se disparan y algo oscuro de los rincones de mi retorcida mente sexual se infiltra en el

momento.
Mi mano sube hasta su cuello. Se me encoje el pecho y me contengo para no estrujar su bonita garganta. En lugar de eso, le sujeto la mandíbula y le paso el pulgar por los labios. Gemma se lleva el pulgar a la boca, chupándolo mientras uso el juguete y la acaricio hasta el éxtasis orgásmico. Me siento a punto de explotar.
Es como si me leyera la mente, ya que Gemma utiliza ambas manos para agarrarme el antebrazo y llevar mi palma a su cuello.
— Estrangúlame, Antonio. Hazlo. Quiero que lo hagas — susurra con deseo.
Sus ojos se dilatan cuando hago lo que ambos necesitamos y su cuerpo entra en una especie de cataclismo orgásmico en la que contengo su respiración, sosteniendo la rosa que vibra con fuerza contra su protuberancia hinchada, mientras mi polla entra y sale de ella. Todo el cuerpo de Gemma está rígido de placer.
— ¡MIERDA! — Tiene espasmos, arquea la espalda y me rodea la cintura con una pierna para que deje de moverme, pero sigo cogiéndola hasta que libero mi propio orgasmo en el látex.
Sudoroso y satisfecho, me separo de su calor y la beso suavemente en los labios. Gemma tiene los ojos cerrados mientras se abanica con una mano.
— No es justo — susurra cuando entro en su cuarto de baño.
Me tomo mi tiempo para enjuagar la rosa y la dejo en la encimera del lavabo para que se seque al aire. Veo un armario delgado junto al espejo y lo abro para ver un surtido de productos de belleza. Me llama la atención un guante de felpa. Perfecto.
Dejo correr agua caliente sobre el guante, tomo una toalla grande de la barra situada detrás de la puerta y vuelvo al dormitorio, donde me tomo mi tiempo para limpiar nuestra satisfacción sexual de entre sus muslos.
— Definitivamente, esto no es justo — reitera. — ¿Cómo se supone que voy a arreglármelas sin esto?
— Siempre me tendrás a mí, Gemma — le digo.
Hay una parte de mí que quiere decirle lo mucho que la deseo desde la última noche que la vi, cuando me besó, pero no pude ir más allá porque me estaba yendo. Solo había venido a su cena de graduación para hablar con Bash. Ojalá hubiera ido por ella, pero mi lealtad estaba con su hermano en ese momento. Hasta cierto punto, sigue siendo así.
— Cuando nuestras vidas vuelvan a su rutina habitual, no tendrás tiempo para mí, Antonio. Eres médico y sé que trabajas turnos muy locos. Todos los médicos lo hacen. — Ella suspira.
— Oye — volteo su cara hacia mí. — No frenes nuestro futuro antes de que empiece. Quedémonos en el momento, Gemma. Me hablas como si fuera a alejarme de ti, de esta conexión.
— Eso es lo que pasará. — Su voz es tranquila, llena de incertidumbre.
Me siento en la cama junto a Gemma y la estrecho entre mis brazos, acariciándole el cabello mientras apoya la cabeza en mi hombro. — ¿Por qué crees que me voy a alejar de ti? Puede que estemos fingiendo ser novios, pero eso no significa que no podamos hacer que nuestra relación sea una realidad.
Gemma abre la boca para hablar, pero veo que sus ojos se agrandan de horror mientras suelta un grito y señala la ventana que está junto a su cómoda. Hay alguien ahí fuera.
Gemma tira de la manta para taparse mientras yo salto de la cama y corro hacia la ventana. La persona que nos estaba observando corre por el callejón trasero que pasa por detrás de las casas conectadas a lo largo de la calle. Me pongo los pantalones y abro la ventana para perseguir al maldito que se asomó a su dormitorio.

Tardo un minuto en atravesar la abertura, aterrizo descalzo y salgo a toda velocidad. Llego a la calle transversal por la que pasan los peatones y me miran como si fuera un loco. Todos los rostros parecen inofensivos, nada que ver con el mirón misterioso, pero mis ojos se lanzan en una búsqueda desesperada...

Sin camiseta, sin zapatos y sudando me veo como un salvaje, estoy seguro. Se me acelera el pulso y mi cuerpo piensa que estoy en el gimnasio. La rabia y la adrenalina tienden a alimentar mis entrenamientos y también lo hace perseguir a algún maldito que cree que puede observarnos a Gemma y a mí a través de su ventana. Tengo que calmarme y volver con Gemma.

Camino hasta la entrada de la casa donde Gemma me deja pasar y está claramente conmocionada.

— Necesitas un sistema de seguridad para esa zona del patio trasero. Detectores de movimiento en las ventanas y puertas, y un sistema aquí dentro para llamar a la policía en caso de emergencia. Hasta que tengamos eso hecho, quiero que te quedes conmigo. Dile a Natalie que no es seguro quedarse aquí.

Gemma suspira, sacudiendo la cabeza. — Todo esto es culpa mía. Nunca deberíamos haber ido a Trips. Quién sabe cuánta gente está buscando a Frankie.

— No lo sé, Gem. — Sacudo la cabeza. — Un tipo cualquiera que se deja ver de manera tan obvia es porque quiere que lo veas; no es muy mafioso. Tiene que haber algo más. ¿Has notado que alguien te siga? Ese tipo de las imágenes de seguridad de Trips no trabaja con Verducci. Él y Frankie se hubieran dicho algo.

— Soy muy mala prestando atención a lo que me rodea. Seré honesta, Antonio, estar en Nueva York era muy diferente. No tenía que preocuparme porque estaba protegida. Me está costando mucho acostumbrarme a esta nueva ciudad, no tengo sitios donde esconderme ni gente a la que llamar en el acto.

— Siempre puedes llamarme, Gemma.

— No sabía que estabas aquí. Pensé que habías vuelto cuando lo hicieron mis hermanos.

— He estado aquí desde la noche en que te graduaste. Don Armande quería un médico mientras él y Vito negociaban una especie de tregua. Y yo le debía un favor a tu hermano por mantenerme prácticamente a salvo.

— ¿Mi hermano te mantuvo a salvo? ¿Cuándo? ¿Qué pasó?

Está claro que no lo entiende, y no voy a ocultar la clase de hombre que he tenido que ser.

Asiento con la cabeza. — Fui a la cárcel por ese incendio del que Bash y yo escapamos a duras penas.

— Espera. ¿Qué edad tenías? ¿Dieciséis? — pregunta.

— Sí, el guardia de seguridad en aquella obra resultó herido y acabó muriendo. Alguien tenía que asumir la culpa. Desgraciamente, yo era el huérfano, ¿sabes? Sin familia, sin nadie que luche por mí. Bash lo intentó e incluso tu padre intentó usar sus contactos para ayudarme. Pero tuve que cumplir la condena, y tu familia se aseguró de protegerme dentro.

— ¿Es ahí donde te hiciste esto? — Gemma me pasa el dedo por encima de la cicatriz.

La piel ya no está terriblemente descolorida, pero la cicatriz se nota. La zona, ligeramente elevada, se dobla en algunos puntos y se aplana en otros a medida que se extiende desde la parte superior de mi hombro y se extiende por mi espalda como un arroyo que se abre paso a través de un valle.

Mi ansiedad aumenta cuando me toca y doy un paso atrás. No estoy preparado para que vea tanto de mí.

Tomo mi camiseta, me la vuelvo a poner y le digo. — Sí, Bash tiene una parecida. Nos la

hicimos cuando se cayó un trozo de andamio mientras sacábamos al guardia de seguridad del incendio.
— ¿Y te enviaron a prisión por eso?
— Bueno, sí, nosotros causamos el incendio. El incendio provocado es un delito grave. El guardia murió a causa de sus heridas semanas después, pero se vio bien que hayamos intentado salvarlo y eso que éramos unos malditos chiquillos. Solo debíamos provocar el incendio, y el dueño de la propiedad haría su reclamo al seguro. El dinero iría a *La Familia.* No sabíamos que había alguien en el lugar.
— Pero ahora eres médico. — Sonríe con los ojos brillantes y alegres por lo que he logrado. — Es increíble, Antonio. La mayoría de la gente no tiene la oportunidad de hacer algo que le cambie tanto la vida después de lo que pasaste.
— Sí. Me recomendaron encarecidamente que pasara cada momento libre tomando los cursos universitarios que me ofrecían después de obtener mi diploma de secundaria entre rejas. Creo que tu primo, Julian, y su padre también movieron algunos hilos aquí por mí. Él era juez en aquel entonces y me ayudó a archivar mi expediente, ya que era menor cuando me condenaron. Descansa en el infierno, Charleston.
— ¿Le caía bien a alguien? — pregunta. — Todo lo que oí eran historias horribles sobre el padre de Julian.
— Era un mal necesario para establecer la familia mafiosa Marzano en esta costa, podemos seguir hablando más tarde. Toma algunas cosas y quédate conmigo.
— ¿Qué pasará con mi trabajo, Antonio? No puedo volver a desarraigarme. Este lugar empezaba a sentirse como mi hogar.
— Vas a volver, Gem. Déjame poner un sistema de seguridad antes de que lo hagas. Y habla con Natalie. Dile que busque también otro sitio donde quedarse.
Gemma resopla mientras se levanta para buscar su teléfono. — Esto no le va a gustar nada.

Capítulo 9: Gemma

— ¿Qué quieres decir con que alguien los estaba viendo a Antonio y a ti a través de la ventana? — pregunta Natalie frenéticamente por videollamada mientras hago las maletas.
— Un maldito nos estaba mirando a Antonio y a mí a través de la ventana de mi habitación. Antonio saltó por la ventana y ahuyentó al tipo. Él piensa que podría ser el mismo tipo que vimos en la grabación de seguridad.
— ¿Qué pasó? — pregunta Damian desde detrás de Natalie.
Inmediatamente me molesto. — Pusiste toda mi ropa negra en un lado de mi armario. Eso es lo que pasó. ¡Aléjate de mis cosas, Damian!
Damian me señala con el dedo desde detrás de ella. — Natalie estaba tardando una eternidad en recoger tus cosas. Necesitaba hacer algo. Deja de quejarte de que limpie y háblame de ese pervertido que te miraba por la ventana.
Refunfuño y miro a Antonio, que está inspeccionando mis ventanas mientras hablo con Natalie y Damian. — No puedo decirles nada más que lo que acabo de decir. Pero Antonio insiste en poner un sistema de alarma en la casa. ¿Llegaron con Casper a tiempo?
— Casper está bien — dice Damian. — ¿Este imbécil de Peeping Tom está relacionado con nuestro problema de anoche?
— Puede ser. — Dice Antonio, todavía pasando los dedos por el marco de la ventana.
— Antonio salió por la ventana y lo persiguió por la calle — les digo con un sentimiento de orgullo que me recorre por dentro.
Su capacidad atlética es sorprendente, sobre todo después de pelearse anoche con Frankie, cogerme dos veces hoy hasta dejarme exhausta y deshacerse de un cadáver.
El agotamiento se apodera de mí a medida que pienso en las últimas treinta y seis horas.
— Lo atraparé. — La voz de Antonio es baja, oscura y tan amenazadora como su mirada fulminante.
— Tengo que ponerme en contacto con mis padres — dice Natalie. — Deberían saber que vamos a añadir un sistema de seguridad a su casa.
— ¿Eso va a ser un problema para ti, Nat? — le pregunto.
La relación con sus padres es, en el mejor de los casos, algo tumultuosa, porque ella no está en el rumbo de vida que ellos le marcaron.
— Nuestra seguridad es más importante que sus rencorosas tácticas de manipulación. No te preocupes. Pondremos el sistema de seguridad y se lo contaremos luego. ¿Vas a trabajar hoy, Gem? — pregunta levantando ligeramente una ceja.
Miro a Antonio, que está deslizando la pantalla de su teléfono mientras hace fotos de mi ventana. Sale del dormitorio, escrutando atentamente los puntos de entrada y salida de mi apartamento.
Damian interviene, respondiendo a la pregunta por mí. — Sí, vas a trabajar, Gemma. Tú y Antonio no pueden hacer cosas fuera de lo normal. Le demostrarás a Verducci que mentías sobre ese compromiso si desapareces de tu vida habitual. Tal vez el tipo en tu ventana era uno de los hombres de Verducci tratando de intimidarte y hacerte saber que Verducci te está vigilando.
— Bueno, si fuese así, entonces diría que Antonio y yo dimos el espectáculo perfecto como pareja comprometida.
— No, no quiero oír nada de eso. Mi hermanita besuqueándose no está en mi lista de cosas por saber — Damian se aleja de la llamada.
Natalie sonríe y se inclina hacia la cámara, mirando por encima del hombro mientras susurra. — Está limpiando la encimera. Fue más que un beso, ¿cierto?

Miro por encima del hombro y me inclino igual de cerca. — Fue mucho más que un beso y siento que las cosas solo se pondrán mejor.
Oigo que Antonio vuelve hacia mi habitación y, apartándome, cambio de tema. — ¿Vas a venir al café a tocar esta semana?
— Damian dice que puede conseguirme una especie de actuación como artista residente en uno de sus locales de Las Vegas. Entonces podré escribir mis canciones e incluso tocar algunas. Con todo lo que está pasando aquí, podría ser bueno salir de la ciudad por un tiempo. ¿Te parece bien que me vaya unas semanas?
— Por supuesto, Natalie. Te adoro. Eres una increíble cantante, escritora y artista. Con Damian dirigiéndote...
— No me va a dirigir — me corrige con firmeza. — Lo último que necesito es que Damian negocie un contrato por mí y que luego se ponga a trapear el piso.
— No es así como funciona — grita Damian fuera de la pantalla. — Soy un profesional en todo aquello que tocan mis manos.
El rubor que se extiende por su rostro ante su declaración me empuja a terminar la llamada, diciéndole. — No quiero oír nada más sobre lo que toca mi hermano. Te quiero. Saca de aquí lo que necesites. Antonio se va a encargar de poner el sistema de seguridad. Hablamos pronto.
— Te quiero, hablamos pronto, y mantente a salvo, Gemma. Lo digo en serio. — Natalie termina la llamada, y me doy la vuelta para ver a Antonio en la puerta, todavía manipulando su teléfono.
— Puedo llevarte al trabajo. ¿A qué hora empieza tu turno? — pregunta Antonio antes de que pueda decirle nada.
— No tienes que llevarme. Tú también tienes que ir a trabajar. Lo último que queremos los dos es que tengas que preocuparte de que yo acabe mi turno y tú estés atrapado en el hospital.
Me ofrece una sonrisa de agradecimiento. — No te preocupes por mí, Gemma. Puedo arreglármelas.
— Yo también, Antonio. Natalie y yo compartimos coche. Lo tenemos aparcado en un garaje no muy lejos de aquí. Cuando se vaya a Las Vegas, ya pensaremos qué hacer. Por ahora, puedo arreglármelas. Uso el transporte público la mayor parte del tiempo porque es una pesadilla encontrar estacionamiento tan cerca del muelle.
— No sé cómo me siento al respecto. Hasta que las cosas se calmen, deberías ir al trabajo en coche. ¿Cuánta gente sabe dónde aparcas? — me pregunta.
— No tengo idea, Antonio. Por favor, no empieces a actuar como mis hermanos en Nueva York.
— Esto no es Nueva York, Gemma. Tienes que estar atenta. ¿Trabajas siempre las mismas horas?
— La mayor parte del tiempo, sí. De lunes a miércoles, trabajo por la mañana temprano y me voy después de la hora del almuerzo. Jueves y viernes, trabajo desde el almuerzo hasta el cierre. Me sorprende haber tenido fuerzas para salir con Natalie anoche. Los viernes son duros, pero insistió en que fuéramos a Trips. Alterno los fines de semana y este fin de semana no trabajo.
Antonio y yo seguimos discutiendo nuestros horarios y, para cuando recogemos mis cosas, la luna ya está en lo alto del cielo nocturno. Caminamos hasta mi coche y Antonio echa un vistazo al pequeño garaje. No es como los garajes de Manhattan, donde hay uno cada dos manzanas, pero Natalie y yo nos repartimos los gastos para alquilar una plaza de estacionamiento permanente.
Nos cuidamos mutuamente desde que nos conocimos hace casi seis años. Natalie es como la hermana que me hubiera gustado tener al haber crecido con tres hermanos. Compartimos coche porque no quiero pedir ayuda a mis hermanos, y ella no quiere implicar a sus padres más de lo

que ya están. Solo queríamos demostrar a nuestras familias que podemos salir adelante solas.
Una vez que Antonio está seguro de que todo está en orden, lo sigo en mi coche hasta su casa, donde pedimos comida y acabamos profundamente dormidos de puro agotamiento. A la mañana siguiente, me doy la vuelta con la esperanza de empezar el día como lo hicimos ayer, pero Antonio no está.
Me levanto y veo que son más de las diez. Hay un mensaje rogándome que vaya a trabajar. Por una sensación de delirante normalidad, acepto ir. Tengo que ponerme en marcha si quiero llegar al trabajo, pero no puedo ignorar que estoy en el apartamento de Antonio. La habitación del ático es increíble, me permite mirar por encima de la barandilla la sala y la cocina. Veo una nota en la encimera que me lleva escaleras abajo.
Buenos días, Gemma.
El desayuno está en el horno. El café está en la cafetera. Tenía que ir a trabajar y no quería despertarte.
Hasta luego, amor.
Una nota manuscrita de mi prometido. Así es como sería la vida entre nosotros. Deshacernos de un cadáver, tener sexo y volver a nuestras rutinas habituales. No tenía ni idea de que esta sería una instantánea repetida de mi vida. Bueno, deshacerse del cadáver y volver a la rutina son una repetición. Tener sexo orgásmico con el doctor que me gusta desde la adolescencia... eso es nuevo.
No quiero que nuestro compromiso termine. Quiero ver cómo sería para nosotros seguir juntos, pero la última vez que me abrí al amor, acabé destrozada y convertida en una criminal. El amor, o lo que yo creía que era amor, me convirtió en la misma clase de monstruo que la gente dice que son mis hermanos.
El chapoteo de un cuerpo hundiéndose bajo las olas frente a las costas de Nueva York suena cada cierto tiempo en mi mente. Nunca podré olvidar la mirada del rostro ensangrentado de mi ex desapareciendo bajo la tapa de un baúl, y ese baúl hundiéndose en la profundidad oscura del agua. Un escalofrío me devuelve a la realidad, donde me como el desayuno que me han dejado, me bebo el café y dejo un mensaje en el buzón de voz de Antonio cuando salgo de su apartamento.
La voz de Antonio susurra a través de mis pensamientos que debo estar atenta y que haga todo lo posible por observar mi entorno con cautela. De momento, todo va bien. Mi corazón se acelera mientras camino hacia mi coche y me dirijo hacia el muelle 39 en plena tarde.
Odio conducir hasta aquí porque es un lugar muy frecuentado por turistas y por el residente medio de San Francisco. Es imposible encontrar una plaza de estacionamiento libre durante mi turno, pero no es el momento de ser ahorrativa. Tengo que ir a trabajar, así que no me cuesta nada estacionar el coche en el garaje de varias plantas que está frente a la entrada principal del muelle. Llego quince minutos tarde a mi turno luego de encontrar una plaza en uno de los estacionamientos más alejados.
Booked and Boozy es una librería-cafetería que sirve sobre todo aperitivos, pasteles y una gran variedad de bebidas, desde macchiatos a martinis. Ser camarera es una tarea sencilla, ya que la gente no es muy ruidosa al ser domingo. El tiempo pasa rápido, ya que el local no abre más allá de las diez.
Estoy contando los minutos que faltan para irme, pero agradezco la distracción que me proporciona del caos que me espera fuera de la cafetería. Cuando solo quedan veinte minutos para que termine mi turno, suena el timbre y alguien se acerca a la barra, que ocupa dos tercios de la pared izquierda. La pared derecha es en su mayor parte de cristal para que los clientes

sentados en las mesas colocadas en zigzag puedan contemplar los barcos del puerto deportivo.
En la esquina trasera hay un escenario para actuaciones en vivo cuando la cafetería organiza firmas de libros o actuaciones de músicos prometedores. En esta tranquila noche de domingo, la cafetería opta por tocar jazz suave en la esquina trasera poco iluminada.
La persona sentada en la barra se hace notar mientras que la mayoría de los clientes ya están pagando sus cuentas. Empiezo a limpiar las mesas y a recoger para sugerirles pasivamente que se den prisa en retirarse, pero hay algo que no me gusta.
Tres chupitos se alinean frente al desconocido cuando éste desliza dinero por la barra hacia el camarero. Los tatuajes del dorso de sus manos me hacen pensar. Se me encoje el pecho cuando los destellos del tatuaje de mi ex se agolpan en mi mente como un tren de mercancías.
La rosa marchita es fácil de reconocer y, aunque no es un tatuaje popular, tampoco es exactamente un diseño personalizado. Lo único que me tranquiliza es ver una cruz detrás de la rosa. Steve no tenía eso en el dorso de la mano, que yo recuerde.
Me acerco al desconocido cuyo largo cabello le cae a un lado de la cara. El camarero ya está cerrando la caja tras servir la última copa de la noche.
— Llegó justo a tiempo. Estamos a punto de cerrar — le digo con una sonrisa.
Pongo mi tono más alegre para convencerlo de que abandone el bar y podamos terminar de cerrar. Odio que los clientes salgan con nosotros. Me incomoda. Me atrevería a decir que es por la neoyorquina que hay en mí, porque ¿para qué se quedan hasta tan tarde? ¿Es un plan para robarnos?
— *Llegué* justo a tiempo, ¿no es así, Gemma? — Su voz es áspera, desconocida, pero que pronuncie mi nombre me pone nerviosa.
Doy un paso atrás, pero me veo reflejada en el cristal de la barra. Llevo la etiqueta con mi nombre en el bolsillo del pecho. Eso no me alivia mucho.
— Eso no es justo. Sabes mi nombre y yo no sé el tuyo. ¿Qué tal si...?
El desconocido gira para mirarme antes de que pueda terminar mi pregunta. Tiene una cicatriz irregular en la cara, oculta tras una espesa barba y un bigote. La cicatriz tiene tonos rosa oscuro, rojo y melocotón que parecen una mancha sobre el ojo derecho. Desciende hasta un fino sendero a través de su vello facial. El cabello negro le cae en la cara sobre el ojo izquierdo y su comportamiento abrasivo no facilita mirarlo.
— Nos vemos, Gemma. Verducci te manda saludos. — El hombre me guiña un ojo y se aleja de la barra.
Da dos golpes en la encimera, nos da las gracias y se va.
La mención del nombre de Verducci refuerza la idea de Damian de que tiene gente vigilándome para asegurarse de que estoy realmente comprometida con Antonio. Se me pone la piel de gallina por la ansiedad y el miedo mientras espero no volver a ver a ese tipo.
Después de cerrar la cafetería, la gente sigue pululando por el muelle, pero, afortunadamente, el canalla del bar no está a la vista. Estoy ansiosa por volver a casa. Tardo un momento en recordar que mi casa ahora es en lo de Antonio, estoy deseando aprovechar su enorme ducha. Quizá esté allí y podamos ayudarnos mutuamente a relajarnos.
Las luces blancas mantienen el garaje lo más iluminado posible, pero la falta de gente o de coches a la izquierda después de un largo día no me ayuda a sentirme segura. Sé que hay un guardia de seguridad por aquí. Ojalá hubiera ido a la caseta y pedirle que me acompañara.
El sonido de unos pasos detrás de mí me hace entrar en pánico. Cuando me doy la vuelta, no hay nadie. Me empiezan a sudar las palmas de las manos. El corazón me late con fuerza en el pecho. El sonido es tan fuerte que casi acalla la voz gruñona que grita mi nombre.

— GEMMMMAAAAAAAA.
Vuelvo a darme la vuelta, pero no veo a nadie. Lo único que oigo son sus pasos, cada vez más cerca de mí. Mi pulso se acelera y empiezo a correr desesperadamente intentando recordar dónde diablos había aparcado el estúpido coche.

Capítulo 10: Antonio

La oficina de la Directora General del hospital no es donde quiero estar ahora, pero es una conversación que necesito tener. La Dra. Melanie Stavros es una líder fenomenal y me ha pedido que asuma más responsabilidades en el hospital. Dos años después de haber terminado la residencia, es normal que esperen que mi carrera crezca.

La directora apenas aparta la mirada del monitor de su ordenador cuando entro en su despacho. Sin embargo, en cuanto me siento, me dedica toda su atención.

— ¿Estás preparado para ver lo que el Consejo y yo tenemos pensado para el futuro de tu carrera? — me pregunta con una mirada esperanzada.

Es como si tuviera un sexto sentido, el hecho de que quisiera tener esta conversación al final de mi turno un domingo por la noche.

— En realidad, necesito pedir una excedencia — le digo mientras la incertidumbre me invade.

— Bueno, eso es algo inesperado. Has hecho mucho por aquí, especialmente cuando nos ayudaste a conseguir a Julian Blackwell y su compañía como benefactor. ¿Hay algo que pueda hacer para que te quedes con nosotros, Antonio? — pregunta Melanie.

La esperanza en sus ojos se desvanece.

Por un breve instante, puedo ver las décadas de experiencia bañando su rostro. La decepción y la frustración gritan en cada arruga de su frente.

— Tengo algunos asuntos familiares de los cuales debo ocuparme.

— ¿Asuntos familiares? Esa es una palabra que no oigo de ti a menudo.

Intento no dejar que el comentario me afecte, pero hace mella en la estima que le tengo a Melanie. — Tengo una familia. Es que yo he estado aquí y ellos son de Nueva York. Pero no puedo darles la espalda. Me necesitan. Mi prometida me necesita.

— ¿Prometida? — Ella jadea. — Ni siquiera sabía que estabas saliendo con alguien y mucho menos que estabas comprometido siendo que trabajas varios turnos de dieciocho horas cada semana.

— Hemos mantenido una relación a distancia estos últimos años. Ahora que ella está en San Francisco; queremos conservar nuestra relación. Y necesito algo de tiempo. — Le digo y me pregunto si ella puede intuir las razones más profundas.

¿Puede oler la sangre del hombre al que empujé bajo la superficie del agua luego de cortarle las manos? ¿Tiene Melanie alguna idea de que soy tan asesino como *La familia* a la que tengo a distancia? Mis hermanos por elección, y pronto mediante el matrimonio si las cosas van como quiero.

Tal y como están las cosas, no me siento como un médico que pueda seguir manteniendo mi juramento hipocrático.

No causar daño...

Con Frankie apareciendo en la puerta de Ronan como su paciente, lo que termina conmigo cortándole las manos al cadáver... están pasando demasiadas cosas como para que me concentre en ser el médico que se espera que sea. El médico en el que prometí convertirme.

Juré distanciarme de la familia Marzano. Especialmente después de todo lo que pasó con Luca y Julian. ¿Y ahora? Estoy dispuesto a casarme con una de las familias más peligrosas del país, quizá del mundo.

— ¿Cuánto tiempo necesitas, Antonio? — pregunta Melanie.

— No lo sé. Creo que tres meses deberían ser suficientes para resolver las cosas.

Ella asiente solemnemente. — Tres meses es tiempo suficiente para que hagas entrevistas en

otros hospitales, elijas una especialidad y ganes millones para otra institución que *no* aceptaría a un interno con un delito grave borrado de su expediente.
A la mierda con mi aprecio por la directora.
— ¿Perdón? — pregunto, esperando que me lo aclare porque se supone que ella no debería saberlo.
Una mirada maníaca relampaguea en sus profundos ojos castaños cuando capta mi sorpresa y me dice. — Que nunca lo haya mencionado no significa que no lo sepa. Me aseguraré de que, si hay siquiera un rumor de que hayas aceptado un puesto en otro hospital, desviando pacientes de *nuestro* sistema, esos antecedentes penales por los que pagaste un dineral para ocultarlos brillarán tanto como tu futuro aquí.
Asiento lentamente, comprendiendo que nuestra relación profesional está ciertamente condicionada. — Wow. Ya sabes… hay algo que decir de alguien que asciende a la posición tan rápidamente como lo hiciste tú. La crueldad es la tuerca que mantiene unida esta escalera al éxito.
— Y tú estás dejando que un coño te vuelva a bajar hasta en el último peldaño — se burla, moviendo la cabeza de un lado a otro. — *Estás comprometido*... es una maldita broma. Una relación a distancia con un médico que trabaja tus horas, y quieres pedir una excedencia. ¿Qué crees que puedes lograr en tres meses? ¿Intentar demostrarle a una mujer, que probablemente sea muy diferente a la última vez que durmieron juntos en la misma ciudad, que estarás cerca?
— Te estás pasando de la raya, Melanie.
— Me lo debes, Antonio. Miré para otro lado.
— Te pagaron para que miraras hacia otro lado — le gruño.
Sonríe. — Demuéstralo.
Estoy a punto de estallar, gritar y exigirle que entienda que pedir una excedencia no es una excusa para que algún cazatalentos me encuentre un puesto en otro hospital. Pero la única forma de que lo entienda es que le diga la verdad, toda la verdad. Y eso no va a ocurrir.
La incesante vibración de mi teléfono sonando en mi bolsillo roba mi atención. Sé que debo concluir esto para conservar mi trabajo, pero no deja de sonar.
— Será mejor que no respondas esa llamada ahora mismo. — Melanie amenaza mientras me levanto.
Es Gemma y mi corazón se acelera al ir en contra de la orden de Melanie.
— ¿Qué sucede? — le pregunto a Gemma mientras el pánico invade cada centímetro de mi cuerpo.
Tiene la respiración agitada y su voz es como un susurro áspero. — Me está siguiendo. Estoy en el garaje más grande frente al muelle. Oh, no. Se está acercando.
La llamada se corta y salgo corriendo hacia la puerta con Melanie gritando algo mientras salgo. Estoy seguro de que se trata de algún tipo de ultimátum, pero ahora no puedo preocuparme por mi jefa. Toda nuestra relación ha sido una mentira.
Afortunadamente, el hospital no está lejos del muelle 39, así que tomo el coche y me dirijo a la zona. Hay un guardia en la caseta de seguridad cuando entro en el estacionamiento, pero lo único que hace es señalar el horario de atención al público.
Grita desde detrás del cristal. — Prohibido estacionar por la noche, amigo. Ya nos hemos llevado algunos coches con la grúa, hombre.
— Busco a una mujer, rubia, de un metro sesenta, podría estar en problemas — le digo.
Mira por encima del hombro al monitor de una cámara de seguridad y sacude la cabeza. — No veo nada, hombre, pero sigue adelante y búscala. Tienes quince minutos.

Imbécil.
Envío un mensaje al teléfono de Gemma, intentando averiguar si sigue en el garaje.
Me devuelve la llamada inmediatamente.
— ¿Dónde estás? — le pregunto.
— ¿Estoy en el tercer o cuarto nivel? Estoy dando vueltas — susurra. — Creo que mi coche está en el último piso.
— Gemmaaaa... — Una voz se oye desde la distancia.
Ella jadea y yo también antes de decírselo. — Estoy en camino. Estoy conduciendo al tercer nivel ahora.
Toco la bocina y enciendo las luces altas mientras me dirijo a la tercera planta. No es hasta que subo la rampa del cuarto cuando veo a Gemma corriendo hacia mí y a un encapuchado merodeando a unos metros. Después de hacer que coche se detenga, salgo y persigo al tipo.
— ¡Entra en mi coche y quédate ahí! — le grito a Gemma mientras me pongo a perseguir al hombre misterioso.
Puedo oír su respiración jadeante reflejando la mía mientras ambos corremos a una velocidad vertiginosa. Me lleva demasiada ventaja cuando se mete en una escalera. Cuando me estrello contra la puerta, solo hay silencio. No oigo a nadie subiendo o bajando las escaleras. No hay portazos y el maldito que estaba provocando a Gemma desaparece en la noche.
Salgo de la escalera y veo a Gemma conduciendo mi coche lentamente hacia mí. Odio fracasar y esta es la segunda vez que dejo escapar a ese imbécil. Mi ego no se hiere con facilidad, pero mi deber de proteger a Gemma me parece una tarea para la que no estoy preparado. Es una bofetada a todo por lo que he pasado fallar en algo tan simple como esto.
— ¿Estás bien? — le pregunto mientras se baja para dejarme conducir.
No se me escapa lo absurdo de la pregunta, pero es lo único que se me ocurre.
Mis ojos escrutan enérgicamente nuestro entorno. Prácticamente estoy deseando que ese imbécil haga otra aparición. Le daría una paliza como debería haber hecho con Frankie. Ha pasado mucho tiempo, pero estoy seguro de que mis manos siguen siendo tan letales como en la cárcel.
Gemma suelta una risita y se muerde los labios inferiores mientras se desliza en el asiento del copiloto. — Estoy viva. No puedo creer que todo esto esté pasando solo por haber metido el dedo en un agujero de bala.
— ¿Qué? — pregunto, ya que su respuesta es aún más absurda que mi pregunta.
— Natalie y yo estábamos haciendo fila para ir al baño en Trips la otra noche. Hay agujeros de bala en la pared y simplemente pintaron encima. — Se eriza de asco. — Murió gente en ese club. Quizá no durante el tiroteo, pero soy más que consciente de la enemistad de mi familia con Don Vito Dacosta.
— ¿Cómo es que eligieron ese sitio y qué tienen que ver los agujeros de bala? — Intento enfatizar la paciencia en mi tono.
Quiero que me explique todo.
— La ruina de Trips fue como una batseñal para mis hermanos. Querían ser más grandes que *Tre Fratelli* de La Familia. Hay demasiados egos, jefes y Dons rondando por Manhattan como si fueran los putos años 80. Con los problemas de Armande aquí afuera, Bash quería reclamar a Trips como un trofeo para sellar la nueva base de poder de la familia Marzano en San Francisco.
No la interrumpo, pero mientras habla, doy la vuelta hasta la última planta del estacionamiento y no hay ningún coche aquí arriba.
La voz de Gemma apenas contiene emoción alguna, sin duda agotada por todo.
Ella dice. — Natalie siempre está tan emocionada cuando mis hermanos están cerca. Ella no ve

la sangre detrás de las balas. Y yo no dejaba de tocar los agujeros de bala en Trips porque eran reales. Alguien simplemente pintó sobre ellos. Como si una capa de esa fea pintura azul pudiera borrarlos. A Frankie no le gustó mi postura sobre los agujeros de bala.
— Estaba molesto por eso, pero se fue una vez que me acerqué a ti y a Natalie.
Ella asiente. — Sí. Y este tipo, el maldito que me estaba aterrorizando esta noche. Lo vi en Booked and Boozy antes de cerrar.
— Podemos volver allí y que nos envíen las imágenes de seguridad.
Gemma suspira. — No sería relevante. No llegué a ver al maldito que me perseguía por este estúpido garaje. El tipo de la cafetería dijo que Verducci mandaba saludos, pero hay algo muy raro en todo esto.
— Estoy de acuerdo. Algo no está bien en todo esto. ¿Dónde está tu coche, Gem? — le pregunto.
Mira a su alrededor y reaparece el pánico. — No lo sé. ¡Maldición! Lo estacioné en la planta de arriba porque no había más plazas disponibles. Sabía que tenía que haber tomado el autobús. No sabía cómo llegar desde tu casa y no iba a llamar a un UBER. ¿Quién sabe lo que Verducci podría intentar?
— No está aquí. — Le digo mientras recorremos todas las plantas hasta llegar a la entrada principal, donde el guardia sigue dentro de la pequeña caseta de seguridad.
Ambos salimos del coche, pero el pánico de Gemma se convierte en rabia y golpea con el puño la ventanilla de cristal, asustando al guardia de seguridad.
— ¿DÓNDE DIABLOS ESTÁ MI COCHE? — grita a través del cristal.
Sé que está a punto de perder el control y tengo que intervenir. Es excitante verla transformarse en esta versión mala de sí misma.
— Lo siento, señora, ¿qué tipo de coche era? — pregunta mirándome.
Todo lo que le ofrezco es una ligera subida y bajada de hombros. Es él quien debería responder a esa pregunta.
— Volvo 2020, plateado, estacionado en el nivel superior. Matrícula de California, S de satán, I de imbécil, D de desgraciado, cuatro, tres, ocho. ¿Dónde está ahora y dónde estabas tú? Me acosaron de camino a mi coche. ¡Un tipo me acosó en cada nivel y ahora mi coche ha desaparecido!
— Por favor, cálmese y déjeme comprobarlo — dice el empleado de cabina con las manos temblorosas mientras teclea algo en el ordenador.
La forma en que se le abren los ojos me hace saber que no va a darnos buenas noticias. — Lo remolcaron porque parecía abandonado. Las ruedas estaban pinchadas y el parabrisas trasero destrozado.
— ¿QUÉ? ¿Cómo es posible? Acabo de estacionarlo aquí esta mañana. — Grita Gemma. — ¿Dónde se lo llevaron?
Desliza temblorosamente una tarjeta de la empresa de grúas bajo el cristal y retrocede. Tomo la tarjeta y llevo a Gemma hasta mi coche, donde se acurruca contra mi pecho. La abrazo mientras solloza por la frustración que le invade.
— Lo siento, Gemma. Vamos a ver qué tan grave es y prometo ocuparme de ello.
Llora un poco más antes de sacudir la cabeza. — Se supone que no deberías ocuparte de esto. Se supone que esto no debería pasar. Dejé Nueva York. Lo dejé todo y sigo sin poder escapar de esta maldita VIDA.
Gemma grita en mi pecho, pero los sonidos se amortiguan mientras la meto en el coche. Odio esto, maldición. Vuelvo junto al guardia de seguridad y deslizo mi tarjeta personal bajo la ranura del cristal.

— Voy a necesitar que me envíes las grabaciones de seguridad de los últimos cuatro días a los datos de contacto de esta tarjeta.
— Señor, no estoy autorizado a hacerlo, por razones de privacidad para nuestros clientes.
— ¿Es usted un jugador? — le pregunto al empleado.
Me agarro a un clavo ardiendo porque puedo ver el juego al que está jugando en su teléfono. En California es ilegal apostar por Internet.
— A veces — responde con escepticismo.
— ¿A qué juega? — No importa cuál sea su respuesta, porque si está jugando a cualquier cosa en la ciudad, es un juego respaldado por la mafia.
— Póquer y blackjack.
— ¿Conoce The Green Room? — Se lo pregunto porque la mayoría de los jugadores de la ciudad juegan allí o desearían hacerlo.
No es un lugar concreto, sino un evento que cambia de ubicación cada semana. No es solo para participantes, es una de esas cosas de las que la gente de su edad quiere formar parte, decir que fue a una partida de Green Room.
— Por supuesto. Me encantaría jugar allí.
— Bien, hágame un favor ya que necesitamos las imágenes para su seguro, envíemelas y me aseguraré de que tenga una invitación para la Green Room.
— Envíeme la invitación y luego le enviaré las imágenes.
Asiento con la cabeza. — No hay problema. Envíe sus datos al correo electrónico que figura en esa tarjeta. Y yo me encargo, alguien lo llamará para darle los detalles. En cuanto lo tenga envíeme las imágenes. Por favor, no me haga volver aquí para cobrárselo.
Mantengo mi voz severa e inquebrantable, usando el ceño fruncido permanente de mis cejas a mi favor, infundiendo miedo en su interior. Muy bien. Dentro del coche, Gemma está al teléfono con Natalie.
Dejo que se desahogue con su amiga mientras conduzco hacia la noche preguntándome qué más puede pasar.

Capítulo 11: Gemma

— Deja de preocuparte por el coche, Gem. — La insistencia de Natalie en hacerme sentir mejor puede resultar agotadora, pero creo que esta sensación es solo el día pasándome factura.
Insiste y me dice. — Es solo un coche y aún no sabes qué tan mal está. Tenemos cobertura total. Relájate.
— Esto es mi culpa.
— No lo es — discrepa. — Pero si piensas así, entonces puedes pagar la franquicia para que lo arreglen. ¿De acuerdo?
— No es solo eso, Natalie. Creo que el tipo que vimos mirando por mi ventana en nuestra casa entró en Booked and Boozy esta noche. Luego esperó a que cerráramos y me siguió hasta el estacionamiento. Fue horrible. No tenía mi gas pimienta conmigo ni nada. Dijo algo sobre Verducci.
— Damian, deja ese cepillo de limpieza. — Natalie grita lejos del teléfono.
— Necesito limpiar o disparar. Dame otra cosa que hacer con las manos y lo haré. — La respuesta de Damian me pone tensa.
Está tan ansioso como yo.
— Pensé que venir aquí sería tranquilo, ¿sabes? — le digo. — Tenía a mi familia lejos de aquí, y que entonces sería seguro. Mis hermanos podrían quedarse en Nueva York y yo podría vivir mi

vida.
Antonio se acerca para acariciarme la rodilla, dulce y gentil confirmación de que entiende de dónde vengo.
— Vas a estar bien, Gem. — Natalie dice con firmeza. — Todos vamos a estar bien. Escucha. No te preocupes por el coche. Podemos remolcarlo hasta un taller mecánico. Deberías ir con Antonio por el momento para estar más segura.
— Eso estoy haciendo, quiero decir, haré todo lo que pueda. Yo también tengo una vida. No quiero depender de nadie ni que se sienta obligado a hacerme de chofer — le digo con una mirada de reojo a Antonio.
El apretón de su mandíbula me hace saber que eso lo ofende, pero no voy a aprovecharme de él ni de su coche.
— No seas tan terca, Gemma Marie. Un coche es solo un objeto. Que te lleve es solo un favor. Y cuando el favor viene de gente que se preocupa por ti, no es aprovecharse. Se llama ayuda, y está bien necesitarla a veces. Damian y yo estamos bastante cercanos, metidos hasta las rodillas en contratos de negocios y demás, así que tampoco necesito el coche. Quédate con el doctor.
— Tampoco tengo muchas opciones, ¿cierto?
Se ríe. — Deja de actuar como si no te estuvieras tragando su sem...
— ¡ELLA ESTÁ HACIENDO QUÉ! — Damian grita en la distancia.
— Mierda, olvidé que estaba aquí. Te quiero. Me tengo que ir, adiós, amiga. — Natalie termina la llamada conmigo luchando contra la risa.
— Te llevaré a donde necesites — me dice Antonio después de meter mi teléfono en el bolsillo.
— Gracias.
— Como tu prometido, es mi deber mantenerte a salvo. — En esta ocasión toma mi mano, se la lleva a la boca y besa el dorso. — ¿Por qué gritaba Damian?
Sacudo la cabeza con una risita. — Por algo inapropiado que Natalie dijo de mí.
— Me pregunto hasta qué punto podemos ser inapropiados — dice con la comisura de la boca ligeramente curvada.
— ¿Quieres decir aparte de meterme el dedo en el culo, usar mi propio juguete contra mí y estrangularme mientras algún pervertido nos mira? — No puedo evitar que el sarcasmo cubra cada sílaba.
— La forma en que retorciste tu cuerpo cuando te corriste dice que lo disfrutaste al máximo. Dejando a un lado lo del pervertido, ¿ser observada es algo que te gusta?
— Sí, lo disfruté, y no sé — respondo. — ¿Hay algún sitio así para que probemos cosas?
Asiente con la cabeza. — Un amigo mío conoce a una doctora, la Dra. Mescal, que tiene un sitio así que podemos visitar, pero no estoy seguro de cómo funcionan las cosas con ella. Puede que sea solo para miembros.
— ¿Qué tal si nos exploramos el uno al otro primero antes de pensar en llevar nuestra aventura de gira como si fuera un espectáculo? Espera, ¿qué supone eso para nuestra falsa relación?
Antonio detiene el coche y nos acercamos al depósito de vehículos incautados, donde está mi coche junto a otros, esperando a que lo rescate. Espero que nadie de la organización de Verducci nos esté observando, pero la voz de Antonio consigue desconcentrarme.
— Nuestra relación no es falsa, Gemma, solo el compromiso. — Me mira a los ojos con cada palabra, y no hay duda de su sinceridad.
Antonio no es alguien de quien quiera librarme, y nunca pensé que llegaría este día.
Se inclina sobre el tablero y me encuentro con él en medio para darle un beso. Es un beso que se transforma rápidamente en auténtica pasión. La facilidad con la que nos compenetramos no

debería sorprenderme, pero lo hace. Incluso me asusta un poco lo rápido que puedo enamorarme de alguien simplemente por lo bien que conoce mi cuerpo. Si a eso le añadimos nuestro trauma mutuo, es reconfortante. Tengo la esperanza de que cuando termine el caos; nuestra relación sobreviva.

No debería ser extraño que conozca el cuerpo humano. Lo que le ha hecho al mío es solo un atisbo de lo que es posible entre nosotros. Nuestras lenguas se arremolinan sin esfuerzo mientras sus labios capturan los míos y casi me hacen olvidar los acontecimientos de la noche.

— No puedes estacionar aquí. — Se oye una voz desde el otro lado del coche, haciendo que nuestro beso termine abruptamente.

Respiro hondo y le digo. — Tranquilo, Antonio. Mueve un poco el coche para no bloquear la entrada. Voy a ponerme en la fila.

Antonio tiene cara de querer impedir que salga del coche sola, pero no llega muy lejos, y yo tampoco. Hay tres personas delante de mí y para cuando llego a la ventanilla, el muy imbécil baboso se pasa la lengua por los dientes mugrientos.

— ¿Qué puedo hacer por ti, gatita? — Imagino sus palabras saliendo de su boca como gas tóxico.

— Mi coche fue remolcado hasta aquí hace poco. Matrícula de California, Volvo plateado...

El hombre me interrumpe. — Aw, es una pena el estado en que está el coche. Dos ruedas pinchadas y el parabrisas trasero roto. Lo recuerdo perfectamente. Serán 550, gatita.

El precio me hace dudar. — ¿Qué? ¿550 dólares? ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo lleva aquí mi coche?

— Bueno, gatita...

— Deja de llamarme así — gruño. — Desglósalo lentamente.

— Estoy redondeando hacia abajo. Hay una tasa administrativa de 295 dólares por ser la primera vez que remolcan el coche y 280 por el cargo de la grúa. Las primeras cuatro horas son gratis, pero si esperas hasta medianoche, que es dentro de unos veinte minutos, te facturarán todo el día de mañana.

— Son unos malditos sinvergüenzas. — Sacudo la cabeza y miro por encima del hombro mientras Antonio entra en el estacionamiento.

— Qué boca tan sucia. Si la usaras mejor conmigo, podría rebajarte cien dólares de tu cuenta — replica el canalla, de nuevo con un repugnante movimiento de lengua sobre sus dientes.

— ¿Eso es todo lo que se necesita para obtener un descuento en estos días? — pregunta Antonio desde detrás de mí.

No parece que estuviéramos juntos, pero el tipo atrás del cristal está demasiado ocupado intentando que mis labios rodeen su polla como para prestarle mucha atención.

— Vete a la mierda, niño bonito, antes de que *te* obligue a chupármela gratis — el tipo se burla de Antonio.

— ¿Quieres venir aquí y ver cómo te va? — Antonio reta al tipo y para mi sorpresa el imbécil tras el cristal sale de su casilla protectora.

La puerta metálica que separa a este tipo del público es lo único que lo mantiene a salvo.

El hombre saca una porra una vez que observa a Antonio de pies a cabeza. Antonio no es solo un niño bonito. Sus músculos sobresalen por debajo de la camisa de cuello y el vigilante arremete contra Antonio con la porra agitándose en mitad de la noche.

Antonio esquiva el primer golpe, bloquea el segundo con el antebrazo y atrapa la porra al tercer golpe. Se la arrebata al encargado y la tira al suelo. Antonio no espera a que su agresor diga nada para darle un puñetazo en la cara. La pelea no es ni de lejos tan larga ni tan intensa como la que

tuvo contra Frankie.
Bastan unos cuantos golpes y un fuerte apretón en el hombro del encargado para que el tipo se acobarde de miedo.
— Por favor — suplica el encargado. — Lo siento.
— Tienes que pedirle disculpas — dice Antonio mientras pone de rodillas al encargado.
— Lo siento, señorita. Se lo juro. No era mi intención. — Su voz temblorosa no me hace sentir lástima por él.
Imagino el número de mujeres que este imbécil habrá martirizado para sacar su coche del depósito.
— Solo quiero mi coche — le digo a Antonio, ignorando al encargado y sus disculpas.
Antonio le da otra sacudida y lo tira al suelo. El encargado vuelve corriendo a la cabina y cierra la puerta tras de sí. Antonio se acerca a la ventanilla y saca su billetera.
— ¿Cuánto es? — pregunta Antonio como si no acabara de zarandear a este hombre como un perro a un hueso.
— 550.
Antonio saca seis billetes de cien dólares y los coloca bajo la ranura del cristal. El empleado prepara un recibo y lo desliza bajo el cristal. Nos alejamos de la cabina con Antonio al teléfono mientras sacan mi coche con un remolque. Lo dejan en la calle, en una zona prohibida para estacionar, lo que significa que tenemos que moverlo antes de que amanezca.
— Ya viene una grúa para llevarlo a un estacionamiento privado. Podemos hacer que tu compañía de seguros envíe al perito y mañana tendrás un coche de alquiler esperándote.
Dejo escapar un suspiro de alivio mientras le echo los brazos al cuello a Antonio. En tiempos de crisis, no tengo que preocuparme de nada. Así ha sido Antonio desde el principio. Se ha hecho cargo de mí y me ha cuidado como siempre ha sido nuestro destino.
— Como tu prometido, falso o no, Gemma, me perteneces. Voy a cuidar de ti. ¿Trabajas mañana? — pregunta.
— Se supone que sí, pero la verdad, no estoy precisamente de humor después de lo de hoy. — Dejo escapar un suspiro de cansancio.
— No tienes que trabajar si no quieres — dice mientras esperamos a que llegue la grúa.
Inclino la cabeza hacia un lado, enarcando una ceja. — ¿Quieres que me quede en casa, descalza y ocupándome de las tareas domésticas de mi futuro esposo?
— No — se ríe. — Puedo cuidar de mi casa perfectamente. Me refería a que, si no quieres trabajar mientras detenemos una guerra entre familias mafiosas rivales, no tienes por qué hacerlo. Puedes tener algo de tiempo para decidir si quieres quedarte donde estás.
— Solo quería tiempo para descubrir quién era lejos de mis hermanos. Cualquier trabajo sirve. Solo necesito alejar mi mente de lo que dejé atrás.
— ¿Puedes contarme más sobre eso? — pregunta. — Ayudar a tu familia a salir de situaciones que tienen tendencia a surgir del pasado resulta ser una de mis especialidades.
Él no puede hacer nada con lo que hice. En lugar de contárselo todo, apoyo la cabeza en su hombro. Esperamos en un cómodo silencio a que una grúa recoja los restos de mi coche. El coche era un símbolo para Natalie y para mí de nuestra independencia.
A Natalie no le gustaba depender del futuro que le han marcado sus padres. Y yo quería alejarme de mis hermanos porque sus vidas se mezclaban con la mía. Ser una princesa de la mafia me obligó a seguir un camino que, estoy segura, nunca habría recorrido de haber nacido en cualquier otra familia. Sin embargo, aquí estoy.
Tuve una ventaja de ocho meses sobre mis hermanos al venir aquí. En teoría, nunca deberían

haber asumido el mando. No fue hasta que Armande renunció a su título de Don y que nuestro primo Julian se negó a tomar el timón, que Bash vino aquí a gestionar los intereses de nuestra familia.
En realidad, llevábamos vidas bien separadas hasta que decidí hurgar en los agujeros de bala y molestar al soldado equivocado de una familia rival. ¿Qué hago ahora?

Capítulo 12: Antonio

El sol sale y tengo a Gemma en mis brazos. Sus mechones rubios caen sin esfuerzo sobre su hermoso rostro. Sus labios carnosos y rosados piden ser besados, pero opto por levantarme de la cama. Necesito todo el autocontrol de mi cuerpo para no empalarla con mi erección matutina.
Una parte de mí se pregunta si podría despertarla con mi cara entre sus piernas. Pero teniendo en cuenta todo lo que Gemma ha pasado estos últimos días, la dejo dormir. Además, estoy seguro de que mi boca con frescura mentolada no será un despertador que ella aprecie. A menos que eso le guste. Lo averiguaré cuando se despierte.
El desayuno es la tarea más importante que tengo en mente mientras me dirijo a la cocina para prepararnos algo. Ella cocinó para mí y es justo que le devuelva el favor. Lo único que me detiene es el timbre de mi teléfono.
— Maldición, aún no son ni las siete — bostezo y tomo el móvil que está sobre la encimera.
El número que parpadea en la pantalla me hace enviar la llamada al buzón de voz, pero la Dra. Melanie Stavros es persistente. Llama sin parar hasta que contesto.
— ¿Qué? — le digo en voz baja.
— Abandonaste mi despacho antes de que pudiéramos terminar de hablar de tu futuro profesional. Espero que estés en el trabajo para cumplir tu turno nocturno, Antonio.
— Te dije que me tomaba una excedencia.
— No, se supone que debes hacer una s*olicitud* de excedencia. Y tú solicitud ha sido denegada.
Sacudo la cabeza. — ¿Por qué te estás comportando de esa manera?
— Porque estoy harta de que mis médicos con talento sean atraídos, engatusados y robados para trabajar en otros hospitales. Aún estás a tiempo de convertirte en un magnífico cirujano y te quiero a ti. Quiero que esa cara tuya sea la cara de nuestro nuevo programa de residencias médicas.
— No.
Melanie se ríe en la línea. — Lo dices como si te lo hubiera preguntado. Ya te he dicho lo que está en juego. Sé lo que hiciste. Sé lo que ocultaste durante tu revisión ante la junta médica. Sé...
— No sabes una mierda. No estoy tomando esta excedencia para buscar otro trabajo, Melanie. Mi familia está en problemas y mi prometida me necesita. Si no apruebas mi excedencia, tendrás mi dimisión — le digo.
— ¿De verdad? — me desafía Melanie.
— *Te lo voy a pedir* una vez más. ¿Puedes por favor aprobar mi solicitud de excedencia? Solo te pido tres meses, Melanie.
— No. Solicitud denegada. Si mentiste, engañaste y sobornaste para ocultar tus antecedentes penales, ¿por qué debería creer que no aceptarás un puesto en una institución rival? ¿No lo entiendes, Antonio?
— No, no lo entiendo.
— Si trabajas en otro hospital, no solo te vas tú. Todas las enfermeras que hayan estado en tu turno, cada auxiliar que haya trabajado contigo, todos te seguirán. Te llevarás al 25% del personal de Urgencias cuando te vayas. Sin mencionar que tus lazos con Julian Blackwell ponen en peligro la construcción de esa nueva ala que estamos levantando. La única forma de impedirlo es asegurándome de que te quedes aquí, o que no vuelves a trabajar en ningún otro sitio de esta ciudad.
— Eso es una maldita locura, no puedo creer que intentes culparme de la mierda del índice de rotación del personal. Si los funcionarios se van, desarraigan su vida, para empezar en lo más

bajo de la jerarquía en otro hospital; entonces están tan locos como tú. ¿Sabes qué? Retiro lo dicho. No estarían locos. Estarían justificados porque si este es tu razonamiento, tienes mi dimisión, Dra. Stavros. Estará firmada, sellada y entregada en tu escritorio mañana a primera hora.
Termino la llamada y bloqueo su número. El teléfono rebota sobre la encimera como una piedra sobre un lago cuando lo suelto de la mano.
¿Qué diablos he hecho?
Se me hace un nudo en el estómago y la cara me escuece con lágrimas que amenazan con caer. Mi vida vuelve a ponerse patas arriba por culpa de las estupideces de la familia Marzano. No, no son estupideces. Proteger a Gemma no es una estupidez. Ella no debería pagar por las rencillas de su padre y sus hermanos.
No quiero ser cirujano, pero una parte de mí habría hecho cualquier cosa que Melanie me pidiera, porque el hospital se arriesgó conmigo. Sacudo la cabeza y empiezo a mover cacerolas y sartenes, olvidando que Gemma duerme en la habitación de arriba.
Tengo casi una docena de huevos en una sartén grande mientras preparo el café y unto las tostadas con mantequilla. Utilizo un poco de jamón serrano sobrante para complementar los huevos revueltos. Gemma entra en la cocina justo cuando termino de servir el desayuno.
Lleva unas bragas con una camiseta de tirantes que amenazan con hacer que saque todo de la isla para desayunarla a ella en su lugar.
— ¿Qué te han hecho esas ollas y sartenes? — pregunta Gemma con una ligera sonrisa.
— Nada — le digo, queriendo deleitarme con su belleza y así evitar pensar en cómo acabo de tirar mi carrera por la borda. — Siento haberte despertado.
— Ya estaba despierta antes del alboroto. ¿Te oí renunciar a tu trabajo? — me pregunta.
No tengo energía para mentir o desviar la atención, así que hago lo que se supone que debe hacer cualquier prometido.
Le digo a Gemma la verdad. — Sí. Solicité un poco de tiempo para lidiar con las secuelas de esta mierda de Frankie y la directora pensó que me estaba tomando el tiempo para encontrar otro trabajo. Es como dejar que un abogado muy bueno deje el bufete.
— Vaya, no sabía que los médicos tuvieran que firmar cláusulas de no competencia. — Da un bocado, cierra los ojos y gime para mi deleite. — ¿Qué tienen estos huevos? Están deliciosos.
— Un poco de mascarpone y nata espesa — le digo. — Es ilegal en el estado de California hacer firmar a cualquier médico un acuerdo de no competencia, pero ella tiene algo contra mí para obligarme a quedarme.
— Evidentemente no, ya que acabas de renunciar.
— Renuncié porque odio sentir que alguien ejerza algún poder sobre mí. Ella conoce mi pasado. Bash hizo todo lo posible para archivar mi expediente penitenciario, pero la directora se enteró de alguna manera. Estoy seguro de que fue cosa de Charleston Blackwell. Bastardo.
— El tío Charlie, al que nunca se le permitió estar cerca de mí ni de ninguna de mis amigas. Las historias que oí sobre él eran repugnantes. Solo puedo imaginar cómo era en la vida real.
Asiento con la cabeza. — Sí, nadie le sacaba nada gratis. Tiene sentido que, si Bash o tu padre le pidieron que limpiara mi pasado, se lo haya quedado para tenerme bajo control. Un favor que probablemente me hubiese cobrado en algún momento. Afortunadamente, murió antes de poder cobrar ese favor.
— ¿Por qué tendrías que pagar una deuda a un hombre muerto?
Me encojo de hombros. — No es una deuda ejecutable. Hay demasiada gente enredada en esta red como para que salga a la luz. Es lo bastante ejecutable como para impedirme ir a otro

hospital. Susurrará al oído de cualquiera para impedir que otro centro médico me contrate.
— ¿Qué supone eso para tu carrera? ¿Vas a tener que dejar San Francisco? ¿O piensas hacer caso omiso a sus palabras? — me pregunta.
— Por ahora trabajaré en la clínica con Ronan y sus hermanas. Sé que pueden emplearme a tiempo completo.
— ¿Y eso no implica un recorte salarial? ¿Podrás permitirte este sitio? — Gesticula a su alrededor con un tenedor lleno de comida en la mano.
— Soy propietario absoluto. Solo debo pagar los impuestos y los servicios del condominio. Estaré bien por un tiempo.
— ¿Por eso dijiste que no tenía que trabajar? ¿Quieres quedarte encerrado en casa conmigo todo el día?
Eso me arranca una sonrisa. — No me importaría en absoluto, pero me conozco. No puedo quedarme quieto mucho tiempo. Por eso me encanta el ajetreo de ser médico de urgencias. Luego de haber cogido en cada superficie de este lugar dos veces…
Me interrumpe. — ¿Entonces nos aventuraríamos fuera?
No me da tiempo de responderle antes de que suene su teléfono. Su expresión cambia al terminar la llamada.
— ¿Y ahora qué? — pregunto.
— Natalie está en casa y dice que hay un paquete esperándome. Dice que es de mi antigua dirección de Nueva York, pero no quiere abrirlo.
— Bueno, si vas al trabajo podemos pasar a recogerlo antes de que te deje — le digo.
Ella acepta y terminamos de desayunar para dirigirnos a su apartamento. Cuando llegamos, Damian abre la puerta de un tirón antes de que Gemma pueda meter la llave en la cerradura.
— Dios, Damian, no hagas eso. — Gemma grita antes de empujarlo fuera del camino.
Le tiendo la mano para estrechársela, pero se muestra reticente en el mejor de los casos y furioso en el peor. Me sujeta del brazo para impedir que siga a Gemma a su apartamento.
— No me importa lo que hayas hecho por Bash, si lastimas a Gemma…
Esta vez lo detengo y le arranco el brazo de las manos. — He sometido mi cuerpo a todo tipo de dolor para mantenerla a salvo. He mutilado un cadáver y, desde esta mañana, acabo de dejar mi trabajo para estar aquí con ella. No tengo intención de hacerle daño, Damian.
Me detengo justo antes de decirle que siempre la he amado. Bueno, no siempre, pero desde el momento en que compartimos ese beso hace tantos años, es la única mujer en la que he pensado. Bash se alegró de librarse de mí, enviándome a la costa oeste para distanciarme de la facción neoyorquina de la organización Marzano. Y no pude negarme por todo lo que habían hecho por mí.
Así que me fui.
Ahora que tengo a Gemma en mi vida, *y en mi cama*, haré lo que sea necesario para que siga allí.
— ¡NO! — Gemma grita desde el interior de su apartamento.
Damian me sigue mientras entro corriendo y veo a Gemma sentada en su sillón con las rodillas apretadas contra el pecho. Hay una bala sobre la mesa junto al paquete que apenas es lo bastante grande como para que quepa una baraja de cartas.
Me arrodillo para mirarlo, no quiero poner mis huellas en algo que podría estar relacionado con algún asesinato o cualquier otro crimen.
— Alguien sabe lo que le hicimos a Frankie. Me vieron o me oyeron hablar de esos estúpidos agujeros de bala — divaga Gemma.
Sacudo la cabeza mientras recojo el paquete, ya que está claramente etiquetado con un franqueo

verdadero. Es imposible saber cuántas huellas hay en él. Todavía hay algo dentro, lo sacudo y lo deposito sobre la mesita.
Una cruz de oro rosa con un rosario roto brilla a la luz del sol que se cuela por las persianas de la sala. Gemma agranda los ojos, vuelve a poner los pies en el suelo y se acerca a las cuentas del rosario como si la estuvieran llamando.
— Es imposible. Alguien me está tomando el pelo — dice Gemma, sacudiendo la cabeza con incredulidad.
— ¿Qué es imposible, Gemma? — le pregunto. — ¿De dónde ha salido esto?
— Es mío. Son las cuentas del rosario que mi madre me regaló después de graduarme, antes de que se fueran a Sicilia. La última vez que lo tenía… —hace una pausa y se toca el cuello como si el recuerdo estuviera incrustado en la suave piel bajo su mandíbula temblorosa— la última vez que lo tenía fue la noche en que maté a Steve.
— ¿QUÉ? — exclamamos Damian y yo simultáneamente.
— ¿Quién diablos es Steve? — le pregunto.
Damian entra en la cocina, abre el grifo y toma una esponja. Empieza a frotar la encimera en círculos agresivos mientras sacude la cabeza.
— Sabía que ese maldito era un desgraciado. ¿No te dije que era un pedazo de mierda? — Damian rechina cada palabra apretando los dientes.
— Mierda, ¿por qué está limpiando ahora? — Natalie pregunta mientras baja a reunirse con nosotros en la sala de Gemma.
— Porque les hablé de Steve — responde Gemma.
— Eres la peor persona guardando secretos — resopla Natalie sacudiendo la cabeza.
— ¿Quién es Steve y por qué está muerto? — Vuelvo a hacer la pregunta.
— Es la razón por la que escapé de Nueva York, Antonio. Steve me usó para acercarse a mis hermanos. O por lo menos, lo intentó — admite Gemma. — Cuando Bash, Casper y Damian decidieron ignorarlo, Steve rompió conmigo y luego irrumpió en nuestra casa.
Damian deja de fregar para levantar la vista. — Espera un momento. Eso no es lo que nos dijiste. Dijiste que llegaste a casa y que alguien había entrado, pero que no había nadie. ¿Qué diablos pasó, Gem?
— Steve entró y lo descubrí. Me habías dado esa arma calibre 22 y me vi obligada a usarla. Le disparé en la cara y me arrancó el rosario del cuello mientras caía hacia atrás. Pensé que estaba muerto y me sentí culpable de que alguien a quien yo había traído a nuestras vidas entrara en casa de mamá y papá. Steve jugó a largo plazo. Salimos durante un año entero antes de que mencionara algo sobre conocer a mis hermanos.
Natalie se sienta inmediatamente junto a su amiga y rodea a Gemma con un brazo, frotándole lentamente el hombro.
Natalie nos cuenta el resto. — Yo utilizo baúles grandes para mis instrumentos, y trasladamos su cuerpo. Lo tiramos al río.
— ¿Y te pareció una buena idea? — le pregunto a Natalie.
Ella me fulmina con la mirada. — No conoces a mis padres. Te disculpo por tu ignorancia, doctor. Soy una Bersani, hija de... ¿sabes qué? No importa. Gem y yo ya no queríamos estar metidas en esta mierda. Entonces nos mudamos aquí y míranos. Seguimos en medio de esta mierda de la mafia. ¿Eso te parece bien?
— Estoy confundido porque si Steve está muerto, ¿quién carajos envió el collar? ¿Están seguras de que Steve estaba muerto? — les pregunto.
Ambas asienten.

Damian deja de fregar la encimera el tiempo suficiente para levantar la mirada. — ¿Pesaron el baúl?
Gemma y Natalie se miran y luego miran a Damian.
Natalie tiene una mirada inocente cuando pregunta. — ¿No es el cuerpo lo suficientemente pesado?
Damian saca su teléfono para hacer una llamada. — Bash, sí, te necesitamos aquí. Ahora.

Capítulo 13: Gemma

En cuanto Casper y Bash llegan a mi apartamento, la energía cambia. Casper echa un vistazo a mi casa, pasa el dedo por la barandilla de la silla y mira a Damian. Damian ya no está fregando la encimera, está parado delante de la isla con los brazos cruzados sobre el pecho.
Antonio está parado junto a la ventana, sus ojos escudriñan la oscuridad de la calle frente a la casa. Natalie tiene las manos como un campanario sosteniendo la cabeza mientras mira fijamente el paquete que está sobre la mesa. Mi corazón se acelera cada vez que miro fijamente las cuentas del rosario que se supone que deberían estar sujetas por las manos de un muerto en el fondo del East River.
Casper habla en voz baja. — Necesito que apaguen sus teléfonos y los pongan arriba.
El pánico me invade mientras todos apagamos los teléfonos y se los entregamos a Damian, que sube a dejarlos en el apartamento de Natalie. Cuando vuelve, Bash cierra y bloquea la puerta tras de sí.
Bash aún está adolorido por lo de la otra noche y permanece parado delante de la puerta, como una versión más joven de nuestro padre. Tiene el cabello oscuro, y sus ojos grises oscuros me miran con decepción. Emite un gruñido y Antonio se aparta de la ventana para sentarse a mi lado.
— Dime exactamente lo que ha pasado, Gemma — exige Bash con contención en la voz.
Mis ojos se desvían de él a Natalie. Su expresión refleja la preocupación que me recorre el cuerpo. Antonio me frota el hombro desde su lado mientras me vienen a la mente recuerdos de hace casi un año.
— Steve no paraba de hablar sobre conocerlos durante los dos años que fuimos amigos y luego durante todo el año que salimos juntos — les digo.
— ¿El mecánico grasiento? — pregunta Casper, pasándose los dedos por el cabello castaño claro.
Sus familiares ojos grises oscuros se entrecierran al mirarme mientras frunce el ceño, probablemente intentando recordar cómo era Steve.
— Dijo que trabajaba en un taller mecánico, pero no estoy segura — me encojo de hombros. — Salimos prácticamente durante un año. Ya en septiembre, empezó a insinuar que quería venir a conocerlos. Mamá y papá ya se habían ido a Sicilia.
Bash asiente lentamente. — Empiezo a recordarlo. Ellos se habían ido y yo estaba intentando vender la casa. Se reunió con nosotros en aquel restaurante, pero era como un maldito conejito Energizer.
— No me había caído nada bien — gruñe Damian desde detrás de la encimera de mi cocina.
Ahora está sentado encima para no volver a limpiarla.
— Sí. Después de que ustedes lo ignoraron, él quería que hiciera algo más para convencer a *La Familia* para que lo incluyeran. Traté de explicarle que, las cosas no funcionan así. Que yo no tengo nada que ver sobre con quién trabajan ni nada. Cuando por fin entendió eso, rompió conmigo.
Bash suspira, cruzando los brazos sobre el pecho. — Entonces, ¿qué pasó?
— Hace unos ocho meses... — Dudo en contarles el resto porque sé que metí la pata y solo quería arreglar la situación sin involucrarlos.
— Sigue, Gemma — me anima Antonio mientras me frota suavemente el hombro.
Tenerlo a mi lado me da el valor suficiente para continuar.
Le toco la mano, pero me detengo al ver el brillo de incomodidad en los ojos de mis hermanos.

— Fui a la casa porque le dije a Bash que la limpiaría y la pondría a punto para que pudiera hacer una jornada de puertas abiertas. Oí a alguien arriba y pensé que era alguno de ustedes, pero era Steve. Estaba enfadado y tenía un montón de cosas en la mano.
— ¿Qué fue lo que hizo? — pregunta Casper con rabia.
— Me tiró encima las cosas y empezamos a pelear. Pude llegar a mi bolso y usé la pistola que me había dado Damian.
Casper y Bash le lanzan miradas fulminantes a Damian, que se encoge de hombros y dice. — Es nuestra maldita hermana, corretear por Nueva York sin un arma es algo estúpido. Yo le enseñé a usarla.
Intento quitarle importancia al asunto con Damian. — Así fue, y acabé necesitándolo. Le disparé a Steve en la cara. Me entró el pánico, pero afortunadamente como la casa está en una calle tranquila, a los vecinos no les importaron los disparos. La policía ni siquiera apareció. Llamé a Natalie para que me ayudara.
— Entonces, ¿qué hicieron exactamente? — pregunta Bash.
Natalie habla esta vez. — Ella me dijo que tenía basura que sacar. Metí el baúl más grande que tenía en mi coche y conduje hasta Staten Island. La ayudé a limpiar el desorden y metimos a Steve en el maletero.
— ¿Entero? — pregunta Casper.
Los ojos de Natalie se abren de asco. — Por supuesto, entero. Esperamos hasta la medianoche y fuimos en coche hasta la FDR. Encontramos un buen sitio para detenernos y tiramos el baúl al río.
Damian resopla. — Eso es exactamente por lo que los llamé para que vinieran. No pesaron el baúl.
Bash asiente. — Bien. Voy a pedir algunos favores para ver si se encontró un cuerpo o un baúl. ¿Steve estaba solo?
Me encojo de hombros. — Yo creo que sí, porque si tenía a alguien ayudándolo, habría entrado luego de que se disparara el arma, ¿no? O habría alguien más por la casa o haciendo de vigía.
Mis ojos miran a todos los presentes, pero nadie tiene respuestas definitivas.
Casper se pellizca el puente de la nariz. — Haré algunas llamadas para ver si podemos conseguir una lista de personas allegadas. Alguien podría estar molestándote, Gem. O, en el peor de los casos, Steve salió devuelta a la superficie o alguien con quien estaba trabajando lo encontró. Por eso te mudaste aquí con tanta prisa, ¿no?
Asiento lentamente. — No quería que lo que hice se volviera contra ustedes. Solo quería olvidarme de todo. Natalie necesitaba alejarse de sus padres y yo necesitaba salir de Nueva York. Era el momento perfecto.
Bash se mofa. — Somos familia por una razón, Gem. Tus problemas son nuestros problemas. Este pequeño paquete es probablemente el primer paso antes de que pidan dinero.
— ¿Dinero? — pregunto, volteándome para mirar a Antonio, que asiente de acuerdo con Bash.
Antonio dice. — Sí, definitivamente harán una demanda. Si no quisieran dinero, ya habrían llamado a la policía. Solo tenemos que averiguar cuánto costará esto para hacerlo desaparecer.
— Ese tipo que trabaja para Verducci va a estar siguiéndonos. ¿No resultará difícil lidiar con el chantaje mientras su gente nos vigila? — les pregunto.
— ¿Qué tipo que trabaja para Verducci? — pregunta Casper, enarcando una ceja.
Antonio da un paso adelante. — Es un tipo que nos observaba a través de la ventana de su habitación, en la parte trasera de la casa. Se presentó en su trabajo y anoche la persiguió por el estacionamiento. Llegué a tiempo para intervenir, pero no pude atraparlo. También terminé de

limpiar el desastre con Frankie.
— Gracias — dice Bash. — Damian, ¿aún te vas a Las Vegas?
Volteo hacia él y veo que Damian asiente con la cabeza y dirige la mirada hacia Natalie mientras dice. — Sí, y ella viene conmigo. Tengo que ocuparme de unos asuntos y ella será una buena coartada. Además, así podrá alejarse de este espectáculo de mierda, a menos que necesiten que me quede aquí.
Bash mueve lentamente la cabeza de un lado a otro. — No. Armande me dejó una lista de soldados en los que podemos confiar. Cuanta menos gente tengamos que ocuparnos de proteger, mejor. Ustedes dos diríjanse a Las Vegas, pero mantengan los ojos abiertos. Gem, saca lo que necesites de aquí y duerme con Antonio hasta que tengamos noticias de Nueva York sobre la situación de Steve.
— Podemos tener un asunto gestándose con respecto a Frankie. — Antonio dice. — Se presentó en casa de Ronan y aunque nos hayamos encargado de limpiarlo, Verducci podría tener a alguien buscándolo. Ronan puso el coche de Frankie en el estacionamiento de un aeropuerto para que pareciera que se había ido de la ciudad.
Casper gime. — Bien, intentaré que mi gente saque un billete que demuestre que salió de la ciudad. Él no saldrá en nuestra contra, ¿verdad?
— Él es mi amigo — responde Antonio.
Bash cierra los ojos y deja escapar un largo suspiro antes de voltear hacia mí y preguntarme. — ¿Hay algo más que debamos saber sobre Steve?
Me encojo de hombros. — No que yo sepa.
— Cuando la persona que haya enviado ese paquete se ponga en contacto contigo, avísame, Gemma. Antonio —Bash hace una pausa, mirando a su viejo amigo— espero que no solamente la mantengas a salvo. Ustedes dos todavía tienen que comportarse como si estuvieran comprometidos, como si fuéramos familia. Voy a ver si puedo conseguir alguna grabación de seguridad de la casa de papá y mamá. Yo había instalado algunas cámaras para la jornada de puertas abiertas.
Casper habla en voz baja y pregunta. — ¿Dónde pusiste las cámaras y la unidad de memoria, Bash?
Bash gruñe y exhala profundamente. — No recuerdo haberlas quitado, porque no tenía que organizar la jornada de puertas abiertas. Lo siento, pero no sabía que se había cometido un asesinato, así que no traté la situación con la consideración necesaria.
Me siento como una mierda porque no sabía que había cámaras en la casa.
Damian sube por nuestros teléfonos mientras yo voy a mi dormitorio por algo de ropa. Todos tienen algo que hacer para evitar la guerra mientras yo espero con impaciencia la demanda del chantaje pendiente. Hace tiempo que aprendí a no cuestionar cuando Bash dice que algo va a ocurrir.
Solo espero que podamos hacer que todo esto termine. Una vez que el caos se calme, Antonio y yo podremos ver qué queda de nuestra relación. Diablos, con toda esta mierda, me sorprendería que quisiera mantener a alguien como yo en su vida. Todo lo que hacemos los Marzano es llevar estrés y caos adonde quiera que vayamos. Él merece paz. Solo espero que la consiga conmigo a su lado.

Capítulo 14: Antonio

Es una cosa tras otra y no puedo evitar que la ira se acumule en mi interior. No estoy enfadado con Gemma. Haberme cruzado con ella una noche cualquiera junto a Ronan que no tiene la culpa de mi decisión de volver a involucrarme con la familia Marzano. Elegir salvarla de Frankie no ha sido culpa suya, y desmembrar a Frankie es sencillamente una parte inevitable de lo que está sucediendo.

Mientras ayudo a Gemma a meter las maletas en el coche, sigo pensando por qué tomo las decisiones que tomo. Maldición. Ya ni siquiera tiene coche. Esto no está bien. Gemma no merece pagar por los pecados de sus hermanos o los míos.

Estamos luchando contra enemigos por ambas partes y no saber quién viene del pasado de Gemma me tiene en alerta máxima. No puedo dejar de escudriñar la calle, preguntándome si el desgraciado del estacionamiento estará observando desde lejos. ¿O si Verducci tiene a uno de sus secuaces al acecho?

— Tenemos que salir de la calle — le digo a Gemma mientras carga un bolso de viaje en el asiento trasero.

— Esta es la última — dice mirando por encima del hombro.

Natalie y Damian salen de la casa con dos maletas enormes. Las colocan en el coche que está detrás del mío mientras Casper y Bash montan guardia, vigilando diligentemente la calle hasta que subimos a nuestros coches para marcharnos.

Gemma y Natalie se toman un momento para despedirse. Hay algo especial en su amistad. Aunque Natalie no forma parte explícitamente de ninguna mafia, su forma de manejar la situación demuestra que no es ajena a esta forma de vida. No se asusta fácilmente y no tiene miedo de manipular un cadáver.

Noto las lágrimas que brotan de sus ojos cuando se separan, pero Gemma vuelve a mirar estoicamente cuando se da cuenta de que sus hermanos la observan. En cuanto nos quedamos solos en mi coche, Gemma deja escapar un suspiro.

— Ojalá pudiéramos ir a Las Vegas con ellos. — Gemma frunce el ceño con los ojos pegados al paisaje que pasa junto a ella.

— No es una mala idea. Si Frankie no se hubiera escapado, podríamos irnos. — Echo un vistazo a la pantalla enclavada en mi tablero, ligeramente paranoico por si alguien nos esté escuchando.

Me llevo el dedo a los labios y la señalo para que Gemma vea por qué estoy evadiendo la verdad. Mueve la cabeza arriba y abajo lentamente en señal de acuerdo. — Gracias por dejar que me quede contigo hasta que pongan el sistema de seguridad. ¿Te importa si me encargo de la cena esta noche? Quiero agradecerte por todo esto. No digas que no tengo que hacerlo. Déjame hacer algo lindo por ti.

Acepto que Gemma haga lo que quiera en mi cocina. Después de hacer una parada para comprar algo para la comida, volvemos a mi casa y entramos en el garaje subterráneo de mi edificio. No puedo evitar que se me acelere el corazón. No debería haber nadie esperándonos para emboscarnos, pero estoy en alerta máxima. El silencio del garaje no ayuda mientras me dirijo a un trastero que está junto a la entrada del ascensor.

Una de las comodidades de aquí es tener un trastero para los inquilinos que necesitan un carrito para llevar paquetes y bolsas grandes a su vivienda. Mando a Gemma arriba a mi apartamento y me tomo mi tiempo para cargar el resto de sus cosas y las compras en un carrito.

Cuando entro en mi apartamento, Gemma está poniendo música en su teléfono mientras rebusca en mis armarios. Hay mucha alegría y paz en su energía mientras desempacamos sus cosas y la

comida.
— Hay un armario en mi oficina donde podemos poner la mayoría de tus cosas — le digo, caminando por el espacio que separa mi cocina abierta de la sala de estar.
— ¿Todo el espacio bajo tu dormitorio es tu oficina? — me pregunta.
Abro una puerta junto a la oficina. — Aquí hay un cuarto de baño, pero la mayor parte del día trabajo aquí. Mande cerrar el espacio unos meses después de mudarme. Puedo ponerme al día con mis notas, mis pacientes y acosar a algunos antiguos alumnos de la facultad de medicina para que hagan sus donaciones al hospital.
Mi sonrisa deja de dibujarse en mi rostro cuando recuerdo que ya no tengo ese trabajo. Parece que mi lealtad no llega tan lejos como debería. Independientemente de lo que suceda, tiendo a dar más de lo que recibo a personas cuya lealtad es, en comparación, algo frágil.
— ¿Estás bien, Antonio? — la pregunta de Gemma corta mis pensamientos.
— Me pregunto qué sucederá cuando todo esto se calme. Quiero seguir ejerciendo, pero no sé si eso sea siquiera una opción.
Gemma se mueve por la cocina, ordenando los alimentos y haciendo sitio en la encimera. Sus ojos se mueven de mí al montón de harina donde unos cuantos huevos se encuentran dentro de un pozo que ha hecho con el dorso de la mano.
— Lo siento, Antonio.
— ¿Qué estás haciendo? — le pregunto.
No quiero pensar en un futuro que ya no es lo que imaginaba.
— Pasta casera. Lasaña para ser exactos.
— ¿Qué puedo hacer para ayudar? Sé que dijiste que querías hacer esto para agradecérmelo, pero necesito tener las manos ocupadas.
Sonríe e inclina la barbilla hacia un cuenco con ingredientes. — Puedes ayudarme con la salsa. Creo que tengo todo, tomates, ajo, cebollas, hierbas.
Preparamos la cena juntos con la música sonando y nuestras mentes lejos de la muerte y el caos. En un momento dado, cambiamos de lugar para que yo me encargue de la masa mientras Gemma se ocupa de la salsa. Me siento bien, como si siempre hubiera sido así.
Cuanto más trabajo la masa, más consigo desahogarme. Es terapéutico de una manera que nunca imaginé.
— No trabajes demasiado la masa — me advierte Gemma mientras remueve.
Saca una cuchara de madera de la mezcla que hierve a fuego lento y la sopla antes de ofrecérmela. Muy caliente, pero deliciosa, me calienta por dentro y por fuera.
— Está buenísima. Quizá una pizca de sal y algo más de ajo — le digo, inclinándome hacia delante para besarla suavemente mientras vuelve a remover. — ¿Prefieres un relleno de bechamel o de ricota?
— Queso, queso y más queso, por favor — dice Gemma con una risita. — Si estuviéramos preparando algo así como una cena familiar en la que tuviéramos que servir a una docena o más, entonces preferiría el relleno de bechamel para una porción más consistente. Pero ¿ahora mismo? Solo quiero permitirme un capricho en medio de la decadencia para olvidar lo que se nos viene encima.
Asiento con la cabeza y nos ponemos manos a la obra para terminar la cena y, mientras se hornea la lasaña, desempaquetamos el resto de sus cosas. Algunas caben en el armario de abajo, mientras que el resto cabe en una sección del armario de mi habitación.
Solo cuando Gemma empieza a hacer sitio, mete la mano en el fondo del armario para sacar un jersey que hacía décadas no veía.

— ¿De dónde lo sacaste? — me pregunta.
Su voz tiembla ligeramente mientras pasa la mano por la tela.
— Tu madre me lo dio cuando me fui — le digo.
— Recuerdo que la vi tejerlo. Dijo que era para alguien especial, alguien que lo necesitaba. Hablas con tanta libertad sobre el hecho de haber cumplido condena en prisión.
— No tengo motivos para ocultar mi pasado. Hice algo malo y pagué por ello. He estado pagando por ello durante mucho tiempo.
— ¿Por qué regresaste junto a mi familia? ¿Acaso no te metiste en problemas cuando trabajabas para mi padre? — pregunta ella.
— No trabajaba para tu padre. Era el único amigo de Bash. Yo estaba en una casa de acogida luego de que mi padre muriera y nadie supiera cómo encontrar a mi madre. Me obligaron a ir a la escuela y el primer día que fui, vi a Bash jugando solo.
— ¿Cuántos años tenías?
— Fue más o menos en tercero o cuarto de primaria, creo. Teníamos nueve años, y todos en la clase me decían: «no hables con Sebastien porque hace desaparecer a los niños que odia».
Se ríe entre dientes. — Eso me suena a verdad. Eso es lo que muchos chicos decían de mí en el instituto, pero Natalie siempre estuvo ahí para mí. Aún así, fuiste con mi hermano. ¿Qué sucedió?
Su curiosidad no es inesperada, y revivir algunos de los momentos más problemáticos de mi infancia no es lo que quiero para esta noche. Sin embargo, quiero que conozca lo más profundo de mí como hombre.
Una sonrisa se dibuja en mis labios al recordar cómo me hice amigo de Bash. — Llevábamos un mes más o menos de curso. Todos los niños le temían a tu hermano. No era solo la reputación de tu padre, sino que Bash también tenía mal genio.
— Eso lo he comprobado de primera mano — añade con una ligera carcajada.
— Un día salgo al recreo y oigo a unos chicos hablando de Bash. Decían que los rumores no eran ciertos y que su padre no era el Padrino o alguna chorrada. Pero un chico, Mikey, era enorme, y presumía de que su padre y su tío formaban parte de la mafia.
— Siempre hay un imbécil.
Me río entre dientes. — Sí, siempre hay alguien que quiere poner a prueba su valía contra el hijo de un mafioso. Mikey se acercó a Bash y sus amigos lo animaron. Pronto se reunió una multitud y Bash tenía una mirada asesina. No soporta que le falten al respeto, sobre todo cuando está metido en sus asuntos. Ese día pude ver de lo que Bash era capaz.
— ¿Llamaron a la policía? — me pregunta.
— Sí. Mikey era por lo menos unos treinta centímetros más alto y unos diez kilos más pesado que Bash, pero empezó a burlarse de Bash delante de todos. Bash le devolvió una o dos burlas que molestaron a Mikey. Entonces, Mikey se abalanzó y Bash contraatacó. Incluso a los nueve años, tu hermano era muy volátil.
— Es una mezcla de mi madre y mi padre. Nunca quisieron que sus hijos anduvieran por la calle sin saber protegerse.
— Eso tiene sentido — le digo. — Bash golpeó la cara de Mikey en el patio de la escuela. Uno de los amigos de Mikey intentó meterse, y eso a mí no me gustó porque Mikey había empezado. Acabé peleándome con dos chicos mientras Bash luchaba contra Mikey y otro chico que intentaba quitárselo de encima a Mikey. Cuando llegó el momento de contarle lo sucedido al director, le conté todo lo que había oído y saqué a Bash del aprieto. Desde entonces somos amigos.

Bajamos a la cocina, donde me envuelve el aroma de la cena y solo nos queda abrir el vino. La cena se saborea mejor en la sala de estar mientras cierro las cortinas y enciendo la televisión que está escondida dentro de un cuadro. Se escucha de fondo porque me gusta más tener algo moviéndose en mi periferia mientras estoy aquí abajo trabajando.
— ¿Y después del incendio? — me pregunta.
Mis hombros suben y bajan con indiferencia. — Siempre he defendido a Bash porque él nunca empezaba las peleas. La gente siempre venía con sus inseguridades. Después del incendio, di un paso al frente, pero tu padre intervino cuando Bash intentó asumir la culpa.
— ¿Realmente fue idea de Bash provocar ese incendio? — pregunta.
— Lo siento, Gemma, pero así fue. Lo importante es que *elegí* ayudar a Bash a salir de esa situación. Pensé que Bash estaba haciendo algo que tu padre le había dicho que hiciera. No sabía que era algo que Bash había decidido para entrar en el radar de La Familia. Pero resultó que, incluso con Bash confesando su implicación, no tenía una familia que me respaldara. Bash, tus padres, tus hermanos, todos hicieron lo que pudieron por mí. Convertirme en médico después de todo lo que he pasado les dio a tus padres y a Bash una forma de devolverme mi lealtad.
— Y aun así acudiste a mi rescate. — Sonríe mientras saco una botella de Pinot Noir para acompañar nuestra cena.
— Por supuesto que sí, Gemma. Me preocupo por ti, siempre lo he hecho. Esa era una de las razones por las que odié venir aquí. No estaba preparado para alejarme de ti, de ese beso, pero tenía que venir aquí por la familia. — Espero que mi confesión cale, pero Gemma no quiere hablar de nosotros hace seis años.
— ¿Ponemos las noticias? — pregunta Gemma dando un sorbo a su copa y desesperada por cambiar de tema.
— ¿Estás empeñada en ver si mi obra ha llegado a la orilla? — Evito contarle a Gemma cada emoción que sentí en esos días previos a su cena de graduación.
— O para ver si la mía lo ha hecho — deja escapar una exhalación con un leve movimiento de cabeza.
Alargo la mano para rozarle la pierna, lo que enciende mi necesidad de tocarla. Resisto mis impulsos sexuales y opto por bajar las manos y tomar uno de sus pies. Ella gime mientras presiono suavemente su planta con el pulgar y froto en pequeños círculos.
— No quiero que me molesten con lo que pasa en el mundo. Estoy feliz de estar aquí contigo.

Capítulo 15: Gemma

La cena, el vino y las manos de Antonio acariciándome los pies me disponen a cerrar los ojos y quedarme dormida. La ligera presión de las yemas de sus dedos sobre mi piel me adormece y me sumerge en un estado de pura relajación. Mi mente se sumerge en las profundidades de las preguntas que le hago a Antonio.

Ignoro voluntariamente cuando saca a colación el beso de la noche de mi cena de graduación. No quiero indagar en mis emociones, en mi enamoramiento, en mi atracción por Antonio. Si pienso en ello, solo me recordará que el amor y las relaciones no sirven para nada. No quiero pensar en lo que vendrá después de que dejemos de fingir que estamos comprometidos.

— Eres tan bueno en todo. — Gimo mientras me masajea los pies.

Mis fantasías de adolescentes sobre mi enamoramiento por Antonio no me llevarán a enamorarme perdidamente de él por el hecho de que sea mi salvador en estos momentos de confusión. Quiero que me quiera porque de verdad así lo desea, y no porque mi hermano le ha encomendado a cuidarme mientras Bash arregla mi desastre.

Cuando todo esté resuelto, sé que Antonio se va a centrar en su trabajo con la esperanza de recuperar su empleo. Nunca debió renunciar por su situación conmigo, pero no sé todo lo que lo llevó a dimitir. Con él centrado en su carrera, podré volver a mi vida en la que no dependo de la ayuda de mis hermanos.

Anhelo la independencia de una manera que no esté vinculada a lo que haga mi familia, legalmente o no. Es una de las cosas que Natalie y yo tenemos en común. Queremos libertad, porque una vez que estás en deuda con alguien de *La Familia*, tu vida les pertenece.

Mis hermanos me tenían bajo control porque me mantenían a salvo en Nueva York. Aquí, al otro lado del país, pensé que podría empezar de nuevo. Pero nunca falta algo que, cuando intentas salir de esta vida, sucede para arrastrarte de nuevo a ella.

— ¿Qué te hizo decidirte a ser médico? — le pregunto a Antonio, desesperada por sacar mi mente de la espiral de preguntas sobre mi futuro; o sobre nuestro futuro juntos.

— Sé que la respuesta perfecta sería decir que mi padre enfermó y que yo quería encontrar la forma de curar su enfermedad. Pero la realidad es que alguien fue apuñalado acudiendo en mi defensa.

— Dios mío, ¿qué fue lo que sucedió? — le pregunto, con el pulso acelerado por lo que pueda admitir a continuación.

— Era mi primera semana en prisión y alguien no creyó que estuviera protegido. Me atacaron y yo estaba perdiendo, estrepitosamente. Alguien a quien le pagaba tu familia me encontró y evitó que la situación pasara a mayores, pero fue apuñalado en el proceso. Ayudé a taponar su herida y a estabilizarlo hasta que pudo llegar a la enfermería.

— Mierda, lo siento mucho Antonio.

— Era normal. Cometí un delito y me encarcelaron. Salir herido o meterme en una pelea era inevitable. Especialmente porque era muy joven.

Le quito los pies de las manos para sentarme y le pregunto. — ¿Cómo es que tu caso terminó fuera del tribunal de menores?

Alcanza su copa y bebe un sorbo de su vino.

Antonio desvía la mirada hacia el televisor, que se reproduce silenciosamente, y evita mirarme a los ojos mientras habla. — El lugar que quemamos pertenecía a otra familia. Utilizaron su influencia para que me acusaran como adulto. Y tu padre utilizó su influencia para asegurarse de que estuviera lo más protegido posible mientras estuviera dentro. En realidad, estoy agradecido

de que me trasladaran. Tu familia no tenía mucha influencia en el reformatorio.
— Eso es porque se supone que los nuestros no deberían ser encarcelados. Cualquiera que esté en *La Familia* debería estar protegido.
Se mofa. — No soy parte de *La Familia*, Gem. Soy un chico al que tus padres protegieron porque era el mejor amigo de su hijo mayor. Mostré lealtad a Bash y mantuve la boca cerrada en el juicio. Hicieron todo lo que pudieron por un chico que no formaba parte de *La Familia.*
Me inclino hacia él, rozando su muslo, y mi voz apenas supera un susurro. — Y te mereces mucho más que eso.
Antonio deja la copa sobre la mesa y se da la vuelta ligeramente para mirarme. La firmeza de su mano me hace sentir escalofríos de deseo y me acerca aún más a él. El pelo de su perilla me hace cosquillas en la cara mientras me susurra en los labios.
— *La Familia* no me debe nada ahora que te tengo a ti.
Mis ojos se cierran justo cuando él consolida sus palabras con un beso. Entramos en un ritmo de pasión. La suavidad de su lengua deslizándose entre mis labios me eriza la piel. El placer que se acumula entre mis muslos me hace abrir las piernas para dejarle espacio.
Antonio mueve su cuerpo sobre el mío, apretando sus caderas contra mí mientras nuestro beso nos empuja más intensamente hacia el éxtasis. No puedo evitar que mis manos se desplacen por sus hombros hasta su espalda. La cicatriz es irregular y la rozo con las uñas. Jadea apretando los dientes e interrumpe nuestro beso.
En cuestión de segundos, Antonio se pone en pie y me lleva a su dormitorio. La ropa parece desvanecerse en una ráfaga de anticipación sexual. No tardamos mucho en volver a nuestro momento de pasión y menos tiempo aún para que Antonio deslice su polla dentro de mí. Ninguno de los dos se preocupa por nada mientras nos perdemos en el placer de las caricias del otro.
Estar con Antonio me permite olvidarme de todo, ya que disfruta tanto haciendo que me corra encima de él. Es atento y deja huellas de su toque magistral, arruinándome para quien venga después. La idea de no estar con Antonio es tan inquietante como creer en el futuro que podríamos tener después de esta treta.
En lugar de pensar demasiado, dejo que las caricias de Antonio me devuelvan a la intimidad. Su boca se mueve desde mi cuello hasta mis pechos, saboreando y acariciando mis pezones. Los gemidos y gruñidos que emite me acercan más a él y, cuando Antonio me pasa los dedos por el cabello, acerca de nuevo su boca a la mía.
Nuestros besos están sincronizados con nuestros cuerpos. Nuestras cabezas se mueven al unísono con cada revolcón, empujón y tirón provocados por el deseo sexual. En cuanto terminamos, el alivio, la relajación y el agotamiento nos consumen. El sueño nos encuentra poco después.
Cuando sale el sol a la mañana siguiente, no parece lunes. Tengo un turno en el trabajo más tarde, pero no me atrevo a acercarme al muelle. Por un momento siento aprensión, pero el aroma de canela caliente y nuez moscada me hacen olvidar el día que tengo por delante.
Me asomo por la barandilla del altillo del dormitorio para ver que la sala está impecable y la cocina limpia. Antonio sale de su oficina y parece que lleva horas despierto. Tras una ducha rápida, veo que apenas son más de las siete y me reúno con él abajo.
Antonio desliza una taza de café por la encimera de la isla y saca rollos de canela del horno.
— ¿Los hiciste tú? — le pregunto mientras aparta uno del resto.
— Se me dan bien muchas cosas, pero la repostería no es una de ellas. — Se ríe. — No podía dormir y cuando terminé de limpiar, supuse que querrías desayunar. Hay una panadería en el vestíbulo de un hotel a unas manzanas de aquí.

— ¿Hay algo más que se te dé mal? — le pregunto entre bocado y bocado. — No saber hornear no es un crimen, pero intento averiguar por qué sigues soltero.
— Solo duermo en periodos de cuatro horas. Mis horarios en el hospital solían ser imposibles y no eran negociables para mí. También odio los incendios y evito las obras.
— Esos no me parecen motivos para romper el acuerdo — le digo encogiéndome de hombros.
— Tratar conmigo durante unos días, no lo es. Pero imagínate dentro de un año o dos y que esté limpiando en mitad de la noche, o reordenando muebles porque no puedo dormir a horas normales. ¿A qué hora tienes que estar en el trabajo? — me pregunta.
Si Antonio quiere cambiar de tema, no tengo ningún problema. Imagino que sus horarios irregulares se deben a su estancia en prisión. No quiero obligarlo a explicar cosas de sí mismo de las que no esté preparado para hablar.
— Con lo de la limpieza puedo lidiar. Ya conoces a Damian — añado con una risita para aligerar el ambiente.
— Intenté no hacer ruido, pero siento si te desperté.
— Antonio, vengo de una casa donde mis tres hermanos mayores entraban y salían a cualquier hora de la noche. Cuando conseguí mi propio apartamento, era demasiado tranquilo. Por lo que acabé yendo del Upper West Side a Staten Island todas las semanas solo para oír a mi madre gritarle a Casper y a Damian que dejaran de meter lodo a la casa.
Se ríe entre dientes. — ¿Damian metiendo lodo?
— Sí, definitivamente estaba más ocupado allá en Nueva York; no tenía mucho tiempo para preocuparse por la limpieza. Entonces, eso significa que, si quieres desmontar tu sala y volverla a montar a las dos de la mañana, no te lo impediré. Rayos, puede que incluso me una a ti.
Se mueve alrededor de la encimera y me besa en la frente. — Gracias. Quizá vivir contigo, alguien en quien puedo confiar, me ayude a descansar. Es difícil con todo lo que está pasando y las pesadillas que me persiguen.
Suspiro y me acurruco en él para abrazarlo, rodeando su cintura con mis brazos, nos quedamos un momento en silencio. Los dos sabemos lo que se siente no saber qué monstruos te esperan al otro lado de la puerta de casa. Sin embargo, se me rompe el corazón por Antonio, que tiene que vivir tan solo y sin nadie que le asegure que todo estará bien.
Se separa de mí, inclina la cabeza hacia abajo y me besa suavemente. — No te preocupes por mí, Gem. Vamos, déjame llevarte al trabajo y así podrás olvidar el hecho de intentar curarme.
— ¿Por qué crees que intento «curarte»? — La curiosidad se apodera de mí con cada pregunta que le hago con la esperanza de llegar a conocer cómo funciona su mente.
— Porque eres igual que tu madre. Puedo sentir a la cuidadora que llevas dentro, especialmente después de que te haya dicho que no tenía ni idea de dónde estaba mi madre. Sé lo suficiente de mí mismo como para darme cuenta de lo que está mal, pero es difícil tratar de cambiar viejos hábitos.
— Saber es la mitad de la batalla — le digo dándole un ligero masaje en la espalda.
Entonces, ponemos un freno a su pasado traumático para que pueda llegar a tiempo al trabajo.
Antonio decide estacionar y caminar conmigo hasta Booked and Boozy, pero lo último que espero es ver al tipo misterioso y lleno de cicatrices de la otra noche. Dejo de caminar y me quedo helada.
— ¿Qué sucede? — pregunta Antonio.
Empujo la barbilla hacia el tipo que está apoyado en la puerta de la cafetería. — Es él. Ese es el tipo de la otra noche...
Antes de que pueda decirle algo más, Antonio se pone en marcha, se dirige hacia él y le da un

puñetazo en la cara.

Capítulo 16: Antonio

La ira se apodera de mí mientras propino un golpe tras otro al maldito que acechó y asustó a Gemma la otra noche. Ella grita detrás de mí y una multitud se reúne a nuestro alrededor. Lo odio por hacerla sentir insegura en su rutina diaria. No es justo que tenga que mirar por encima del hombro cuando va del coche al trabajo.

El sonido de un silbato y las voces masculinas que gritan para interrumpir la pelea me sacan de mis pensamientos para mirar fijamente al hombre lleno de cicatrices. Esboza una sonrisa sangrienta que me vuelve loco, pero que se desvanece en el momento en que un agente de policía se acerca a nosotros.

— Yo estaba ocupándome de mis asuntos y este tipo empezó a atacarme sin motivo — les grita a los agentes.

— Él es un tipo peligroso y ha estado acosando a mi prometida — les digo a los agentes mientras me apartan de la multitud.

No me cabe duda de que voy a dar una vuelta en la parte trasera de su coche patrulla, pero ha valido la pena. Con suerte, mi reacción le enseñará a este tipo que Gemma no es la mujer adecuada para molestar.

— Está todo bien. No voy a presentar cargos — dice el tipo de las cicatrices a los policías. — Entiendo perfectamente cómo me veo, y puedo parecer algo *intimidante*. Hay gente que incluso me ha acusado de pincharles las ruedas y de romperle el parabrisas a su coche al aparcar de noche en una zona insegura.

Me tiembla el ojo cuando este imbécil se burla de mí, básicamente admitiendo haber destrozado el coche de Gemma, y no hay nada que pueda hacer al respecto con la policía aquí presente.

— Este tipo me acechó la otra noche hasta mi coche — dice Gemma. — También estuvo aquí, y...

El agente la mira confundido y le pregunta. — ¿Llamó usted a la policía? ¿Hay algún informe que podamos comprobar?

— No — resopla Gemma. — Este tipo estuvo aquí el sábado por la noche. Básicamente me amenazó, diciendo que Verducci mandaba saludos y luego me acechó por todo el estacionamiento.

— ¿Y no llamó a la policía? — Vuelve a preguntar el agente.

— No, porque él no aparece en las cámaras. Simplemente sé que fue él — dice Gemma, moviendo la cabeza al comprender lo loco que suena esto para otra persona.

— Siento si te he asustado, Gemma — responde el hombre con cicatrices. — Pensé que me había dejado aquí la billetera la otra noche. Quizá me viste volver aquí y te alteraste un poco.

Sus ojos se abren de par en par y hablo para evitar que su ira estalle y empeore las cosas. — Gemma, está bien. Iré con ustedes y, Gem, volveré aquí a recogerte después de tu turno. No te vayas sin mí.

Los policías me acompañan hasta el coche patrulla y el tipo de las cicatrices sonríe de oreja a oreja mientras nos sigue.

— No presentaré cargos si me dejan devolverle el golpe. Él me tomó desprevenido — le dice el tipo de la cicatriz a la policía.

— Escuche, amigo. — El oficial levanta las manos y se interpone entre nosotros. — Es demasiado temprano para esta mierda. Pelear por una chica no merece la pena. ¿Por qué no prometen mantenerse alejados el uno del otro y alejar su mierda de los negocios del muelle?

— Oficiales, no tienen idea de lo que le están pidiendo a este cabeza hueca musculoso —

continúa el tipo de la cicatriz burlándose de mí. — No dejen que su título de doctor los engañe.
— Un momento, ¿cómo sabe que este tipo es médico? — dice uno de los agentes, volteándose y mirándome de pies a cabeza.
No hay nada en mí sin mi bata blanca y mi estetoscopio que diga que soy médico. Mi coche está en el garaje, así que no han visto mis placas de médico. El tipo de la cicatriz lo estropeó.
— Solo decía que este tipo no se alejará de mí. Eso es todo. — El tipo de la cicatriz intenta alejar de él las preguntas de los agentes.
Los agentes se miran entre sí y luego a mí. — ¿De verdad es usted médico?
— Sí. Soy el Dr. Antonio Calisi. Trabajo para el Cannella Medical Group en las afueras de la ciudad. Solía hacer rotaciones en Urgencias en el Hospital General de Cedar. — Saco mi teléfono para enseñarles el número de la clínica.
Uno de los oficiales asiente y voltea hacia el otro, susurrando y luego vuelve a dirigirse hacia mí.
— Puede irse, doctor. Y usted, ¿cómo se llama?
Pero cuando todos nos damos la vuelta para oír la respuesta del tipo de la cicatriz, ya no está.
— Es la segunda vez que ese imbécil se me escapa de las manos — refunfuño.
Los agentes suben a su coche y me dirigen unas últimas palabras. — Bueno, la próxima vez, no lo ataque a plena luz del día. Hágalo bien, doc.
Sin más, se marchan y me dejan en la entrada principal del muelle. No hay muchos turistas, y la mayoría de las personas llevan uniformes que indican las tiendas en las que trabajan. Estoy a punto de dirigirme hacia Booked and Boozy cuando veo a Gemma corriendo hacia mí.
— Estaba a punto de ir a pagar la fianza. ¿Qué sucedió? ¿Te soltaron así nada más? — me pregunta.
Gemma no puede evitar escudriñar a nuestro alrededor, siempre alerta.
— Sí, el imbécil se me ha vuelto a escapar. ¿No tienes que trabajar? — Me asomo por encima de su hombro, esperando a que alguien la llame para que vuelva a la cafetería.
— No, no tengo que volver a preocuparme por trabajar allí nunca más — dice con sarcasmo recubriendo cada sílaba.
— Maldición — espeto pasándome los dedos por el cabello.
— No te preocupes. Se suponía que sería algo temporal. Natalie ya sabe lo que quiere hacer. Quiere cantar y escribir canciones. ¿Y yo? No tengo idea, ¿pero ahora? Supongo que tendré tiempo de sobra para averiguarlo. El jefe creyó que tener a mi prometido atacando a un cliente no era bueno para el negocio, así que me despidió.
— Lo siento, Gemma. Debería haber mantenido la calma, pero perdí los estribos.
Me frota el hombro antes de entrelazar sus dedos entre los míos. — Esto no es culpa tuya. Es culpa del estúpido de Frankie y del maldito de Verducci por enviar a ese imbécil con la cicatriz a asustarme; a asustarnos.
Todo con tal de que nadie más pierda la vida es lo que me empuja a seguir adelante. Soldados o no, cualquiera que pertenezca o trabaje para la familia Marzano no debería tener que arriesgar su vida por el hecho de que Frankie haya decidido ponerle las manos encima a Gemma. Tenemos que acabar con esta mierda de una forma u otra.
Echo un vistazo a nuestro alrededor y decido que es mejor abandonar la zona que quedarme a ver si el maldito vuelve a asomar la cara. La próxima vez que estemos cara a cara, tengo que asegurarme de que no se escape. De momento, puede seguir intentando intimidar a Gemma, pero estoy seguro de que sabe que mostrar su cara cerca de mí no acabará bien.
— ¿La policía dijo algo? — pregunta.
— Les dije que era médico y me dejaron ir, sobre todo porque el imbécil se fue antes de dar sus

datos. Debería haberle reventado la mandíbula.
— Tranquilo, Antonio — dice ella con una sonrisa tímida. — No necesitamos que Verducci piense que hemos herido a dos de los suyos.
— No sé si este tipo sea del equipo de Verducci. Hay algo diferente en él. ¿Por qué no vamos al mecánico a revisar tu auto? Necesitamos olvidarnos de esto.
Nos dirigimos al taller con los pelos de punta. No puedo evitar la sensación de que alguien nos está siguiendo, y odio no poder hacer nada hasta que sea demasiado tarde. Por suerte, ya han cambiado el parabrisas y pronto le pondrán neumáticos nuevos.
— Estos tipos trabajan rápido — me murmura Gemma.
— Trabajan rápido cuando les pagan extra — le digo guiñándole un ojo.
Cuando sacan el coche con el parabrisas nuevo, noto el alivio que irradia Gemma.
— Voy a hablar con Natalie para que sepa que nuestro coche está bien.
— Necesitaré una copia del registro y de las placas para los de seguridad de mi edificio. Puedes estacionar en mi lugar y yo alquilaré uno nuevo.
Gemma voltea hacia mí con consternación en los ojos. — Sé que el dinero no es lo que más te preocupa, pero pagar por estacionar en el lugar donde vives es algo horrible. Ya es bastante malo que Natalie y yo paguemos todos los meses por estacionar en ese garaje. ¿Por qué no dejamos mi coche allí y me voy contigo o en transporte público? No tiene sentido malgastar el dinero.
— Quiero tener a la vista tu coche, Gem. Al menos si está estacionado en mi edificio, nadie podrá tocarlo. ¿Hay algún vigilante en el estacionamiento cerca de tu casa?
Hace un mohín y niega con la cabeza. — Hay cámaras de seguridad, pero la oficina administrativa está en algún lugar del centro.
El sonido de mi teléfono roba mi atención. — ¿Sí?
— Antonio, soy Camilla. Te necesito en la clínica. No puedo localizar a Ronan y creo que algunos de sus amigos están aquí. — Ella termina la llamada antes de que pueda obtener más información.
Me dirijo a Gemma y le digo. — Tenemos que ir a la clínica. Parece que hay problemas y la hermana de Ronan no puede localizarlo. No quiero que estés en medio de lo que sea que me espere allí.
Gemma habla en voz baja. — ¿Mi coche estará listo en cuánto tiempo? ¿En una hora? Adelántate. Yo iré directamente a tu casa y te enviaré un mensaje en cuanto llegue.
Cedo y envío un mensaje de texto al guardia de seguridad del mostrador del vestíbulo, le envío la información del coche de Gemma y espero que no haya ningún problema con ella durante el resto del día. Aunque, teniendo en cuenta la forma en que ha empezado el día, no voy a hacerme ilusiones.

Capítulo 17: Gemma

La preocupación en los ojos de Antonio es evidente cuando me deja en el taller con renuencia. No tengo ni idea de lo que le espera en la clínica, pero una parte de mí siente que al menos debería decírselo a Bash. Entones lo llamo.
— ¿Estás bien, Gemma? — pregunta Bash.
— Estoy bien. Vine a recoger mi coche del taller.
— ¿Dónde está Antonio?
— Por eso te llamo. Acaba de recibir una llamada de la clínica. Creo que su amigo, Ronan, o su hermana, necesitaban ayuda o algo así. Vimos al tipo de la cicatriz...
Bash me interrumpe. — ¿Es el tipo que los estaba mirando por la ventana de tu dormitorio, o el tipo del estacionamiento?
— No estoy segura de que sea él, pero me da la sensación de que es él. Sé que definitivamente estuvo en el bar el sábado por la noche y dijo algo sobre Verducci. Como sea, esta mañana me estaba esperando fuera de Booked. Y Antonio se le fue encima.
— Bueno, eso era de esperar. Nunca va a dejar que nadie te haga daño si puede evitarlo. Siempre ha sido muy protector con nosotros. — Bash suspira.
— ¿Sebastien?
Gruñe. — Solo dices mi nombre completo cuando estás a punto de preguntarme sobre algo de lo que no me gusta hablar.
— Si quisiera ayudar a Antonio a encontrar a su madre, ¿hay alguna forma de que me ayudes con eso? — le pregunto.
— Gemma, no sigas. Eso no te corresponde y no va a acabar bien — me advierte. — ¿Qué tal si nos centramos en los problemas que tenemos delante y luego podemos solucionar las tragedias personales de tu futuro marido?
— ¿Qué pensarías si Antonio y yo acabáramos juntos? — le pregunto, medio en broma, pero también con curiosidad.
— Si tú eres feliz y estás a salvo, estaré de acuerdo con quien elijas, Gemma. Es solo que no quiero verme obligado en tener que matar a cualquiera que te haga daño.
— Demasiado tarde — me burlo, lo que le arranca una carcajada.
— Gem, eso es una mierda. No deberías haberte enfrentado a eso tú sola.
Cierro los ojos intentando alejar las pesadillas de mi mente. — Y no lo hice. Tenía a Natalie conmigo.
— Ya sabes a lo que me refiero. ¿Qué sentido tiene tenerme como hermano si nunca usas mi poder en tu beneficio? Estoy aquí para protegerte, especialmente con mamá y papá fuera del país.
Suspiro. — Lo sé, y siento que todo esto haya salido a la superficie…
— Gemma.
— Tengo que reír para no llorar por todo esto. Mi vida está patas arriba porque mi amor de adolescente ha acudido a rescatarme y ha herido a alguien que resulta ser importante para uno de tus… —hago una pausa, asegurándome de elegir bien mis palabras— uno de tus rivales comerciales. Necesito que te asegures de que no se meta en algo loco en la clínica.
— Maldición, está bien. Enviaré a Casper y a otro *empleado* de Marzano para asegurarnos de que Antonio no esté solo.
— Espera, ¿por qué no vas tú? — le pregunto. — Es tu mejor amigo, Bash. Si fuera Natalie...
Me interrumpe. — Estoy en un avión de regreso a Nueva York, Gemma. No te pongas así. Simplemente tengo que comprobar todo eso de lo que hablamos, y eso es mejor hacerlo en

persona, ¿sabes?
— Está bien.
— No te enojes — dice. — Casper es tan bueno como yo manejando situaciones.
Tengo que evitar que se me humedezcan los ojos de la preocupación. — Lo sé, pero Damian está con Natalie, a medio camino de Las Vegas, y tú te diriges al otro lado del país mientras alguien me acecha y trata de intimidar a Antonio.
— Gemma, te juro que Antonio puede arreglárselas solo. No le confiaría tu vida a nadie fuera de nuestra familia. Él es muy capaz.
Por supuesto que Antonio es muy capaz... capaz de provocar orgasmos alucinantes y de luchar para protegerme.
Me hace sonreír. — Él es muy bueno con las manos, pero Bash, el amigo de Antonio, Ronan, ha desaparecido. Casper es genial. Es uno de los mejores abogados que tiene nuestra familia, pero Antonio necesita músculos.
— Gemma, cálmate. Lleva tu coche a casa de Antonio y quédate allí. Me pondré en contacto con Casper para que se reúna con Antonio en la clínica. Si recibes alguna llamada sobre el rosario, avísame. Lo digo en serio, Gem. Nada de ocuparte de ninguna mierda tú sola. *¿Capiche*?
— *Capiche*. — Suspiro y termino la llamada.
Mi siguiente llamada es a Natalie, que contesta al primer timbrazo con pánico en la voz. — ¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado? Nos volvemos ahora mismo.
— No, no lo haremos — dice Damian.
— Estás en el altavoz, Gem — me advierte Natalie.
— Solo llamaba para avisarte que voy a recoger el coche. Antonio se aseguró de que todo estuviera arreglado y que no tuviéramos que recurrir a nuestro seguro.
— Es muy amable de su parte — prácticamente canta Natalie. — Sin duda es un prometido muy convincente. ¿Cuánto has tenido que hacer tú?
Damian la interrumpe. — Voy a colgar el teléfono ahora mismo. ¿Qué *más* está pasando, Gemma?
No quiero preocuparlo. Lo último que necesitamos es que Damian estrelle el coche en la carretera o se salte todas las leyes de tránsito para volver aquí a ayudar.
— Todo está bien — miento. — Quería que Nat supiera que el coche está perfectamente y que voy a estacionarlo en el edificio de Antonio. ¿Ya están en Las Vegas?
— Estamos a una hora o dos. Esta mañana hemos salido un poco tarde — refunfuña Damian.
— Bien, háganme saber que llegaron bien.
— Lo haré — responde Natalie.
La oigo sonreír por teléfono y sé que he hecho bien en no preocuparlos. Damian daría la vuelta si se lo pidiera, pero nunca llegaría a tiempo para ayudar a Antonio.
Termino la llamada y voy a recoger mi coche, que están limpiando. Una vez en el asiento del conductor, siento que mi vida vuelve a la normalidad. Puedo respirar. Miro a mi alrededor y rebusco en todos los compartimentos del coche para asegurarme de que los mecánicos no se han dejado nada.
Aunque no encuentro ninguna herramienta, hay un sobre de papel manila amarillo debajo del asiento del copiloto. Tiene mi nombre garabateado con rotulador negro. Mi corazón se hunde en la boca del estómago y miro a mi alrededor para ver si alguien me observa en el coche. El ruido de mis dedos temblorosos arrugando el sobre resuena en el espacio reducido.
Una parte de mí se pregunta si debería tocarlo, pero no puedo ignorarlo. Conteniendo la respiración, lo abro para que unas fotografías caigan sobre el asiento de al lado. Una tras otra,

mis ojos se fijan en las imágenes.
La primera foto muestra a Steve caminando por el vestíbulo de la casa de mis padres en Staten Island. Es casi al atardecer por la sombra de la luz colándose por el cristal de la puerta principal. Baldosas de mármol blanco con vetas grises recorren todo el primer piso con muy pocos muebles en escena. Solo aparece Steve entrando por la puerta principal inclinando ligeramente la cámara hacia arriba.
— ¿Sabía que había cámaras dentro de la casa? — le pregunto a nadie mientras me siento dentro del coche cerca de la entrada del taller.
La siguiente foto me muestra entrando en el vestíbulo. La hora de la foto es aproximadamente una hora después de la primera foto. ¿Por qué estaba Steve esperando allí? ¿Por qué me estaba esperando si yo no podía hacer nada para ayudarlo a acercarse a mis hermanos?
Mi corazón se acelera ante una idea completamente descabellada, pero tiene sentido teniendo en cuenta quiénes son mis hermanos. Intento aclarar mi mente sobre lo que Steve había planeado para mí hace casi un año. Paso a la siguiente imagen, que muestra claramente una pistola en mi mano y a Steve con las manos en alto.
Por supuesto, no hay fotos de él atacándome y arrastrándome por el suelo de baldosas. La siguiente foto muestra un rastro de sangre y a mí sacando el cadáver de Steve por la puerta principal. La última foto es la que realmente me inquieta. Es una foto de un gran tronco gris cubierto de algas sobre las rocas de una playa con imágenes del puente de Brooklyn de fondo.
MIERDA.

Capítulo 18: Antonio

La clínica está vacía, salvo por la presencia de la Dra. Camilla Cannella, muy alterada y dos hombres en la sala de espera. Uno tiene bigote, ojos saltones y manos fornidas con los nudillos recién magullados. Debe de medir al menos 1,90 y pesar más de 90 kilos. El otro es delgado, pero tiene un aspecto algo baboso mientras mira a Camilla con ojos profundos y pómulos altos que le dan un aspecto espeluznantemente esquelético. Hay una dureza en sus ojos que indica que es el más letal de los dos.

— Buenas tardes, caballeros. Soy el Dr. Antonio Calisi y necesito hablar con la doctora aquí presente. — Me acerco a Camilla, pero el más grande de los dos me detiene con una mano en el pecho.

No quiero pelear. Al menos con el tipo de la cicatriz, estábamos parejos físicamente. Desde el punto de vista psicológico, creo que a ese imbécil le falta un tornillo, pero uno tiene que estar un poco trastornado para trabajar con alguien relacionado a la mafia.

— Creo que puedes hablar aquí delante de nosotros — me dice Manos Fornidas con un brillo en los ojos.

Quiere que le dé cualquier motivo para pelear, pero hoy estoy cansado de lanzar puñetazos.

Mantengo la voz lo más calmada posible. — Camilla, Ronan está en una visita a domicilio, fuera del estado. Estoy aquí para hacerme cargo de sus turnos y pacientes temporalmente. Si ustedes, caballeros, no necesitan a la Dra. Cannella, dejen que se vaya. Se acerca la hora del almuerzo y estoy seguro de que le gustaría ir a comer.

Los dos hombres se miran y el baboso empuja la barbilla hacia la puerta. Ella permanece en silencio mientras se desliza junto a ellos para salir de la clínica. Sé que en cuanto tenga ocasión, llamará a Ronan o a la policía. Tendrá más suerte con la policía porque el teléfono de Ronan va directo al buzón de voz.

Una vez fuera de la clínica, les pregunto. — ¿Quiénes son y en qué puedo ayudarlos?

— Soy el Detective Oliver y este el Detective Morningside. Buscamos a Ronan porque tiene información para nosotros — dice con firmeza Manos Fornidas, alias el detective Oliver.

Ambos me enseñan sus placas y parecen bastante oficiales. Sin embargo, no hay nada en estos dos que diga que son defensores de la ley.

— ¿Qué tipo de información buscan? ¿Una segunda opinión sobre un asunto médico? — No quiero suponer nada, pero tal y como está yendo el día, sé que no les interesan los conocimientos médicos de Ronan, ni los míos.

El baboso, Morningside, habla esta vez. — Si Ronan confía en ti como para que te hagas cargo de sus pacientes mientras él está supuestamente fuera de la ciudad, ¿supongo que eres alguien cercano? Lo bastante cercano como para acudir cuando su hermana te llame. ¿Estás familiarizado con su trabajo fuera de horario? ¿Atendiendo a los hombres de Don Verducci?

— No. No he tenido el placer de conocer a ninguno de sus clientes *particulares* — les digo.

Morningside reacciona primero, dándome un puñetazo en el estómago mientras Oliver se mueve detrás de mí para pasar sus brazos por debajo de mis axilas y enlazar sus dedos detrás de mi cuello. Me mantiene firme mientras Morningside me lanza golpe tras golpe como si fuera un saco de boxeo. Me retuerzo para liberarme y le doy un puñetazo a Morningside antes de que Oliver me coloque de nuevo en mi posición.

— Esperen, esto es innecesario. — Consigo jadear.

Es imposible que pueda tomar represalias contra estos tipos siendo agentes de policía. Sin embargo, estoy grabando sus nombres y sus caras en mi memoria.

No habrá denuncias de brutalidad policial, pero me aseguraré de que se arrepientan de haber descargado su frustración conmigo. Una patada podría reventar el diafragma de Morningside. Un cabezazo aturdiría a Oliver para que me suelte y me dé tiempo a noquearlo.
Sin embargo, Oliver me suelta mientras Morningside agita las manos. Sus puños son más pequeños que los míos, pero son contundentes.
Morningside mueve los dedos y se aclara la garganta, mientras dice. — Bien, volvamos a intentarlo. Háblame de los clientes de Ronan que pertenecen a Don Paul Verducci.
— No ha tratado a nadie desde que Vito Dacosta fue a prisión — les digo.
Cada respiración me deja jadeando en busca de más aire. Hay un foco de dolor palpitando en mi espalda. Creo que el mierdecilla me ha dado en el riñón.
— ¿De verdad? — pregunta Morningside. — Es curioso, porque recibimos una llamada de Verducci, diciendo que el doctor trató a alguien importante para la familia. Solo queremos saber cómo resultó eso, ya que no podemos encontrarlo.
— ¿A quién no pueden encontrar? ¿A Ronan o a alguien importante para la familia? — pregunto.
Eso hace que me gane un puñetazo en la cara y que Oliver me sujete de la mano.
— Espera, soy zurdo. Esa es mi mano quirúrgica — le digo con la esperanza de que me suelte, pero Oliver sonríe mientras me empuja el dedo corazón hacia atrás y lo saca de su sitio.
Aprieto los dientes antes de morderme la parte superior del brazo para amortiguar mis gritos de dolor.
Odio tener que reaccionar así, pero mostrar dolor, contenido o no, les da la impresión de que no soy una amenaza. No tomaré represalias hasta que sepa más sobre estos hombres. Lo último que necesito es un tercer frente en esta guerra; Verducci, el pasado de Gemma y la policía de San Francisco.
No. Necesito ser inteligente con esto.
Morningside persiste. — Ahora que tenemos tu atención, doc. Estamos buscando a Frankie *y* a Ronan, pero con Frankie bastará. Queremos saber adónde fue anoche, y queremos saberlo ahora.
Empuja la barbilla hacia Oliver, que está dispuesto a dislocarme más dedos. No puedo permitirlo. A este paso no podré dar ni un puñetazo.
Exhalo profundamente mientras hablo a través del dolor e intento mantener mis pensamientos en orden. — Un momento, ¿has dicho anoche? Lunes a la noche, ¿o sea ayer?
— Sí. Verducci recibió un mensaje de Frankie de que iba a ver al doctor anoche — reitera Oliver.
Sé que eso es imposible, porque Frankie es carnada, flotando en el océano o en el estómago de algún tiburón, pero esto es bueno.
Sonrío. — Entonces Frankie debió haber ido a ver a alguien más porque Ronan está fuera de la ciudad desde el sábado. ¿Alguien ha hablado con Vito Dacosta?
Solo estoy buscando información y espero evitar que estos agentes me hagan más daño a mí o a mis manos.
— Vito lleva meses encerrado — se burla Oliver. — Nadie le hace caso. Ya no está al mando. Mató a su propia gente y cree que Verducci honrará su posición.
Morningside hace callar a su compañero con una mirada fulminante y desplaza su mirada férrea hacia mí. — ¿Por qué deberíamos hablar con Vito?
Me encojo de hombros. — Porque preguntaste por Verducci. Ronan no trabaja para Don Verducci, probablemente por eso Frankie nunca llegó aquí. Puedes echar un vistazo. Llama a un equipo forense para que busque la sangre de Frankie. Este es el único lugar donde Ronan trataría

a alguien así porque son las instalaciones de su familia. Vito podría preguntar qué es lo que está sucediendo para que Frankie haya necesitado ver a su médico.
Los agentes intercambian miradas como si eso pudiera causarles un problema a ellos, o a Verducci. Insisto en mi corazonada.
— Creo que a Vito Dacosta le resultará interesante cómo Verducci está utilizando a sus… — hago una pausa para mirarlos de arriba abajo, mientras ignoro el dolor que me sube por el brazo hasta el hombro— agentes de policía privados y bien pagados para buscar a alguien que ha causado tantos problemas y que necesitó ver a su médico privado. Si Frankie está causando problemas, ¿por qué no lo buscan ustedes para que se detenga y que las cosas vuelvan a la normalidad; por lo que Verducci pueda mantener a Vito en la oscuridad de lo que realmente está pasando aquí?
Morningside aparta a Oliver a un lado y yo agradezco que ese pedrusco andante se aleje de mí. Una parte de mí quiere escabullirse a la sala de exploración para tomar una de las muchas pistolas que Ronan tiene escondidas por aquí. Pero un dedo corazón torcido hará que sujetar el arma y apretar el gatillo sea engorroso.
Vuelven a acercarse a mí y Morningside se mete las manos en los bolsillos. — De acuerdo, entonces si tú estabas atendiendo a los pacientes de Ronan, podrías haber tratado a Frankie.
— Anoche estuve en mi casa y pueden verificarlo con los guardias de seguridad o en la oficina de administración de mi condominio. No salí, y estoy seguro de que no vine aquí.
Es mentira, pero la pequeña verdad es que yo no estaba aquí, y que no traté a Frankie. Eso me salvará de tener que soportar más dolor de su parte.
Continúo. — Pero, si yo fuera Frankie y necesitara ver a Ronan, es porque me encuentro bastante mal. Iría a ver a otro médico, o si pudiera soportarlo, probablemente me largaría de la ciudad si alguien estuviera intentando hacerme daño, o algo peor. Nadie llama a Ronan a deshoras por algo de lo que pueda ocuparse él mismo.
— De acuerdo, doc — dice Morningside. — Mantén esta conversación entre nosotros y, Oliver, discúlpate por romperle el dedo al tipo.
— Está bien, no es necesario que se disculpe. Los accidentes ocurren. Yo me encargo — les digo.
Morningside asiente y Oliver se marcha mientras dice. — Vamos a investigar algunas cosas, pero si descubrimos que Frankie estuvo aquí...
— Puedo asegurarles que nunca ha sido paciente aquí, legítimo o no.
Los hombres se marchan, pero instantes después suenan las campanas sobre la puerta de la clínica. No es Camilla, sino Casper. Siento un gran alivio, ya que no quiero tener que lidiar con el temperamento de Camilla por los problemas que hemos causado en la clínica estos últimos días.
— No me digas que me he perdido toda la diversión, doc — dice Casper con una sonrisa y la mano sobre la pistola enfundada en la cadera.
— Lo siento, hermano, pero ya todo está bien — le digo.
Me mira la mano con preocupación en los ojos. — Eso no tiene buena pinta. ¿Qué te ha pasado?
— Acabo de tener el placer de hablar con dos agentes de policía de San Francisco que buscan a Frankie.
Antes de que Casper pueda decir nada, el timbre de la puerta vuelve a sonar. Esta vez Gemma entra corriendo, apretando un sobre contra su pecho. Lo suelta en cuanto ve mi mano.
— ¿Qué demonios ha sucedido? ¿Estás bien? — Se precipita hacia mí y se detiene justo antes de tocar mi dedo abstraído.

— ¿Qué haces aquí? — le pregunto y aparto mi mano de ella. — Se suponía que tenías que ir a mi casa y quedarte allí.
— Bueno, ella envió la batiseñal. — Casper me contesta en lugar de Gemma, y luego dice. — Bash está de camino a Nueva York. Damian ya debería estar en Las Vegas. Y ella pensó que necesitabas ayuda.
Dirijo mi mirada a Gemma. — Dije que no te quería en medio de lo que me esperaba aquí. ¿Y aquí es donde vienes?
— Lo sé, pero Bash también me dijo que te dijera, bueno que les avisara a los dos, cuando llegara la petición de dinero — dice con la preocupación marcando sus preciosas facciones mientras toma el sobre y lo deja sobre el mostrador de la recepcionista.
Casper se acerca a ella por un costado mientras saca las fotos del sobre.
— ¿Quién se ha puesto en contacto contigo? — le pregunto.
— Nadie aún, pero definitivamente saben lo que hice. Miren. — Extiende las fotos y veo lo que le preocupa.
— Bueno, al menos Damian te enseñó a usar esa cosa — Casper suspira, mientras pasa sus dedos por encima de ellas. — Tienes buena postura.
Se mofa. — Eso es solo porque las fotos no me muestran siendo arrastrada por el vestíbulo. Creo que disparé dos veces.
Casper asiente y se aleja para usar su teléfono, diciéndonos. — Haré que Bash vuelva a la casa y vea si la bala sigue alojada en una pared o algo así. Si alguien sacó esa bala de tu ex y de la casa, podemos tener problemas. ¿Dónde pusiste el arma, Gem?
— Lo tiré desde el Golden Gate en cuanto llegué aquí. Natalie lo tenía entre sus cosas y sus padres lo enviaron al apartamento.
— Por suerte, es una cosa menos de la que preocuparnos. Por ahora —le digo— necesito que me ayudes con esto.
Gemma se encoge de asco cuando le enseño mi dedo que está en un ángulo que apenas puedo soportar al mirarme.
— Tal vez yo debería ayudarte con eso — dice Casper mientras desliza a Gemma lejos de mí.
— Me da igual quién lo haga. Solo quiero poder ponerme un par de guantes quirúrgicos sin parecer un pingüino.

Capítulo 19: Gemma

Casper me mira a mí y luego a Antonio mientras lo ayuda a recolocarse el dedo. Antonio aprieta los dientes con los ojos desviados hacia el techo mientras el sutil chasquido resuena en la sala de espera.

— Gem, te he visto destripar y limpiar un pulpo, una lubina, y aves enteras. ¿Pero recolocar un hueso en su sitio te da cosilla? — Casper se ríe.

Sacudo la cabeza. — Los animales y los humanos son muy diferentes.

Casper se encoge de hombros y Antonio sonríe con gotas de sudor extendiéndose por su frente. Sus cejas endiabladas se centran en su mano. Su nudillo empieza a hincharse y se me encoge el corazón preguntándome qué habrá pasado antes de que Casper llegara.

— ¿Qué piensas de las jeringas? — me pregunta Antonio mientras le tiembla la mano izquierda, pero ejerce presión sobre el escritorio para detenerla.

Me ofrece una pequeña sonrisa para aliviar mi preocupación, pero no lo consigue.

— Yo puedo pincharte — se ofrece Casper con una sonrisa. — Será como la última vez.

— No me lo recuerdes y no te preocupes. Yo puedo hacerlo. — Antonio responde y camina por el pasillo hacia la misma habitación en la que trató a Bash la otra noche.

— ¿Qué pasó la última vez? — le pregunto a Casper.

Casper chasquea los dientes. — Oh, no. No voy a contar secretos de Tre Fratelli. Si Antonio quiere contártelo, lo hará. Cuéntame más sobre esas fotos. ¿Dónde estaban?

— Acabo de recoger mi coche y el sobre estaba debajo del asiento del copiloto — le digo.

Casper asiente. — Voy a revisar tu coche. ¿Qué daños le hicieron a tu coche?

— El parabrisas trasero estaba destrozado y dos neumáticos pinchados. ¿Por qué? — le pregunto mientras lo veo a Casper pensando.

Lo principal de mis tres hermanos es que trabajan bien en equipo en todos los aspectos de su vida; tanto delictivos como de otro tipo. Cada uno tiene sus puntos fuertes y débiles.

Una de las cosas más impresionantes de Casper es su capacidad para descubrir el significado de una historia a través de los objetos. Se da cuenta de cosas que otras personas no ven. En ese sentido, es un gran abogado defensor, y en otro sentido, es incluso mejor desentrañando historias a través de objetos. Es el mejor encontrando y deshaciéndose de pruebas.

Se mueve detrás del escritorio abriendo los cajones y moviendo las cosas de su sitio antes de poner una hoja de papel, un rollo de cinta adhesiva y unos cuantos lápices sobre el escritorio. Casper mira por encima del hombro hacia donde se está tratando Antonio y me devuelve la mirada.

— Finalmente atrapaste al tipo. — Casper sonríe mientras recoge los materiales.

— Llevamos juntos como una semana — me burlo poniendo los ojos en blanco.

— Una semana bastante interesante, y que aún no ha terminado. Lo recuerdo perfectamente, Gemma. Recuerdo la primera vez que me preguntaste por Antonio. ¿Tenías dieciséis o diecisiete años?

Esa es la edad que tenía cuando hablé con Casper sobre mi enamoramiento. Siete años parecen una eternidad si lo comparamos con lo que ha pasado desde el viernes por la noche. El agotamiento, el pánico, la preocupación y la rabia se mezclan con mis deseos sexuales de estar finalmente con Antonio.

Me río entre dientes. — ¡Fui una estúpida, persiguiendo al chico malo y al mejor amigo de sus hermanos mayores! Ni siquiera me miró.

— Él no debía — dice Casper. — Intentaba encontrarse a sí mismo, mantenerse fuera de prisión

y estudiar medicina. Ahora es un adulto, con unos cuantos cadáveres a cuestas y con una visión más realista del mundo en que vivimos.
— No puedo creer que estés de acuerdo con todo esto.
— La verdad es que no tengo elección. Esta es tu vida, Gemma. En teoría, Antonio no es el tipo que elegiría para ti, pero ¿en la vida real? Es un hombre leal, respetuoso y con principios. No le reprocho su tiempo en prisión porque lo ha cumplido.
— ¿Y Bash? A Bash no lo encerraron — le pregunto.
La cara de Casper se desencaja un poco, pero sus ojos se mueven para encontrarse con los míos.
— No te lo voy a endulzar, Gem, pero es Sebastien Marzano. Es imposible que el hijo mayor de nuestro padre, un matón que ascendió hasta convertirse en *Consigliere*, vaya a la cárcel. La mejor opción para nuestra *familia y para La Familia* era mantener a Antonio protegido y cuidar de él cuando saliera.
— Sigue jugándose la vida por nosotros — murmuro.
— Por ti — me corrige Casper. — Solo hace todo esto porque se preocupa por ti. Lleva un tiempo fuera de los asuntos de *La Familia*. Al menos, hace años que no ha tenido que hacer nada para La Familia en Nueva York.
— Mencionó que el tío Charles hizo lo que hizo para chantajearlo con sus antecedentes penales. Perdió su trabajo por nuestra culpa… por mi culpa.
— Me ocuparé de eso, Gem. Una vez que esta mierda con Verducci termine, y averigüemos quién te ha enviado esas fotos, me aseguraré de que Antonio se recupere. Ahora, deja de castigarte por una mierda sobre la que no tienes control. Voy a ver si puedo obtener algunas huellas dactilares de tu coche y ver si hay alguna conexión con Nueva York.
— Eso es una posibilidad muy remota, Casper. El coche ha sido remolcado dos veces, reparado, y quién sabe cuánta gente lo ha tocado antes de eso.
Casper sonríe. — Tienes razón, pero de lo que la mayoría de la gente no se da cuenta es de que, cuando pinchan los neumáticos, presionan con las manos el lateral del coche. Si tiene demasiadas huellas, lo dejaré pasar. Solo quiero revisar para estar seguro.
— ¿Debería enviarle a Bash esas fotos? — le pregunto.
Casper niega con la cabeza. — No. Si quieres enseñárselas, espera a que vuelva. No se las envíes digitalmente. No necesitamos más pruebas que limpiar. Hablamos luego, Gem.
Le doy las gracias a Casper por haber venido tan rápido y me dirijo al pasillo para ver cómo está Antonio. Cuando entro en la sala de exploración, no lleva camisa y se le ven manchas rojas por todo el torso. En la camilla, hay una jeringa y vendas, mientras los ojos verdes y suaves de Antonio, bajo esa ceja amenazadora, miran fijamente los objetos que tiene junto a la mano.
Cuando me pongo a su lado, veo la vacilación en sus ojos. Cuando toma la jeringa, se detiene. Su mano se mantiene sobre la jeringa durante unos segundos, mientras el enrojecimiento y la hinchazón empeoran a cada momento.
Mi voz apenas supera un susurro cuando le digo. — Si quieres, puedo ayudarte. Solo dime qué hacer.
Antonio me ofrece una tímida sonrisa de agradecimiento y exhala lentamente, diciendo. — Necesito vendarme los dedos.
— ¿Qué contiene la jeringa?
— Anestesia local para adormecer el dolor.
La forma en que vacila hace que me asalten preguntas en la cabeza, y ahora no es el momento de contenerme. — ¿Quieres que te ayude a inyectártelo?
— No creo que lo quiera del todo. Me gusta el dolor — responde estoicamente.

— ¿Quieres vendarlo totalmente? ¿No te estorbará el dedo hinchado?
Antonio se pasa los dedos por el cabello e inmediatamente contrae la cara de dolor. Algo tan natural como tocarse el cabello es doloroso. Pero entonces, un leve gruñido con un suspiro se le escapa de la garganta. Le gusta el dolor. Lo sé, me lo ha dicho, pero la energía que irradia es indudable.
— ¿Cuándo supiste que te gustaba? — Mi curiosidad se mezcla con mi lujuria y se ve aumentada por la adrenalina que me recorre.
Los recuerdos del momento en que Antonio me penetró con el pulgar por detrás, la circunferencia de su polla por delante y luego su mano agarrándome por la garganta hacen que mi cuerpo esté dispuesto a superar sus límites.
— Cuando cumplí dieciocho años, me dejaron salir del aislamiento para unirme a la población general de la prisión. Luego unas cuantas peleas que me llevaron a la enfermería, solo me daban aspirinas para el dolor en caso de heridas que no pusieran en peligro mi vida. Aprendí a disfrutarlo; a amar cada golpe, cada magulladura y cada gota de sangre derramada. El problema es que amo el resultado y no la causa.
Agarro la venda y su mano izquierda, relamiéndome mientras él inhala un fuerte suspiro entre dientes apretados. Una sonrisa se dibuja en mi rostro al ver su reacción.
La manera en que gime de satisfacción sexual cuando le aprieto el dedo hinchado y le susurro. — ¿Hasta qué punto amarías el resultado si yo fuera la causa?

Capítulo 20: Antonio

Fragmentos de dolor se disparan desde mi dedo hasta mi codo, bajan por mi columna vertebral y llegan directamente a mi polla. No es el momento ni el lugar, pero la posibilidad de que alguien nos sorprenda mientras Gemma me distrae de todo lo que ocurre fuera de esta habitación me tiene preparado para correrme dentro de ella.

Alargo la mano para agarrarla por la nuca y acercarla, dejando que mis labios capturen los suyos mientras ella usa la otra mano. Gemma mete la mano libre por debajo de mis pantalones, agarra mi polla que está cada vez más dura y la acaricia hasta ponerla completamente erecta.

Me flaquean las rodillas y tengo que agarrarme a la mesa detrás de Gemma para estabilizarme. Mi lengua recorre, serpentea y persigue la suya mientras nos perdemos en la pasión que surge entre nosotros. No quiero volver a mi vida anterior.

Al poco tiempo de besarnos, aparto mi dedo adolorido de la mano de Gemma para deslizarlo dentro de sus pantalones y entre sus muslos. Cierro los ojos mientras el dolor y la pasión disparan llamaradas de lujuria que casi me obligan a alcanzar el clímax antes de lo deseado.

Gemma se baja los pantalones para dejarme espacio suficiente para meterle los dedos en el coño. Tararea como si estuviera comiendo su trozo de tarta favorito mientras le arranco un rápido orgasmo. Su humedad cubre mi dedo hinchado mientras el dolor me recorre el cuerpo.

— Tengo tantas ganas de deslizar mi polla dentro de ti — gruño mientras ella sigue acariciándome hasta acabar.

Me aprieta con fuerza la base del pene y sus uñas presionan el espacio justo por encima de mis huevos. Mi respiración se entrecorta y todo mi cuerpo se tensa. Gemma presiona aún más con las uñas y me agarra por detrás del cabello, tirando lo bastante fuerte como para echarme la cabeza hacia atrás.

Deslizo otro dedo dentro de Gemma. El dolor que siento al presionar contra mi dedo hinchado me tiene a punto de explotar en su mano. Cada caricia, cada empujón y cada tirón de nuestros movimientos mutuos llenan la habitación de gruñidos y gemidos de satisfacción.

— ¿Te duele como a ti te gusta, Antonio? — pregunta con una sonrisa malvada.

— Duele demasiado rico — le digo jadeando.

Encontramos un ritmo que nos empuja por el acantilado del éxtasis, donde finalmente puedo liberar todo lo que he estado reteniendo desde que empezó este día.

Los labios de Gemma son suaves y tersos contra los míos, hasta que me muerde el labio y cierro los ojos de golpe por la liberación. Ella me conoce demasiado bien y estoy impaciente por explorar las profundidades de nuestra sexualidad.

El sonido del timbre sobre la puerta de entrada nos obliga a separarnos como dos adolescentes sorprendidos besándose. Nos apresuramos a limpiarnos y a acomodarnos la ropa. Justo a tiempo, Camilla, la hermana de Ronan, vuelve para terminar su turno en la clínica.

Asoma la cabeza en la habitación con una mirada inquisitiva en los ojos. — Hola. Gemma, ¿verdad? ¿Están bien?

Gemma habla primero. — Hola, Camilla. Estamos bien, gracias.

Froto la parte baja de la espalda de Gemma mientras le digo a Camilla. — Y también lamento todo esto.

Camilla nos ofrece una leve inclinación de cabeza llena de lástima. — Ronan tiene una manera de arrastrar a todo el mundo a sus problemas.

Le digo. — Cam, te juro que esta vez Ronan no tiene la culpa. Él me estaba ayudando a salir de un aprieto y siento que se esté extendiendo hasta la clínica. Me aseguraré de mantenerte al

margen.
Ella suspira. — Tranquilo. No es solamente Ronan, todos cargamos nuestro propio equipaje aquí. ¿Eres siquiera un Cannella si no hubiera hombres extraños esperándote aquí para intimidarte?
Mis ojos se abren de par en par. — ¿Ha habido otros hombres aquí, Camilla?
— Oh no, no recientemente, y nada relacionado con Ronan ni contigo ni con los hombres de esta mañana — se apresura a decir Camilla. — Me alegro de que estén bien. No me hagan caso. Estaré en mi despacho si necesitan algo.
Se aleja antes de que pueda pedirle más información, y la voz de Gemma irrumpe en mis pensamientos cuando dice. — Somos malos para el negocio.
— Estoy de acuerdo. También quiero asegurarme de que las hermanas de Ronan estén a salvo. Tendré que hablar con él sobre lo que acaba de decir, para asegurarme de que nadie más del entorno de Verducci las esté molestando.
— ¿Eran ellos los que te estaban esperando aquí? ¿Es eso lo que le pasó a tu dedo? — me pregunta.
— Cuando llegué, dos policías estaban esperando a Ronan. La buena noticia es que creen que Frankie sigue vivo. La mala noticia es que creen que vino a ver a Ronan. Pienso que tuve éxito plantando la idea de que Frankie se fue de la ciudad y espero que Ronan no esté merodeando muy cerca.
— ¿Dónde iría Ronan?
Hago una pausa. — Ahora que lo pienso, debería empezar a buscarlo en sus lugares habituales. No creo que vuelva a Las Vegas, y Atlantic City está descartado. Podría probar en Mississippi, en una sala de póquer de grandes apuestas. Él cree que nuestros lazos con la mafia no lo seguirán hasta allí.
Gemma se burla y sacude la cabeza. — Se equivoca. Si no se topa con un *Club de Moteros*, seguro que está en territorio de la mafia de Dixie.
— Mierda, me había olvidado de ellos.
Ella ladea la cabeza con los ojos ligeramente en blanco. — Mucha gente lo hace.
— Dejaré un mensaje para Ronan. Quizás comprobará su extensión del hospital y su buzón de voz. Mierda, debería comprobar si el mío sigue activo. Puede que me haya dejado un mensaje allí, pero no sabe que he renunciado.
— Una vez que todo esté solucionado, ¿intentarás recuperar tu trabajo? Odiaría que por mi culpa dejaras de trabajar en San Francisco.
Le acaricio suavemente un lado de la cara. — No quiero volver allí. Ya te he contado que la directora me está echando en cara mi pasado y no necesito a nadie así en un puesto de supervisión. El chantaje profesional no es forma adecuada de vivir. Hablando de eso, ¿había algo más que viniera con esas fotos? ¿Un número al que llamar o algo?
— No que yo sepa. Casper está afuera sacando huellas de mi coche como si fuera un maldito C.S.I. Le he dicho que habrá demasiadas huellas como para saber quién dejó el sobre, pero hace tiempo que aprendí a no decirles a mis hermanos lo que *no* deben hacer. Aunque me gustaría que tuviéramos un poco más de tiempo aquí. La distracción fue genial, y alivió el estrés y la ansiedad lo suficiente como para ayudar a relajarme. Incluso podríamos jugar con ese tensiómetro.
— No quiero usar materiales de la clínica para nuestras travesuras. Conozco una tienda. Es una especie de boutique que puede ofrecernos una experiencia de compra privada. Nina's Boutique parece una tienda de lencería muy cara, pero hay algunos artículos que podemos mirar. No está muy lejos de mi edificio, y creo que te agradaría.

— Me encanta ir de compras, y me encantaría aún más si pudiéramos terminar lo que empezamos — dice con una sonrisa.
Sin embargo, su sonrisa se desvanece cuando mira mi dedo. — Mierda, eso se está poniendo peor, Antonio. ¿Seguro que no quieres vendarlo?
— Ya te lo vendaré yo — le digo guiñándole un ojo.
Se ríe y me empuja juguetonamente con los ojos bajando hasta mi entrepierna. — Eres insaciable, pero ¿y si la próxima vez no quiero que lo envuelvas?
— Estamos en una clínica y tenemos una doctora que nos puede hacer la prueba. Tendríamos que esperar unos días si vamos a sacarnos sangre, pero también hay una prueba rápida disponible — le digo.
— Me parece bien — acepta y salimos de la sala de exploración.
Luego de que Camilla nos tome las muestras, nos dirigimos al exterior, donde Casper sigue merodeando alrededor del coche de Gemma. Nos acercamos a él mientras tiene una minilinterna en la boca y una expresión de frustración en la cara.
Gemma no espera para reírse de su hermano mayor mientras le da un puñetazo en el hombro. — Te dije que era una mala idea y que habría un millón de huellas entre las que buscar.
Casper refunfuña. — He encontrado una mejor forma de conseguir lo que necesito. Si es el mismo tipo del estacionamiento y de tu dormitorio, trabajaré hoy con la empresa de seguridad para obtener huellas de tu apartamento.
— No estuvo dentro de mi apartamento — dice Gemma.
Casper y yo compartimos una mirada, y niego con la cabeza para que no diga lo que ambos estamos pensando.
Gemma se da cuenta, chasquea los dientes y cruza los brazos sobre el pecho. — Solo dilo.
— Gemma —digo su nombre en voz baja— probablemente estuvo dentro, no lo sabes.
Casper interviene. — No te preocupes. Todo estará bien cuando acabe aquí. Puedo comparar el material que tengo y usar mis herramientas habituales en tu casa para conseguir algo definitivo. Cuando termine, Natalie y tú podrán volver a casa. Cuídala, Antonio. No le des demasiados problemas, Gem.
Casper se marcha. Gemma y yo nos separamos para encontrarnos en mi casa. Una vez dentro de mi apartamento, experimento una oleada de alivio y un ligero agotamiento mientras preparo algo de comer. Coger, comer y todos los acontecimientos de este día hacen que nos quedemos dormidos en el sofá con la tele encendida frente a nosotros.

Capítulo 21: Gemma

La oscuridad me rodea cuando abro los ojos. Mi cuerpo se siente a gusto, cálido, y me doy cuenta de que ya no estoy en brazos de Antonio. Hay una manta suave encima de mí. La luna está en lo alto del cielo nocturno cuando me levanto para sentarme. Mi teléfono se está cargando en la mesita de noche a mi lado. La hora indica que son cerca de las seis de la tarde.

Un rápido vistazo a mi teléfono muestra que no ha pasado nada desde que salí de la clínica, excepto que los resultados de nuestras pruebas han llegado antes de lo esperado. Por lo menos, ya tenemos el visto bueno. Me invade una abrumadora sensación de pertenencia y seguridad mientras me estiro y bostezo antes de mover las piernas para levantarme de la cama.

El sol se ha puesto hace casi una hora y la gran ventana más cercana al dormitorio tiene la cortina cerrada. Unas largas barras sujetan las lámparas de la sala de estar e impiden que la luz se filtre en el dormitorio abierto, que es mucho más fresco que cualquier apartamento de Nueva York en el que haya estado. Me encanta este lugar.

El brusco trasiego de muebles que se oye por encima de la barandilla hace que me acerque. Me asomo por el borde del altillo y veo a Antonio parado en el centro de la sala, rascándose la cabeza. Tiene el dedo vendado, afortunadamente, pero solo lleva un pantalón de pijama holgado. Me doy cuenta de que es la mitad inferior de la camiseta que llevo puesta. Me ha cambiado de ropa antes de meterme en la cama.

De lo cansada que estaba, ni siquiera me había dado cuenta de que me había movido, desvestido y vuelto a vestir. Eso me da miedo teniendo en cuenta que tanto él como Casper creen que el mirón con cara de cicatriz ha estado dentro de mi apartamento. No lo hubiera notado si estuviera durmiendo tan profundamente como esta tarde. Los días se desdibujan y mi cuerpo está pagando el peaje del exceso de emociones que se agitan en mi interior. De la rabia y el miedo a la lujuria y la seducción, estoy completamente confundida.

Aun así, dejo a un lado mis propios sentimientos mientras observo a Antonio en silencio desde arriba. Su cuerpo está esculpido a la perfección, pero desde este ángulo, puedo verla. No es solo una cicatriz, hay varias que le cruzan la espalda.

La más grande va desde la parte superior del hombro, baja por el omóplato y cruza la columna vertebral. Hay otra cicatriz en forma de raja. Tiene la longitud de una ranura para monedas, pero el relieve de la cicatriz hace que parezca dolorosa. Tiene otras abrasiones en la piel y un hematoma reciente en la parte baja de la espalda.

Bajo las escaleras y él ni siquiera se inmuta cuando yo me asustaría con facilidad.

— Hay sopa sobre el fuego, y algunos panecillos en el horno si tienes hambre. Siento haberte despertado — dice.

— De cualquier manera, no debería haber dormido tanto. Ahora, estaré despierta toda la noche. ¿Estás bien? — le pregunto con la mano posada sobre su moratón.

La sexualidad de su dolor está ausente. Mi preocupación se dispara, ya que no sabía que se movía con esa cantidad de daño.

Antonio baja la mirada, casi con el susto reflejado en el rostro. — Ah, sí, los detectives que me hicieron esto en la mano me dejaron algunos regalos de despedida para que los recordara. He tenido la suerte de asociar un recuerdo mucho más agradable a mi dedo.

Esta vez gira ligeramente la cara con un movimiento de sus diabólicas cejas, haciéndome sonreír y ruborizarme al recordar su dedo adolorido llevándome a múltiples orgasmos. La satisfacción mutua de aquel momento prácticamente se esfuma cuando miro las cicatrices y moratones a lo largo de su torso. Sin embargo, no quiero que Antonio piense que me desagradan. Solo quiero

que él esté bien.
Me pongo de puntillas y le beso suavemente en los labios. Me abraza por detrás y me sujeta el trasero antes de convertir la suavidad de nuestro abrazo en algo carnal. Su lengua y su hambre son posesivas. Me levanta y le rodeo la cintura con las piernas.
La dureza de su polla es inmediata, y estoy segura de que ha recibido la misma notificación que yo. Cada nervio de mi cuerpo se enciende mientras prácticamente nos agredimos con pasión. Le arranco los pantalones y arrastro las uñas por su fina cabellera hasta que vuelvo a tener su polla palpitante en mis manos.
Lo agarro con fuerza y él gruñe, separándose de nuestro beso.
— Más fuerte — gruñe.
Obedezco y susurro. — ¿Así?
— Sí — me responde.
Mientras le agarro la base de la polla lo más fuerte que puedo, le clavo las uñas de la otra mano en la nuca.
Dejo que mis pensamientos intrusivos se apoderen de mí mientras le pregunto. — ¿Puedo tocarla?
— Por favor —inhala bruscamente— hazlo.
Arrastro las uñas desde su nuca hasta la cicatriz de su espalda y la presiono. Él suelta un pequeño grito ahogado, me quita las bragas y tiro de su polla hacia mis muslos. Cuando levanto las uñas de su cicatriz, masajeo la zona en pequeños círculos, deslizo los dedos hacia abajo hasta una zona más ancha y fibrosa del tejido cicatricial y vuelvo a clavar las uñas en ella.
— ¡MIERDA! — grita e introduce su polla dentro de mí. — No dejes de hacer eso.
Sus palabras vienen acompañadas de un gemido tras otro y nos obligan a retroceder hasta el sofá. El movimiento de su polla al descubierto en mi coño me lleva al borde del éxtasis erótico. La parte superior de mi espalda está sobre el cojín, pero Antonio ahora me tiene agarrada por la cintura. Mis tobillos se cruzan detrás de él, pero él los sube alrededor de su cuello.
Antonio me tiene como si fuera una maldita cadena mientras me azota el coño hasta la sumisión. Tengo que agarrarme al sofá para mantenerme bien firme mientras él entra y sale de mí como una bestia.
No nos quedamos mucho tiempo en esa posición, pues se separa de mí y baja para besarme. Cuando se aparta, me lleva con él, dejando que mis piernas vuelvan a caer hasta su cintura, con su polla aún dentro de mí, y ahora puedo alcanzar de nuevo sus cicatrices. En cuanto las rozo con las uñas, me penetra con más fuerza.
La pared nos da más estabilidad mientras me sujeta por la espalda con un brazo y utiliza el otro para evitar que resbalemos. Consigo pasar el brazo por debajo de su hombro derecho para agarrarle la magulladura de la parte baja de la espalda, ayudándole a relacionar un mejor recuerdo que la manera en que se la hizo.
Cada movimiento de sus caderas dentro y fuera de mí es visceral, embriagador, y me lleva a un potente orgasmo que me hace hundir involuntariamente los dedos en el moratón y sus cicatrices. Sus gritos de satisfacción carnal resuenan en el espacio abierto del apartamento.
Me da la libertad de dejar que mis propios sonidos se fundan con los suyos mientras la fuerza de sus embestidas me engulle por completo justo antes de una enorme descarga sexual explosiva.
— Cógeme, sí, Antonio. — Encuentro la voz mientras me penetra con unas cuantas embestidas más que me hacen arañarle la espalda, desesperada por una pausa en su descarga de retorcida lujuria.
Mueve ligeramente el brazo para poder agarrarme de nuevo el trasero. Esta vez puede

penetrarme y presionar mi otra entrada con los dedos. Me mojo aún más por la excitación.
Antonio desliza sus dedos desde mi coño, robando la humedad de mi clímax anterior y la arrastra hasta mi agujero fruncido. Desliza un dedo cómodamente dentro mientras sigue bombeando dentro y fuera de mi coño. No sé cuánto más podré aguantar, porque mi cuerpo ya no puede reprimir los temblores de mi clímax.
— Eso es, Gemma, dámelo todo. Haz que duela. — Gruñe antes de capturar mi boca en un beso.
Hago lo que me ordena y clavo mis dedos y mis uñas en sus cicatrices hasta que puedo sentir su palpitante liberación dentro de mis paredes. Sudorosa y necesitada de una ducha, Antonio se niega a que mis pies toquen el suelo. Nos metemos juntos en la ducha y nos tomamos nuestro tiempo para otra ronda antes de prepararnos para cenar.
Antonio toma su teléfono y yo el mío después de limpiar la cocina juntos. Tengo varias llamadas y mensajes de Casper, pero no es una emergencia. Solo está molesto de que no le responda a tiempo.
— Estaba ocupada con mi prometido — le digo a Casper antes de que diga nada cuando responde a mi llamada.
— No, gracias. No quiero saber nada de eso. Te llamaba para decirte que el sistema de seguridad está en marcha. Tengo un par de huellas que coinciden de tu coche y de la ventana por fuera de tu habitación. Si te hace sentir mejor, no encontré ninguna huella dentro, aunque también Damian estuvo limpiando la última vez que estuve allí.
— Mierda, le dije que dejara de hacer eso. — Suspiro. — Está bien. Al menos, ahora es seguro para mí volver a casa. ¿Sigues allí?
— Estaré un rato más solo para ver cómo funcionan los sensores de movimiento, pero te ha llegado un paquete — dice Casper.
— ¿De quién es? ¿Se ve raro o algo así?
Casper hace una pausa y oigo que mueve algo antes de volver a la línea. — Tranquila. Lleva el nombre de Natalie. ¿Quizás olvidó algo y sus padres lo enviaron aquí?
— Déjalo, estaré allí por la mañana. Si puedes reunirte allí conmigo mañana para enseñarme cómo funciona todo, te llevaré a mi sitio favorito para desayunar. Tienen un batido de Fruity Pebble increíble que te encantará.
— Te veré por la mañana entonces. Buenas noches, Gem.
— Buenas noches, Casper. — Termino la llamada y me doy cuenta de que he estado dando vueltas por el apartamento mientras hablaba con mi hermano.
Estoy junto a la ventana cuando oigo a Antonio en la buhardilla.
Ese rostro apuesto que me mira desde arriba es amenazadoramente seductor.
La energía es palpable cuando dice. — Sube aquí para que pueda comerte de postre.

Capítulo 22: Antonio

No hay nada más relajante que despertarme con Gemma en la cama, pero necesito mantenerme en buena forma. No puedo dejar de entrenar ni un día más, pero no quiero dejarla sola. Empiezo bajando las escaleras y es entonces cuando me doy cuenta.

La sala sigue desordenada. He dormido toda la noche.

No recuerdo ninguna pesadilla, ni la necesidad incesante de despertarme y mover las cosas de su sitio solo porque sí. Haber estado confinado en una celda durante seis años me hace apreciar la capacidad de poder moverme cuando quiero. El problema es que no podía dormir demasiado tiempo tras esos muros porque no están hechos para que hombres como yo duerman tranquilos.

He sobrevivido a demasiados ataques y he aprendido a no dejar que nadie se me acerque por detrás. Pero tener a Gemma aquí, a nuestra pasión, a nuestra conexión, me produce una sensación de seguridad que nunca había sentido antes. No quiero perder eso. No quiero perderla.

En lugar de cambiar los muebles de sitio, aprovecho el espacio vacío para hacer flexiones y saltos de tijera. Es sencillo y eficaz. Sobre todo, cuando me comprometo a hacer quinientas de cada una.

Mi cuerpo está empapado en sudor cuando termino, y me alegro de ver a Gemma roncando tranquilamente en mi cama. Esta chica probablemente podría dormir durante un huracán. Después de meterme en la ducha, se da la vuelta, con los ojos aún cerrados, pero su coño suplicando que la despierte con mi lengua. Me resisto a hacerlo, porque al igual que yo he dormido toda la noche, quiero que ella haga lo mismo.

Después de servirme un café, prepararme unos panqueques y unas salchichas, me siento a hacer algunas llamadas y a revisar mi correo electrónico. Es entonces cuando me acuerdo de llamar para comprobar si hay algún mensaje en mi extensión del hospital. Tardo unos minutos en desviar las llamadas a mi teléfono y me alegro de oír la voz de Ronan.

— Hola, supuse que no tardarías mucho en llamarme aquí para comprobarlo. Me voy a Jackson, pero llámame a este número, he tirado mi viejo teléfono. Camilla y mis hermanas ya tienen mi nuevo número, pero la clínica va a estar cerrada las próximas semanas. Llámame.

Decido entrar en mi oficina para utilizar el teléfono. No es un teléfono fijo arcaico, sino un teléfono que tiene un número con acceso a internet que no me pertenece, así que es poco probable que haya alguien escuchando. Me siento detrás de mi escritorio para llamarlo, y contesta de inmediato.

— ¿Qué demonios has hecho para molestar a Melanie? — me pregunta con una carcajada que estalla en la línea.

— Le dije que necesitaba una excedencia por asuntos familiares — le digo.

— Estaba muy molesta y le dije que tu prometida ahora vivía aquí. Dijo que no me creía y que estábamos confabulados, palabras suyas no mías, para dejar el hospital porque yo también pedí una excedencia. Ni siquiera sabía que habías hecho eso.

Me echo a reír. — Eso es definitivamente su problema, pero al menos recibí tu mensaje antes de que borrara nuestro acceso a los sistemas.

— Me lo imaginé, ya que estamos hablando ahora.

— No seas imbécil. ¿Estás bien? — le pregunto.

— Sí, acabo de salir de Las Vegas. No es el lugar más acogedor para mí en este momento. Me dirijo a Jackson. Un amigo mío dirige un club privado de juegos allí.

Suelto una bocanada de aire. — Ten cuidado. Sabes que es territorio del Club de Moteros y de la mafia de Dixie, ¿verdad?

— Todos los sitios son territorio de alguien, pero, por suerte, tengo dinero suficiente para arreglármelas. ¿Sabías que había una cantidad obscena de dinero en el coche de Frankie? — me dice, y puedo oír la sonrisa en sus palabras.
— Eso no es un regalo, Ronan. No te gastes ese dinero — le advierto.
Ronan se ríe. — ¿Por qué no? Ni que él fuera a poder gastárselo.
— Porque recibí la visita de dos amigos... — me interrumpe un ligero golpe en la puerta.
Gemma asoma la cabeza dentro y veo que está completamente vestida mientras habla. — He quedado con Casper para desayunar y tomar el paquete en mi casa. ¿Quieres que traiga algo para ti mientras estoy fuera?
Quiero detenerla, acompañarla, pero sé que no es algo realista.
En lugar de ceder a mis temores sobre lo que podría pasar, le digo. — Ten cuidado. Presta atención a lo que te rodea y asegúrate de que Casper sepa que estás de camino y que se reúna contigo cuando llegues a tu destino.
— Tranquilo, Antonio — me dice con un guiño y me lanza un beso. — Volveré pronto.
Se marcha y casi olvido que Ronan está al teléfono. — Aww, te preocupas por ella, ¿no?
— Sí, lo hago.
— Si quieres que sea tu prometida, deberías proponérselo legítimamente — dice.
Le digo. — No cambies de tema, Ronan. No te gastes ese dinero aún. Dos agentes de policía me hicieron una visita ayer, me sacaron un dedo de lugar y decidieron usarme como saco de boxeo.
— Maldición, ¿fue Verducci o Vito?
— Fueron los hombres de Verducci. Creo que la ruptura creada por Vito matando a su propia gente cuando se involucró con Luca y toda esa mierda sobre estrellas de estudio de cine está teniendo consecuencias ahora porque Verducci está al mando. Los policías me dieron la impresión de que están manteniendo a Vito al margen.
— Podríamos usar eso como palanca. Todavía estoy bien con Vito.
No me gusta cómo suena eso mientras hablo en un tono bajo. — No añadas más mierda a esta olla, Ronan. Te conseguí un respiro porque esos polis aparecieron en la clínica.
— ¿Estaba alguna de mis hermanas allí?
Gruño y le digo. — Camilla estaba allí, pero ella está bien. Me llevé la peor parte, además no parecían interesados en ella en absoluto. Les hice creer que Frankie había huido y que no vendría a verte, porque eres el médico de Vito y no harías trabajos para Don Verducci.
— Tan jodidamente inteligente. Gracias, hermano. Está bien. Mantendré mis gastos al mínimo, y pasaré desapercibido. Tal vez haga un viaje para ver a mis padres en Arizona o algo así. No necesito problemas con la mafia de Dixie, así que me saltaré el asunto del club de juegos por ahora hasta que estemos seguros de que ya no estén en peligro allí.
Dejo escapar un suspiro de alivio.
Es raro que Ronan entre razón, esto es bueno por ahora. — Gracias.
— Hazme un favor y pásate por mi casa. Dile a los de jardinería que vengan a cortar el césped y que hagan lo que tengan que hacer. Luego mueve uno de mis coches y déjalo en el estacionamiento del hospital. Déjalo en mi plaza hasta que vuelva o hasta que Melanie me anule el permiso de estacionamiento — se ríe.
— Entendido. Estamos a tiempo para que parezca que sigues en la ciudad y que Frankie se ha largado.
— Gracias, Antonio. Por todo. — La voz de Ronan es baja, pero llena de sinceridad.
Terminamos la llamada y salgo de mi oficina para ver una foto de Gemma con Casper frente a una cafetería.

Me invade el alivio cuando decido vestirme y dirigirme al gimnasio para hacer otra rutina de ejercicios. No me gusta mucho el del edificio, así que me dirijo al que usamos Ronan y yo cerca del hospital. Como no está lejos, opto por correr hasta allí para hacer cardio antes de hacer pesas.
Mientras corro por las calles de San Francisco a primera hora de la mañana, tengo la sensación de que alguien me sigue, pero cada vez que miro por encima del hombro, no hay nadie. Estoy impaciente por ver si el mirón de la cafetería hace otra aparición. Con mucho gusto aprovecharía la sesión de hoy para sacar mis frustraciones. Desgraciamente, el imbécil no está a la vista.
Cuando entro en las instalaciones de entrenamiento, siento un ligero olor a cloro en el aire que me hace querer meterme a nadar, pero me atengo a mi plan original de entrenar con pesas. Mis auriculares silencian el ruido a mi alrededor. La música me pone en una zona en la que me siento la única persona de la sala. Me pongo manos a la obra.
Cuando acabo, entro en los vestuarios vacíos para ducharme y cambiarme. Salgo y vuelvo a casa, donde el guardia de seguridad del vestíbulo de mi edificio me detiene y me entrega un sobre. No tiene remitente y el guardia solo puede decirme que lo ha traído un mensajero.
Cuando abro el sobre, veo dentro el chasis sucio de un coche con un caño cortado colgando sobre la carretera. El espacio entre la calle y el coche es lo bastante luminoso para hacerme saber que es de día. Hay un charco de líquido bajo el corte.
Le doy la vuelta a la foto y en el reverso hay una frase que dice. — Ya que no puedes mantener las manos quietas, quizá esto te enseñe a detenerte y pensar... o quizá no.

Capítulo 23: Gemma

Casper y yo disfrutamos de un suculento desayuno antes de dirigirnos a mi apartamento, donde me enseña todo lo *interesante* que puede hacer mi sistema de seguridad. Además de vigilar los distintos ángulos de mi pequeño espacio de una sola habitación, puedo llamar a la policía, a los bomberos o al servicio de emergencias con solo pulsar unos botones.

Una vez que me lo enseña todo, está seguro de que ya no corro peligro, y yo también. Es la primera vez en días en que me siento bien en mi casa. Se marcha y yo miro el paquete que me espera, pero el miedo se apodera de mi nueva serenidad.

La dirección que había dicho que era de Natalie no es del todo correcta. Está mal. Está muy mal. Es un pedazo de una etiqueta del estudio de música en el que Natalie solía trabajar en Nueva York. Mi corazón se acelera porque ella no ha estado allí en meses. La llamo varias veces y me salta el buzón de voz, así que llamo a Damian.

Contesta enseguida. — ¿Qué sucede?

— ¿Dónde está Natalie? — le pregunto.

— Está comprando otro teléfono. Dijo algo de que sus padres estaban rastreando el antiguo — responde. — ¿Qué pasa, Gemma?

— Recibí un paquete con su antigua dirección desde Nueva York. De su estudio de música. ¿Te ha dicho qué es lo que quieren sus padres? — le digo, preguntándome si eso tiene algo que ver con el paquete que tengo sobre la mesa.

— Quieren llevarla en avión a Londres por seguridad luego de que ella les contara lo del sistema de seguridad que se está instalando en tu casa. Cuando ella se negó, dijeron que enviarían a un tipo llamado Roger a recogerla en Henderson.

— ¿Qué significa eso? ¿Dónde es Henderson? — le pregunto.

— Henderson es el aeropuerto para ejecutivos aquí en Las Vegas. Es solo para aviones privados y de élite, así que sabe que la están rastreando. Ha tirado su teléfono en una caja de Fed Ex y ahora mismo le están activando una nueva línea. Mierda, está insultando a alguien dentro. Debo irme, Gem. Le diré que te llame en cuanto salgamos de aquí.

Termina la llamada y me quedo mirando el paquete. No quiero que adentro haya un rastreador para que sus padres me sigan. No me utilizarán para hostigarla. Tomo la caja y sé que puedo hacer lo mismo. La pondré en algún sitio o dentro de algo para que se mueva. Ellos podrán perseguirla, pero a mi no.

Cuando salgo de mi apartamento, hay decenas de personas paseando calle arriba y calle abajo disfrutando del día. Subo a mi coche y me dirijo a un servicio de envío internacional. Decido usar uno cerca de Potrero Point, que no está muy lejos de Pacific Heights, donde está el edificio de Antonio. Puedo dejar esto y seguir mi camino. La curiosidad me tiene lista para abrirlo, pero si no es de los padres de Natalie, estoy segura de que tampoco es nada bueno para mí.

Según el GPS, el lugar de envíos ya está cerca cuando suena mi teléfono. Contesto a la llamada.

— ¡Gemma! — Antonio suena algo frenético.

— ¿Qué sucede? — Mi corazón se acelera.

— ¿Estás conduciendo ahora? Tienes que salir del coche — me grita. — No vayas a ninguna parte.

— Voy de camino... — El pánico me entrecorta las palabras y hace que me tiemblen las manos. Por mucho que pise el freno, el coche no frena. — ¡Algo anda mal!

— ¿Puedes bajarte? ¿A qué velocidad vas?

— Como a treinta, ¿qué demonios está pasando? — pregunto mientras mi coche aumenta la

velocidad.
Una serie de luces parpadea en el tablero y la pantalla del GPS falla. Cuando vuelve a encenderse, ya no se dirige al depósito de envíos, sino directamente al agua. Intento cambiar la ruta, pero el GPS se queda atascado. Cuando alcanzo la puerta, ésta no se abre mientras el coche va a gran velocidad y me lo dice con un mensaje brillante que parpadea en la pantalla.
— Estúpidos protocolos de seguridad. ¡Antonio! ¡No puedo salir! Estoy cerca de Potrero Point por la calle 23. Me está llevando directamente hacia el agua. No puedo detenerme — grito en la línea mientras el coche se acerca a toda velocidad hacia una barrera metálica que espero ponga fin a este horrible viaje, pero no lo hace.
Los airbags se despliegan en cuanto atravieso el guardarraíl y me golpeo la cabeza contra el reposacabezas. Estoy mareada y apenas despierta cuando el coche cae al agua. Por suerte, sigo consciente. Aunque no sé por cuánto tiempo.
El costado de mi cara palpita de dolor, y no del tipo placentero. Apenas puedo ver a mi alrededor por el airbag, pero busco detrás de mí con la mano izquierda para extraer el reposacabezas. Tengo el lado derecho entumecido por un dolor palpitante y decido mantenerlo lo más quieto posible.
Pulso el botón y lo levanto del asiento para que el reposacabezas quede libre. Los extremos puntiagudos son lo bastante afilados como para romper la ventanilla del coche en situaciones como ésta. Tras forcejear unos segundos, consigo sacarlo y pincho el airbag para desinflarlo.
Mi parabrisas tiene una gran fisura en forma de tela de araña, pero afortunadamente sigue unido al coche. La visión del agua turbia y verdosa de la bahía que rodea mi coche me acelera el corazón y me hace temblar todo el cuerpo, mientras las lágrimas se derraman por mis mejillas.
No puedo evitar que el miedo se apodere de mi cuerpo mientras alargo la mano hacia el pomo de la puerta, pero me detengo.
— Respira hondo, Gem — me digo para calmarme. — Cálmate y piénsalo un momento. Quítate el cinturón.
El sonido de mi propia voz en el coche me distrae del ruido del agua aplastando el metal que apenas está resistiendo. Aún no estoy completamente sumergida mientras la luz del día se cuela por mi parabrisas trasero recién arreglado.
Me río a carcajadas con una tos que parece que tengo mucosidad en los pulmones. — Ves, Gemma. Estás bien. Estarás bien. Puedes reírte porque esto va a ser taaaan gracioso cuando estés en el hospital quejándote de que te acaban de arreglar el coche, ¿cierto?
Afortunadamente, consigo quitarme el cinturón tras moverme para desplazarlo con cuidado por todo mi cuerpo, pero una ligera sacudida del coche me mueve hacia delante y hace que una descarga de dolor me recorra el cuerpo como una máquina de pinball. Entonces opto por dejarme puesto el cinturón ya que eso parece hacer que el dolor se detenga.
Intento encontrar la mejor manera de salir de esta. Oigo sirenas y el sonido de alguien por un altavoz. Mi teléfono suena, pero está en el suelo delante del asiento del copiloto. La pantalla del GPS parpadea, y puedo ver a los servicios de emergencia llamando.
Después de usar la mano derecha para sujetar el volante y evitar moverme, alargo la mano para intentar desesperadamente tocar con el dedo para responder a la llamada, pero la pantalla táctil parece estar estropeada. Recuerdo el botón del volante, apartando el airbag para pulsar el símbolo verde del teléfono.
— Gemma Marzano, soy Angel Arc, el asistente de servicio de su vehículo, conectando con los servicios de emergencia, por favor, espere. — Me dice la voz robótica, y ya la odio.
Pero me alegra oír una voz humana segundos después. — ¿Hay alguien ahí? ¿Puede hablar?

— ¡Estoy aquí! — Grito más fuerte de lo que espero. — Por favor, no sé qué hacer.
— Estamos aquí en el lugar del accidente. Estamos trabajando para sacarla de ahí. Mi nombre es Adam y voy a estar en el teléfono con usted todo el tiempo, ¿de acuerdo? ¿Está herida, Srta. Marzano?
— No lo sé. Me duele un lado de la cara por el airbag, pero ahora mismo no siento nada más. No puedo dejar de temblar — le digo entre lágrimas e hiperventilación.
— ¿Dónde están los buzos? — grita Antonio desde el fondo.
— ¡ANTONIO! — grito, pero me arrepiento al instante cuando una tos me sacude y aviva el dolor que se dispara desde mi espalda hacia mi pecho.
— ¡Señor, regrese! — grita Adam al otro lado del teléfono.
Oigo un chapoteo cerca y veo a Antonio nadando hacia mí cuando me doy la vuelta para mirar por la ventanilla del conductor.
¡¿QUÉ DIABLOS?!
No sé lo que está haciendo, pero como la parte trasera de mi coche todavía fuera del agua, puedo oírlo jugueteando ahí atrás. También oigo a Adam del Servicio de Emergencias dándole instrucciones a regañadientes, ya que la llamada telefónica sigue activa.
— Si consigues abrir más el maletero sin que entre agua, el aire del interior del coche debería mantenerla a flote el tiempo suficiente para que podamos asegurar el gancho de la grúa a él — dice Adam. — Srta. Marzano, su prometido está ayudando activamente en su rescate. Por favor, mantenga la calma.
Oigo algunos chapoteos más y en poco tiempo el asiento trasero se desplaza hacia abajo. El sonido del metal a mi alrededor me tiene petrificada, intentando girar como un pez de colores en una pecera, pero cada movimiento duele. Me duele todo el cuerpo cuando un par de piernas se posan en el respaldo del asiento del copiloto.
— Si querías ir a nadar, te podía haber llevado al gimnasio conmigo — dice Antonio mientras fuerza una sonrisa.
— Debo estar hecha una mierda.
— Estás preciosa, nena. ¿Puedes mover las piernas? — me pregunta y se pone junto a mí.
Veo cómo se pone en plan médico y examina mi cuerpo en busca de lesiones.
— Sí, pero todo se siente extraño — le digo.
— Tranquila. Todo saldrá bien.
Alargo la mano derecha hacia él, pero en cuanto lo hago, un dolor agudo me atraviesa el costado. Suelto un grito de dolor cuando el coche da una sacudida y empezamos a movernos.
— ¡DETÉNGANSE! — Antonio grita desde el interior del coche.
Inclina su cuerpo y su cara para mirar hacia mi lado derecho y es entonces cuando lo siento. El cálido hilillo de líquido moviéndose lentamente por mis costillas.
— Lo siento mucho, Gem. No debería haber entrado aquí de esa forma. No estaba pensando — dice Antonio. — Mantén la calma, ¿de acuerdo? ¿Adam?
— ¿Sí, Dr. Calisi? — Adam responde con fastidio que se irradia a través de su tono.
— Está atravesada por lo que posiblemente sea un resorte de los soportes lumbares integrados en el asiento del conductor. No podemos moverla sin llevarnos el asiento con ella. Está empalada. — La voz de Antonio es casi mecánica, como si no estuviera hablando de mí.
— Bien, Dr. Calisi, lo siento, pero va a tener que salir de ahí y dejarnos sacar el coche. Tenemos a los bomberos en el lugar con las herramientas necesarias para liberar a su prometida. Por favor, salga del coche y déjenos trabajar.
Me invade el pánico. — No me dejen. No me dejen. Por favor, no me dejes, Antonio.

Se inclina con lágrimas en los ojos y me besa suavemente. Intenta reírse para calmar mi ansiedad, pero no lo consigue. El mundo que me rodea parece desvanecerse.
El agua, la oscuridad, todo me consume y las últimas palabras que oigo, antes de que todo se vuelva negro, son. — Nunca debí perderte de vista.

Capítulo 24: Antonio

Cuarenta ramos de rosas Gemma y gipsófilas.
Cuarenta ramos de flores con rosas Gemma en las que cada tallo tiene más de cuarenta pétalos de color coral, melocotón y rosa.
Cuarenta ramos simbolizan los cuarenta días transcurridos desde que Gemma pasó a coma inducido para que pudieran sanar sus heridas.
Me duele el corazón cada día que entro y me siento a su lado. Afortunadamente, al ser un médico que trabajó aquí, al personal no le importa si voy y vengo. Todos me dirigen miradas de lástima y palabras de aliento porque no hay nada más que se pueda hacer.
Lo peor es que no puedo tomar ni una maldita decisión por ella. Quiero hacerlo por ella, pero la verdad me golpea tan fuerte como cuando me lancé al agua para salvarla. No soy su pariente más cercano. Dado que sus padres están fuera del país y no volverán, le corresponde a Bash.
No voy a casa. Voy a la sala de médicos y a mi antigua taquilla cuando necesito ducharme. Ronan estuvo por aquí las primeras semanas, pero volvió a desaparecer luego de haberme traído una bolsa de ropa de mi casa. Ni siquiera pude ir a verlo. Tuvo que volver y, afortunadamente, pudo escabullirse de la ciudad sin que Verducci le pusiera las manos encima.
¿El imbécil mirón con cara de cicatriz? No lo he visto y las grabaciones de seguridad de su casa no lo muestran desde que Gemma fue ingresada al hospital.
— Necesitas afeitarte, Antonio. — La voz de la Dra. Melanie irrumpe en la tranquilidad como un cuchillo en mi corazón.
No tengo fuerzas para mirarla mientras me siento en la silla junto a la cama de Gemma.
— Yo... — ella intenta decir algo, pero la fulmino con la mirada.
Traga saliva y habla. — Quería venir a decirte cuánto siento todo esto.
— No es frecuente que la directora del hospital se interese por una paciente. Me aseguraré de que la familia Marzano esté al tanto de tu preocupación. No dudo que donarán millones a tu nueva causa.
— Antonio, lo siento mucho. Tu dimisión está pendiente hasta que termine tu excedencia, ya la he aprobado. Así que...
Apenas puede pronunciar la frase cuando me levanto de la silla y me abalanzo sobre ella. Afortunadamente para ella, Bash y Casper llegan para interponerse entre nosotros. Casper se da cuenta de la tensión y muestra su sonrisa de estrella de cine antes de sacarla de la habitación.
— Esa maldita zorra... cree que puede venir aquí a adularme como si en este momento me importara un carajo la excedencia. El amor de mi vida apenas resiste y no puedo hacer nada al respecto. ¡Soy un maldito médico y no puedo hacer una mierda para salvarla!
Bash mira a Gemma por encima del hombro antes de empujarme hacia el baño privado y cerrar la puerta tras nosotros.
— ¿De verdad le ibas a pegar a esa mujer? — me pregunta.
— No le habría pegado, pero no puedo jurarte que el resto de la planta no me hubiera oído despedazarla. El maldito descaro de esa vividora... — refunfuño y me miro en el espejo.
— Hemos sido amigos prácticamente toda la vida, hermano. Te aprecio y necesito que te calmes por el bien de mi hermana. — Las palabras de Bash me abruman y me quiebro.
Caen lágrimas.
Mis mejillas enrojecen y el calor me quema la nariz cuando finalmente libero las emociones que me tienen atrapado. Bash parece estúpidamente incómodo, porque nunca le han gustado las muestras de afecto demasiado intensas. Siempre estoico. Siempre el *Don*.

Dejo caer mis lágrimas en el lavabo y abro el grifo para que esté un poco más cómodo. Después de salpicarme la cara con un poco de agua, parece que necesito dormir un poco; más que un hombro sobre el que llorar.
— No pude llegar a tiempo y ahora está aquí — le digo. — Puse en peligro su rescate porque sentí que iban demasiado lento, y me sentí tan jodidamente impotente.
Esta vez, cuando mis lágrimas vuelven a brotar, Bash deja por un momento su imagen pública para consolarme. Me abraza para que llore y lo odio, pero es el único hombre que conozco que me muestra algún tipo de afecto o cariño. Eso también me quiebra.
— Tú tienes tantas cosas, Bash. Yo solo la tengo a ella. Gemma es todo lo que tengo y está ahí tirada. Y no puedo hacer una mierda al respecto. ¿Qué clase de médico de mierda soy? — la pregunta hace que me invada la ira y empujo a Bash para darle un puñetazo al espejo.
El cristal se rompe, pero la única prueba de que he golpeado el cristal es un pequeño corte en los nudillos. La puerta del baño se abre. Ambos volteamos y vemos a Gemma, aturdida, de pie, arrastrando su porta suero.
Está malhumorada y dice. — ¿Estarán aquí mucho tiempo, imbéciles? Tengo que hacer pis.
Mi respiración se vuelve rápida y frenética.
Jadeo y empujo a Bash fuera del camino. — ¡Ve a buscar a su médico! AHORA.
Gemma gime y frunce el ceño cuando Bash se abalanza sobre ella, le da un beso en la frente y pasa de largo.
Ella lo mira mientras sale corriendo de la habitación y me mira a mí. — ¿Qué diablos le pasa? ¿Qué estoy haciendo aquí?
— Eh, nena, deja que te ayude — le digo y me acerco a ella despacio.
Resopla y se encoge de hombros. — Si eso quieres. No sabía que verme orinar fuera una de tus manías, pero, en fin, me gusta tener la mente abierta.
Eso me arranca una carcajada mientras la ayudo a dar unos pasos torpes hacia el inodoro y la ayudo a sentarse.
— Tienes suerte de que no esté con la regla o sería como la semana del tiburón. Espera un minuto, no puedes andar por ahí abajo haciendo cosas. Me siento rara, como si fuera gelatina, y estoy muy cansada. ¿Qué me has hecho? ¿Me has cogido hasta dejarme sin sentido? Literalmente — dice somnolienta.
— Solo te estoy ayudando, Gem. — Respondo riendo e irradiando felicidad. — ¿Recuerdas lo del coche?
— ¡Oh, no! Natalie se va a enfadar mucho. He arruinado el coche. ¿Tan grave fueron los daños causados por el agua?
Mientras la aseo y la ayudo a volver a la cama, le pregunto. — Cariño, ¿recuerdas haberte estrellado con el coche?
— Sí, y que tú eras un tritón. Puedes atizarme con tu tridente cuando quieras. — Se ríe y bosteza.
— ¿Es lo único que tienes en mente?
— ¿Sabes que en mis sueños tenías una polla con tentáculos? — dice justo cuando Bash entra con el médico y una enfermera.
Sus ojos se abren de par en par con intriga.
Volteo con las manos en alto. — Solo ayúdela.
— No necesito ayuda. — Gemma protesta. — Todo lo que necesito es la polla de octopus de mi marido.
Alarga la mano hacia mi entrepierna y me la aprieta para hacer énfasis. Cierro un ojo cuando tengo que apartar su agarre de mí.

Me inclino para susurrarle al oído. — Compórtate, Gem.
— Compórtese usted, doctor. Es usted el que la tiene dura — dice con una sonrisa mientras me suelta, gira la cabeza y se desmaya.
El médico y la enfermera acuden de inmediato a atenderla. Gemma se despierta mientras le están examinando las constantes vitales y los ahuyenta. Cuando intentan explicarle lo que están haciendo, se mete la mano debajo de la almohada, y luego se muestra decepcionada.
Gemma lucha contra ellos con sus miembros moviéndose lentamente mientras dice. — Les dispararía, desgraciados, si alguien no hubiera movido mi arma. Déjenme en paz.
Veo a Bash sonriendo desde la puerta y voy a reunirme con él.
— No sabe que ha estado en coma, ¿verdad? — me pregunta.
Sacudo la cabeza de lado a lado. — No. Habla como si el accidente hubiera sucedido hace unos días. No quiero ser yo quien le diga que han pasado semanas.

Capítulo 25: Gemma

Todo se mueve en cámara lenta mientras veo cómo Antonio coloca demasiados ramos de flores en una zona de mi habitación del hospital. Los recuerdos del accidente son fugaces, pero por lo que me han dicho, estoy despertando tras haber permanecido en coma casi nueve semanas.

Todos los acontecimientos de aquel día me vienen a la memoria en forma de pequeños destellos. Los médicos me dan el alta tras una semana de fisioterapia para garantizar el pleno control de mis facultades.

— ¿Podríamos hacer compost con las flores moribundas y regalar las que estén en buen estado a otras personas de este pabellón? — le pregunto a Antonio.

— ¿Qué tal si hacemos compost de todos estos ramos y pago para que se reparta flores frescas a todo el mundo, enfermeras, pacientes, a todos los que hacen que este hospital funcione a la perfección?

Le doy una sonrisa de aprobación mientras se aleja de la mesa llena de flores y entra mi doctora. Es una mujer dulce y me entrega una tarjeta con una cita para la semana siguiente, después de haber dado el visto bueno para mi alta médico.

Antonio me cuida con la mayor dulzura y me ayuda a ponerme la ropa para poder irme. Cada contacto es delicado y, tengo que admitirlo, también es algo molesto.

— No tienes que ser tan cuidadoso conmigo — le digo.

Está agachado, ayudándome a ponerme un pantalón de chándal, cuando desvía su mirada hacia la mía y me dice. — Tú no viste lo que yo vi. Déjame hacer esto.

Le preguntaré sobre eso más tarde. Hasta que no pueda recordar todo lo que pasó, no le restaré importancia a nada de lo que él pueda estar sintiendo en este momento. Los recuerdos vuelven a mí en forma de visiones, pero rápidamente se desvanecen y se mezclan con sueños totalmente ridículos. Odio ser incapaz de confiar en mi propia mente y toda la incertidumbre hace que me arda la nariz y se me salten las lágrimas.

Antonio se levanta y me sujeta la cara con las manos, asegurándome. — Tranquila. Te prometo que todo estará bien. Me alegro mucho de que estés devuelta. Pensé que te había perdido.

— Todavía no puedo creer que haya estado así durante tanto tiempo.

Me hace callar con un beso. Es suave, tierno y lento, hasta el punto de hacerme recordar lo mucho que he echado de menos las caricias de Antonio. La forma en que me hace sentir hace que mi cuerpo anhele una liberación placentera. No puedo evitar agarrar su mano izquierda.

Las vendas ya no están y los moratones han desaparecido. Se la acaricio, pero lo único que consigo es una tímida sonrisa de gratitud. La expresión adolorida de lujuria no aparece por ninguna parte.

— Esperemos a llegar a casa, nena — dice Antonio mientras baja su boca para capturar la mía.

Sé que me está apaciguando, pero, aun así, sentir sus labios firmes y su lengua suave explorando de nuevo mi boca me trae un nuevo recuerdo de nosotros. No recuerdo mi cuerpo sin sus caricias.

Antonio se toma su tiempo para ayudarme a caminar por el hospital luego de que me haya negado a ir en silla de ruedas porque aún me funcionan las piernas. Agradezco tener todas mis facultades después de haber estado un tiempo en coma. No hay mejor momento que el presente para demostrar mi capacidad de recuperación. Aunque creo que nadie confía en que esté a pleno rendimiento, me esfuerzo para ser una versión más fuerte de lo que era antes de que caer al agua.

Una vez que llegamos a la gran puerta giratoria de la entrada del hospital, me encuentro temblando ante la idea de salir a la calle.

— No estoy preparada — le susurro a Antonio mientras me guía hacia la salida.
Se detiene, espera y voltea para mirarme. La forma en que esas cejas endiabladas anidan sobre sus suaves ojos verdes son un claro recordatorio del hombre que me ama. Un momento...
¿Él me ama?
¿Por qué siento eso?
¿Por qué sé que ese sentimiento es verdadero?
Si he estado en coma, soñando con él y su polla con tentáculos como producto de mi imaginación, ¿por qué siento que su amor por mí es incuestionable?
Antes de que pueda decir nada para convencerme de que salga de este edificio, lo detengo como si no hubiera nadie más a nuestro alrededor. Los sonidos de la gente deambulando por los pasillos del hospital no significan nada cuando me detengo a mirar esos ojos que he llegado a adorar en mis sueños.
— ¿Me amas, Antonio? — le pregunto mientras busco en sus ojos la respuesta antes de que sus labios puedan responder.
— Te amo más que a nadie — admite con los ojos mirando el suelo.
Se me corta la respiración. No sé qué decir. No sé si estoy preparada para responderle.
Sin embargo, cuando levanta la mirada para encontrarse con la mía, siento una punzada de culpa y amor entrelazándose con sus palabras cuando dice. — Nunca podría amar a nadie como te amo a ti. Cuando te durmieron, te amé. Cuando dijeron que no podrían despertarte, te amé. Cuando existía la posibilidad de que nunca despertaras, te amé. Y sé que nadie llenará jamás el lugar que he forjado en mi corazón para ti.
Me quedo muda por su declamación y permito que me guíe hasta el exterior, donde un flamante todoterreno me espera en la acera. Es el momento perfecto para despejar mi mente de esta caja de Pandora de emociones que acabo de abrir.
El empleado del mostrador se apresura hacia nosotros con las llaves en la mano y una expresión de absoluto placer que se extiende por su rostro; mientras dice. — Dr. Calisi, aquí tiene sus llaves. Si necesita algo más, hágamelo saber.
Antonio asiente con la cabeza mientras le da unos billetes al aparcacoches y me conduce hasta un coche demasiado caro para ser de alquiler. Un todoterreno negro y brillante con cristales tan oscuros que la policía de Nueva York cruzaría el país para multarme.
— Veo que alguien ha ido de compras. — Sonrío mientras me ayuda a subir al asiento del copiloto.
— Es tuyo — me dice antes de dirigirse al lado del conductor para llevarme a su casa.
— ¿Cómo que es mío? — pregunto con una sonrisa dibujándose en mi rostro mientras paso las manos por el tablero de mandos.
El olor a coche nuevo me envuelve. Está inmaculadamente limpio y el cuero es muy suave al tacto.
— Natalie volvió aquí para encargarse del asunto del seguro. El coche estaba destrozado. Damian dijo que se encargaría de su coche, y yo acepté encargarme del tuyo. Si no te gusta, puedo llevarte a comprar algo diferente.
— No, es hermoso. Gracias, Antonio. — No quiero ser desagradecida, pero es un recordatorio de que la vida siguió mientras yo dormía tranquilamente tras haber sobrevivido a un horrible accidente de coche.
Sonríe y me agarra la mano para besarme el dorso. Conducimos en silencio con la música sonando mientras mi mente divaga sin cesar. Los semáforos y los peatones me recuerdan el mundo que dejé atrás.

Cuando volvemos a casa de Antonio, su cama está en el centro de la sala. Su sofá está en el altillo y las cosas parecen extrañamente confusas.
— No he tenido la oportunidad de ponerlo todo en su sitio — dice.
Le agarro las manos. — Tranquilo. Imagino por lo que has pasado. ¿Alguien sabe qué le pasó a mi coche?
— La policía se está demorando un poco, pero se supone que pronto nos darán un informe. Esas dos cajas tienen todo lo que había en tu coche. Tu teléfono y tu bolso están en la oficina. ¿Cómo te sientes? — me pregunta.
— Ya me siento más como yo misma y poder caminar es algo que no sabía que podía dar por sentado. Me sacaron del accidente con algunas magulladuras y un pulmón perforado. Las cosas están un poco confusas, pero estoy contenta de estar en casa.
Antonio me abraza y me dice en voz baja. — Yo también me alegro de que estés en casa. Solo quiero que sepas que pase lo que pase, estaré aquí para ti. Cada palabra que te dije antes iba en serio. Te amo, porque contigo me siento lo bastante seguro como para dormir toda la noche. No tienes que decir nada. Si no sientes lo mismo, tampoco hay problema. Solo quería que supieras que voy a trabajar en mí mismo para que esto acabe. — Hace un gesto hacia la sala, donde su cama está orientada hacia los grandes ventanales con vistas panorámicas, y yo apoyo la cabeza en su hombro.
— Creo que este es un sitio estupendo para dormir.
Me besa la cabeza antes de entrar en la cocina. — Voy a prepararte una suculenta cena. Berenjenas a la parmesana, zanahorias asadas, milanesitas de pollo, una ensalada y pan de ajo.
— ¿Puedo hacer algo para ayudar?
— Descansa y relájate. Deja que yo me ocupe de la cena.
No discuto porque la cama está en la sala. Los niveles de estrés de Antonio deben haber estado por las nubes estas últimas semanas. Por ahora, dejaré que haga lo que le haga sentir mejor, y no está de más que el hombre sepa cocinar.
Las dos cajas que contienen todo lo que había en mi coche captan mi atención y me pongo cómoda para revisarlas. Zapatos, una manta, mudas de ropa para Natalie y para mí. Voy a echar de menos compartir coche con ella.
Dentro hay una pequeña caja que me trae recuerdos justo antes del accidente. Me dirigía a un servicio de envíos internacional para deshacerme de ella. La saco y me pica la curiosidad. Estoy segura de que, si fuera de los padres de Natalie, ella se lo habría dicho a Antonio.
Cuando abro la caja, hay una figura de ángel rota. Una de la colección de mi madre y se me encoge el corazón. Hay una tarjeta de presentación de un restaurante con una fecha y una hora a la que llego ocho semanas tarde.

Capítulo 26: Antonio

Los pensamientos de Gemma están claramente en otra parte mientras cenamos. Aparte de algunas sonrisas de gratitud, su actitud tranquila es algo nuevo. Me pregunto si esto es consecuencia de sus lesiones o si la vida simplemente le está pesando.

Cuando después nos acostamos, Gemma se acurruca a mi lado. Ambos soltamos un suspiro de alivio. El calor de nuestros cuerpos juntos es algo que ambos echábamos de menos. Gemma me lo hace saber con la forma en que su mano serpentea por mi pecho hasta la cintura de mis calzoncillos.

Gimo cuando el placer se apodera de mí. Giro la cara hacia ella, Gemma se relame los labios antes de acercarse para besarme. Empieza despacio, pero se vuelve agresivamente erótico en cuestión de segundos. Me clava las uñas en el cuero cabelludo, me coloca encima de ella y me saca la polla de los calzoncillos.

En cuanto me coloca en su entrada, noto su humedad esperándome. Me deslizo con facilidad. Cada embestida es más rápida que la anterior y sé que pronto voy a terminar. Entramos en un ritmo familiar. Nuestros besos nos llevan a un lugar donde solo existimos nosotros. La tensión es palpable por lo que nos espera y por el agradecimiento de estar juntos de nuevo.

Una vez que nuestra satisfacción sexual llega a su fin, nos dormimos abrazados. Otra noche en la que duermo hasta tarde. Sin embargo, cuando me despierto, Gemma está mirando una caja en la encimera de la cocina mientras bebe un sorbo de café.

— Buenos días — le doy un beso antes de tomar una taza y servirme un café de olor exquisito.

— ¿Qué es eso?

— Es la caja de la que intentaba deshacerme cuando todo se fue a la mierda. Pensé que era de los padres de Natalie; una especie de rastreador para hostigarla.

— ¿Quiénes son sus padres? — pregunto.

— Madelyn y Joel Bersani. Son como los Kennedy y los Vanderbilt, familias de dinero antiguo, pero tienen vínculos globales con todo tipo de gente peligrosa. El asunto es que Natalie solo quiere un poco de espacio, pero ellos no se lo permiten. Como sea, pensé que esta caja venía por parte de ellos y me niego a seguir este tipo de juegos con mi mejor amiga.

— ¿Qué hay dentro?

Gemma toma una tarjeta de presentación y la desliza por la encimera. — Creo que tenía que reunirme con quien me envió las fotos. Pero no llegué a la cita.

— Bueno, aquí no ha venido nadie a buscarte, y por lo que Natalie ha dicho, tampoco ha venido nadie a buscarte al apartamento. Tal vez sabían que estabas en el hospital. Tengo algo que decirte, Gem.

Cuando me mira con esos preciosos ojos grises, mi corazón apenas puede soportarlo.

— ¿De qué se trata?

Respiro hondo y le digo. — El día del accidente recibí un mensaje que decía te habían cortado el latiguillo de los frenos. Me lo dejaron en el mostrador de seguridad de abajo. Se lo entregué a la policía, pero estoy seguro de que el mirón es el tipo que saboteó tu coche. En esa nota decía que, ya que no puedo mantener las manos quietas, esto me enseñará a detenerme y pensar.

— Esto podría ser una represalia de Verducci. Tal vez una parte de Frankie llegó a la orilla.

— Nadie ha dicho nada hasta ahora. Deberíamos llevarle esto a Bash y a Casper. — Le digo. — Es una posibilidad remota, pero quizás la información que han recolectado conecte los puntos.

Después de desayunar, nos dirigimos a casa de Bash, a las afueras de la ciudad. No le gusta mucho la ciudad de San Francisco, pero estoy seguro de que una vez que el poder de la familia

Marzano vuelva a ser lo que era, las cosas mejorarán para él.
Bash y Casper se turnan para abrazar a Gemma mientras entramos. Hay soldados de la mafia saliendo cuando entramos. Me miran interrogantes, pero Bash les dice con la cabeza que pueden retirarse.
Tuvimos nuestra disputa por el tema de la seguridad de Gemma y llegamos a los golpes después de que ocurriera el accidente. Las familias se pelean, y ellos han dejado muy claro que soy de la familia, pero fracasé en mi tarea de proteger a Gemma. Nadie siente eso más que yo, pero no tienen que preocuparse de que volvamos a discutir. Lo hecho, hecho está.
Gemma no pierde el tiempo y se lanza de nuevo a reñir. No puedo culparla porque es horrible despertar de un coma y descubrir que seguimos a punto de entrar en guerra con una familia rival.
— ¿Pudiste conseguir algo de las cámaras de seguridad de la casa? — pregunta Gemma a Bash.
— Pedí muchos favores y finalmente conseguí algunas respuestas. — Bash avanza por su inmensa sala de estar hasta un escritorio que está en un rincón y saca una carpeta.
La pone en la mesita delante de Gemma.
Ella lo abre para ver las fotos que le habían enviado junto con otras sacadas de las viejas cámaras de seguridad de la casa de sus padres en Staten Island. Luego aparecen fotos del baúl que Natalie y ella tiraron al río. Una de las últimas fotos que se ve es la de un hombre vendado.
— Steve sigue vivo — dice Bash, y saca su teléfono para enseñárnoslo a los dos. — Este es el aspecto que tiene ahora.
Los ojos de Gemma se enrojecen por las lágrimas mientras sacude la cabeza con incredulidad. — Es imposible. Yo le disparé. Yo lo maté. Lo enterré, por así decirlo.
Casper se queda a lo lejos mientras yo me siento junto a Gemma para consolarla mientras le digo. — No puedo creer que ese maldito de la cicatriz sea tu ex. ¿Cómo diablos te encontró?
— Tenía uno de esos dispositivos de rastreo en tu coche. — Casper aparece. — Después de que te sacaron de la bahía, le pusimos las manos encima, pero no tuvimos mucho tiempo antes de que la policía lo confiscara. Creo que todavía está en su depósito de pruebas.
— Habló conmigo en Booked and Boozy. Ni siquiera sonaba como él — dice.
Bash se ríe. — Le disparaste en la cara. No sabes el daño que esa bala pudo haberle causado.
Gemma apoya la frente contra la punta de sus dedos. — ¿Por qué intentaría matarme para vengarse de ti, Antonio? ¿Después de haberme dado esa estúpida tarjeta de presentación para que me reuniera con él en el restaurante? No podría conseguir dinero por chantajearme si estuviera muerta.
— Quizás su plan siempre fue matarte. ¿Ojo por ojo? — Casper sugiere.
— ¿Qué tarjeta de qué restaurante? — La ira de Bash destella en sus ojos.
Lo saco de mi bolsillo para dársela. — Estaba en una caja en el coche cuando Gemma tuvo el accidente. Tengo una idea.
Bash se queda mirando la tarjeta antes de devolvérmela. Llamo al número y espero a que alguien conteste. Tras unos minutos, cuelgo.
— Le dije a los del restaurante que llamen a la persona que hizo la reserva originalmente y le digan que la reserva ha sido reprogramada. Puede que Steve no se presente a la nueva reserva, pero al menos debería estar por la zona para ver quién aparece.
— Me aseguraré de que esta vez esté bien muerto — murmura Gemma enfadada.
Se le pasa el enfado, se levanta y sale corriendo por el pasillo. Desaparece tras la puerta del baño y me deja a solas con Bash y Casper.
— ¿Cómo está? — pregunta Bash.
— Lista para continuar donde nos quedamos. ¿Qué vamos a hacer muchachos? Es definitivo que

el imbécil con cara de cicatriz es su ex que ha vuelto de entre los muertos. ¿Tenemos alguna actualización sobre Verducci y la situación de Frankie? No he tenido noticias de ninguno de sus matones mientras Gemma estaba en el hospital.

Bash gruñe y cruza los brazos sobre el pecho. — He tenido noticias de Don Vito. Me vendió Trips para sabotear a Verducci. A Vito no le hace gracia que su segundo al mando esté intentando ocupar su lugar, y me ha dicho que, si acepto una tregua, retirará su respaldo; ya sea financiero, policial y de otro tipo, de Verducci.

— Esas son buenas noticias. ¿Qué hay de esos policías que buscaban a Frankie y estaban dispuestos a reorganizar mi cuerpo para encontrarlo? — pregunto.

La voz de Bash es grave mientras habla. — La muerte de Frankie contaría como una baja para detener esta guerra antes de que inicie. Además, puede que le haya hecho creer a Vito que, Verducci saboteó el coche de Gemma luego de que la gente de Verducci no pudiera encontrar a Frankie. Estamos a mano.

— ¿Sabe Verducci que Frankie está muerto? — le pregunto y volteo hacia Casper.

Ambos se encogen de hombros, pero Bash suspira. — Da igual que lo sepa. Ya no cuenta con los infinitos recursos de Vito Dacosta. Podemos acabar con él y ponerle fin a esta mierda para que Gemma y tú puedan acabar con esta farsa. Podrán volver a sus vidas normales.

— Gemma es mi vida, Bash. No es una farsa para mí. Si todo sale bien y la guerra termina, quiero casarme con ella de verdad.

Bash se pellizca el puente de la nariz. — Eso depende de ella, pero ustedes dos tienen mi bendición mientras se mantengan alejados de esta mierda de la mafia, Antonio. No más fiestas en clubes nocturnos de la mafia o parchear a los nuevos jefes de la mafia.

— Eso es algo que, no tengo ningún problema en aceptar. — Inclino la cabeza en señal de agradecimiento antes de que se acerque a mí con la mano extendida.

Se la estrecho, pero él tira de mí para abrazarme. En cierto modo, siempre hemos sido hermanos, pero si Gemma me acepta, será en más de un sentido.

Gemma sale del baño más pálida de lo que me gustaría, pero no aminora el paso. — ¿Cuándo vamos a matar a Steve antes de que intente matarme de nuevo?

Capítulo 27: Gemma

Antonio y mis hermanos no me quieren cerca de este posible encuentro con Steve. Ahora está más claro que nunca que chantajearme nunca fue su intención. Se trataba de una venganza y de aterrorizarme poco a poco hasta el final.

Con la mayor parte de este caos amainando, Antonio y yo salimos de casa de mi hermano para ir a comer. La idea de pensar en nuestras vidas más allá de esto me produce niveles de ansiedad que nunca había creído posibles. ¿Vuelvo a mi apartamento? ¿Seguiré viviendo con Antonio?

Me ama, y aunque él me importe, me resulta difícil decir abiertamente que lo amo. Sé lo que siento. No quiero perder a Antonio, y el hecho de que él no me obligue a quedarme en su apartamento me hace estar aún más unida a él. Nuestros sentimientos son profundos y no tengo ninguna duda de que hay amor.

— ¿Qué día es el encuentro con Steve? — le pregunto a Antonio mientras nos alejamos de la casa de Bash.

— El 4 de septiembre — responde.

— Qué conveniente — replico. — Da la casualidad de que es el mismo día que mi cita con la doctora. También tengo fisioterapia ese día.

— Exacto, Gemma — dice Antonio.

Su voz es severa, inquebrantable, y empieza a tambalearse debido a la ira. — No vas a volver a acercarte a él. Ya has sufrido bastante y no sabemos a quién más está dispuesto a hacerle daño este tipo para llegar a ti.

— Me parte el corazón que mi ex haya irrumpido en la casa en la que crecí. Cuando me atacó, le disparé en defensa propia. Pero cometí el error de creer que estaba muerto, ¿y no puedo terminar lo que empecé solo porque tú lo digas?

— No lo tergiverses así, Gemma. No tienes ni idea...

— ¡Me utilizó! Ese maldito me utilizó para acercarse a mis hermanos y cuando no le di lo que quería, invadió mi espacio personal. Invadió el lugar que yo llamaba hogar. Me siguió por todo el país y sigue invadiendo mi maldito espacio. Intentó matarme, ¿y ahora no tengo voz ni voto para acabar con él?

— No — afirma Antonio con rotundidad.

No va a ceder y puedo sentirlo. La forma en que sus nudillos se vuelven blancos mientras sujeta con fuerza el volante lo revela.

— Bien, entonces ya que todo esto ha terminado, me encargaré de que lleven mis cosas a mi apartamento — le digo.

Parece que va a romper el volante cuando lo oigo crujir bajo su agarre. — Está bien.

No se resiste. No intenta detenerme.

El enfado silencioso de Antonio es sofocante en el coche y estoy agradecida cuando llegamos a su apartamento. No obstante, no me dice ni una palabra mientras empieza a recoger mis cosas de su oficina. Se mueve frenéticamente hasta dejarlo todo sobre la encimera.

— Traeré el carrito del vestíbulo y te ayudaré a meter tus cosas en el coche — me dice y se marcha.

Mi corazón se acelera porque no quería que esto se convirtiera en mi partida, pero mi orgullo no me deja ceder. Todo lo que nos ha pasado, a él, a mí, es culpa mía. Llevo dos malditos meses inactiva y no me van a arrebatar este momento. Quiero ser yo quien acabe con Steve. Quiero ser la que solucione el problema que yo misma causé. ¿Por qué Antonio no lo entiende?

Me niego a ser yo quien lo convenza o quien se resigne ante lo que está pasando. De todos

modos, no merezco ser amada.
Antonio no solo me ayuda a cargar las cosas en mi coche, sino que me sigue hasta la casa y me ayuda a meter las cosas en mi pequeño apartamento de una habitación. Cuando deja la última caja, me quedo sin palabras.
Antonio, sin embargo, se detiene frente a mí, aparentemente tranquilo mientras dice. — Te amo, Gemma. No quiero que Steve consiga su objetivo. Estuvo a punto de conseguirlo. Por favor, mantente alejada de esto.
Entiendo su postura, pero mi silencio es suficiente para decirle que es una promesa que no puedo cumplir. Se inclina para besarme, pero cuando no lo hago, suspira y me da un casto beso en la mejilla.
El sonido de Antonio saliendo por la puerta de mi casa no debería significar su partida de mi vida, pero así es. No es hasta la semana siguiente cuando tengo la oportunidad de contárselo todo a Natalie. Ha estado evitando continuamente a sus padres y cambia de número tan a menudo como cree necesario. Por lo que, tengo que esperar a que me llame, porque ella y Damian no están en la misma habitación.
— No estés triste, Gem — las palabras de Natalie están llenas de compasión. — Todo saldrá bien. Han creado un vínculo traumático y ahora que el trauma está remitiendo, tienen que ver si lo que sienten es real.
— Dijo que me amaba, pero luego pasó a ayudarme para que me mude a mi casa.
Natalie inclina la cabeza hacia un lado con una mirada inquisitiva en los ojos. — Por todo lo que me has contado, Gemma, eso no es lo que pasó. Casi mueres porque metimos la pata en Nueva York. Cuando Antonio dijo que no podías intentar solucionarlo de forma activa, te enfadaste y le dijiste que te ayudara a volver a casa.
— Pero Nat...
Me interrumpe. — Además de eso, prácticamente te sirvió su corazón en un plato y lo tiraste por la ventana. Suena como si hubieras usado a Antonio, protegiéndote de tu pasado, como una razón para huir de tus sentimientos. Él solo está haciendo lo que le pediste.
— No te estoy pidiendo que seas tan razonable, te pido que seas mi amiga.
Ella suelta una risita y suspira. — De acuerdo. Oh, no. ¿Cómo se atreve a no luchar para que te quedes en un lugar donde en realidad dijiste que ya no querías quedarte? Es un hombre horrible, terrible, no te conviene ese doctor papacito.
— Qué graciosa — me río. — Gracias por la perspectiva. Me va a costar mucho dejarlo ir, pero lo intentaré.
Hablamos hasta quedarnos dormidas con las pantallas de ambas mirando al techo. Los días siguen pasando y yo intento activamente buscar trabajo. Tengo una cantidad obscena de dinero en mi cuenta bancaria que estoy segura de que es de mis hermanos, pero quiero volver a valerme por mí misma. No gastaré ese dinero frívolamente, porque pienso devolver hasta el último céntimo.
Llega el día de mi consulta y, aunque Antonio y yo no estamos en los mejores términos, me pregunta si quiero que me lleve. Mis emociones me traicionan, pero no quiero seguir apartándolo. Acepto almorzar después de que termine para que él pueda estar con mis hermanos mientras ellos se reúnen con Steve.
En mi consulta, el ambiente estéril me trae recuerdos de mi sueño profundo. Detesto la otra palabra para designarlo y la he borrado de mi memoria porque no es más que otra cosa en la lista de cosas que Steve me ha hecho.
Antes de ver a la doctora entra una auxiliar. Tiene un carácter alegre, acorde con los

interminables días soleados de la vida californiana.
Su sonrisa es amplia y brillante cuando me dice. — Todo se ve bien. ¿Tiene los datos de su ginecóloga? No la tengo registrada.
— De momento, no. Tengo una en Nueva York y pensé que no tendría que preocuparme hasta mi examen anual. No tenía intención de quedarme aquí metida dos meses, así que se me olvidó. ¿Por qué?
— Quería saber adónde enviar su expediente médico.
— ¿Mi expediente? — pregunto. — Supongo que puede enviárselo a la Dra. Camilla Cannella, del Cannella Medical Group. Ella me hizo las últimas pruebas de ETS, pero no entiendo qué haría mi ginecóloga con mi expediente médico, ya que estaba inconsciente.
— Por su embarazo, Srta. Marzano — me dice como si eso fuera una información de lo más común. — Sus análisis de sangre demuestran que está embarazada, y la ginecóloga se encargará de confirmarle las fechas y cosas así.
El pánico se extiende a mi alrededor como si fuera una servilleta con cloroformo y me doblega con cada respiración rápida y fuerte. No puede ser.
Intento recuperar la compostura y me pongo en pie para preguntarle. — ¿Está segura?
— Sus análisis de sangre lo demuestran. Debería sentarse. Hoy tenemos aquí una ginecóloga por si quiera hablar con ella.
Me limito a asentir mientras el mundo parece enmudecer a mi alrededor. Las palabras de la auxiliar se funden en el aire a mi alrededor. Paso el resto de la consulta con indiferencia mientras pienso en cómo decirle a Antonio que estoy embarazada de él.
Finalmente, la ginecóloga confirma mi embarazo y, al parecer, estoy de nueve semanas. Cancelo la fisioterapia para ir a comer sola y pensar en todo esto. Sin embargo, no tengo demasiado tiempo para pensar, ya que dos hombres se me acercan cuando salgo del hospital.
— Buenas tardes, Srta. Marzano — dice el primero, con las mejillas demacradas y los ojos hundidos mientras extiende la mano. — Soy el detective Morningside. Ha habido un incidente con su prometido y necesitamos que venga con nosotros.
— ¿Él está bien? — pregunto mientras la preocupación me invade.
Me odiaría a mí misma si Antonio estuviera herido o, peor aún, si se hubiera enfrentado a Steve.
Saco mi teléfono para llamar a Bash cuando el más corpulento de los dos se adelanta y me lo quita de las manos. — ¡Eh! ¡¿Qué diablos?!
Morningside muestra su placa y el más corpulento su pistola.
La voz del detective es peligrosamente baja cuando me dice. — ¡Acompáñanos, calladita!

Capítulo 28: Antonio

Bash y yo estamos sentados en la esquina de un tranquilo restaurante del muelle 39 esperando a que aparezca Steve. Mi mente no deja de pensar en Gemma y una parte de mí quiere estar con ella, pero necesito que esto termine. Necesito ver a ese desgraciado pagar por lo que le ha hecho.
— Buenas tardes, caballeros. ¿Puedo ofrecerles algún aperitivo o alguna bebida? — dice el camarero con una voz demasiado familiar para mí, haciendo que me voltee y lo mire.
El imbécil trabaja aquí.
— Barry, éste es mi sector, hombre — interviene otro camarero antes de que pueda reaccionar.
Está claro que los colegas de *Steve* no tienen ni idea de quién es este imbécil.
Bash me sujeta el antebrazo porque no me doy cuenta de que había agarrado un cuchillo. Dejo caer el utensilio y me disculpo. Oigo a Bash decirle algo al otro camarero, pero mi mente solo está en el exnovio que está aterrorizando a mi prometida.
Su sonrisa burlona me incita a seguirlo. Por supuesto, hay docenas de personas alrededor, pero a una parte de mí no le importa. Mientras Gemma esté a salvo de él, será libre de vivir su vida sin mí. No tengo miedo de volver a la cárcel. Soy un hombre diferente al chico de dieciséis años que metieron allí hace tantos años.
La risa de Steve corta el aire. — Sabes que me sorprendió cuando apareciste con Sebastien. Esperaba a algunos soldados de bajo rango, pero mira... finalmente conseguí la atención de *Tre Fratelli*, de Don Sebastien Marzano. Y del nuevo juguete sexual de mi chica. Supongo que eres un tipo listo, siendo médico y todo.
Doy un paso más hacia él, dispuesto a golpearlo contra los tablones de madera bajo nuestros pies hasta que se convierta solo en una mancha de sangre sobre los tablones.
Levanta un dedo. — Espera un momento. Ya me diste una buena paliza la última vez. Creo que eso es suficiente.
— ¿Qué quieres? — pregunta Bash mientras se acerca por detrás de mí.
La forma en que se mueve nos obliga a llevar nuestra conversación más lejos de la gente que simplemente está disfrutando de su día.
— Quería ver a Gemma. Estaba destrozada luego de su accidente — se ríe y se pone una mano sobre el corazón. — Oh, espera, ¿lo estaba? Me sorprende que aún no haya intentado matarte. Le gusta matar a sus novios, como la Viuda Negra, ¿sabes?
Me aparto de Bash y él da un paso adelante. Estamos acorralando a Steve y no tiene ni idea de lo que se le viene encima. Cada paso que damos lo empuja hacia un callejón que lleva a una zona detrás de los restaurantes, de modo que, no se da cuenta de que está atrapado.
— ¿Dónde está mi pequeña Gemma? — pregunta Steve mientras sus ojos van y vienen entre Bash y yo.
Steve saca su teléfono y me lo agita en la cara. — A ver. Sabes que nunca quise que se estrellara en el agua. Quería que se estrellara, pero se suponía que saldría de allí con *mi* ayuda. Estaba deseando nuestro pequeño reencuentro.
Casper se aclara la garganta detrás de Steve, provocando que éste mire por encima de su hombro. Casper no está lo bastante cerca como para hacerle nada, pero distrae lo suficiente como para que Steve se acerque más a mí. Bash hace un movimiento brusco hacia su hermano y yo agarro a Steve por el hombro. Le doy la vuelta y, con un movimiento que he perfeccionado desde dentro, lo apuñalo varias veces en el costado del bajo vientre.
Cada estocada es contundente y rápida, dejando a Steve incrédulo de lo rápido que su vida puede llegar a su fin. Dejo que caiga a la acera, donde probablemente se desangre. Mientras se agarra la

herida, Bash se arrodilla a su lado.
— Steve, Barry, o quien carajo seas, tu plan funcionó, ya tienes toda mi atención. ¿Hay algo que quieras decirme ahora? — Bash le pregunta.
Steve gorjea un poco antes de tomar su teléfono, pero apenas tiene fuerzas para hablar. — ¿Dónde está mi Gemma?
Casper ya está en modo limpieza con hombres que se hacen pasar por policías para acordonar la zona. Nadie presta mucha atención cuando un grupo de personas con indumentaria adecuada para la limpieza de tóxicos se acerca con un barril de metal que presenta un símbolo de tóxico. Toman a Steve y lo meten dentro, pero yo tomo su teléfono antes de que se lo lleven.
Hay un punto que se desplaza por un mapa en la pantalla y es fácil deducir que Steve tenía la ubicación de Gemma en todo momento. La ira me invade y desearía poder matarlo de nuevo. En lugar de eso, presto atención a dónde está yendo el punto. No está en el hospital.
Llamo a Gemma para tranquilizarme. Prefiero que me maldiga por no darle el espacio que necesita, pero mis peores temores cobran vida cuando la voz del detective Morningside suena al teléfono.
— Hola, cariño — se burla Morningside. — Justo estaba pensando en ti. Como verás, te había dicho...
Con él en el altavoz, nos apresuramos hacia el coche más cercano y escuchamos cómo el detective corrupto me da instrucciones.
— Tengo a tu chica, doc. Tú y ese imbécil de Ronan tienen que venir a la dirección que te voy a enviar. Trae a Frankie también, ya que sabemos que lo escondiste. Dile a Frankie que devuelva cada dólar que le robó a Verducci. Eso es todo.
La llamada termina y me guardo el teléfono en el bolsillo, mirando a Bash.
Bash se acerca a mí y ambos miramos la pantalla. — Uno de los marcadores de ubicación ha dejado de moverse, pero este se dirige hacia Trips. Vamos por Gem, matemos a esos desgraciados, y luego le diremos a Casper que haga un barrido de las cosas de Gemma para asegurarnos de que no haya más rastreadores por ahí.
Dicho esto, nos dirigimos a Trips sin esperar a que llegue un mensaje de texto de Morningside. Tenemos el elemento sorpresa porque probablemente creen que deshacerse del teléfono de Gemma nos ha impedido rastrearlos. Estacionamos el coche, tomamos algunas armas y exploramos el lugar.
— Debemos detenerlos antes de que se lleven a Gemma dentro — dice Bash.
Eso me hace reír.
— ¿Qué es tan gracioso? — me pregunta.
— Gemma dice que hay agujeros de bala en una de las paredes del interior. No creo que añadir algunos más le reste algún valor.
— Cállate — se ríe Bash.
— Pero, tienes razón — le digo. — Deberíamos detenerlos antes de que entren. ¿Qué piensas acerca de acabar con unos policías corruptos?
Se encoge de hombros. — Lo que les pase es problema suyo. No deberían jugar si no están dispuestos a ganar uno de los premios. La cárcel o la tumba prematura, ese es el premio que se gana jodiendo a la mafia.
Asiento solemnemente, pero nuestra conversación se interrumpe cuando vemos llegar un coche negro. Son solo ellos dos, con Gemma riñéndoles en todo momento. Lo último que quiero es que se tomen con ella como lo hicieron conmigo.
— Iré por detrás de su coche y causaré una distracción. Cuando lo haga, tú te encargas de ellos y

yo de Gem — le digo a Bash.
Asiente mientras pongo en marcha nuestro plan. Se me acelera el corazón cuando Gemma los reprende mientras intenta zafarse de las manos del detective Oliver. Ese pedrusco humano parece aún más grande detrás de Gemma.
— ¡GEMMA, AGÁCHATE! — grito, haciendo que los dos detectives se den la vuelta.
Una vez que lo hacen, Bash le dispara a Morningside. Dispara una bala en la rodilla de Morningside y luego otra en la mano del detective. Mientras Gemma se tira al suelo, corro desde la parte trasera del coche.
— Ven por aquí — le grito.
Mientras el detective Oliver se mueve para sujetarla, Bash le mete una bala en el hombro, otra en la rodilla y luego una en la mano. Con los dos agentes fuera de combate, Gemma está a salvo en mis brazos. Dejo escapar un suspiro de alivio mientras ella solloza en mi pecho.
— ¿Te hicieron daño? — le pregunto.
Ella resopla y sacude la cabeza. — Estoy bien. Estamos bien.
La aparto de mí para mirarla a los ojos.
Estoy confundido. — ¿Estamos?
Gemma se pone de puntillas para besarme y dice. — Nueve semanas y contando.
Ahora no puedo pensar en las implicaciones de esas palabras mientras la acerco más a mí. — Gracias a Dios que estás a salvo.
Morningside se retuerce de dolor mientras nos grita. — ¿Creen que van a salirse con la suya? Esperen a que Verducci...
Bash lo interrumpe. — Creo que Verducci tiene mayores problemas. Verás, el FBI recibió una pista por parte de Don Vito Dacosta. Les proporcionó algunos de los contactos de Verducci en las fuerzas del orden y tengo la sensación de que sus nombres están en los primeros lugares de esa lista. Buena suerte, muchachos.
Una vez lejos de Trips, Bash nos lleva a Gemma y a mí a casa. Acordamos vernos más tarde, pero de momento nos deja solos en mi apartamento. Dentro del apartamento, Gemma sonríe al entrar.
— Ya tienes de nuevo una sala de estar. — Sonríe.
— Te tengo de nuevo, y ya no quiero dejarte ir, nunca. Pero sé que esto ha sido demasiado para ti, para nosotros y estoy dispuesto a tomarme todo el tiempo que necesites. Si quieres que nuestra relación termine, también lo entiendo.
— ¿Y nuestro bebé? — me pregunta.
— Apoyaré cualquier decisión que tomes, pero si nos eliges a nosotros — tomo sus manos entre las mías y la miro a los ojos para que se dé cuenta de mi sinceridad.
Dejo caer una mano para frotar su vientre mientras digo. — Si nos eliges, te elegiré a ti, *y a ti*, cada día.

Capítulo 29: Gemma

Dos meses después

— ¿Quieres dejar de tocar los agujeros? — Natalie me da un golpecito en la mano mientras caminamos por el recién renovado club nocturno convertido ahora en restaurante.
Trips es ahora *Tre Fratelli*. Los agujeros de bala siguen en la pared, aunque Bash ha convertido el local en un lujoso restaurante. Hay una pared con famosos mafiosos que hace que los agujeros de bala formen parte integral de la decoración.
Entramos al cuarto de baño, donde miro a mi amiga con desconfianza. — ¿Qué estás cocinando?

— No soy cocinera, y sabes que apenas puedo hervir agua. Se suponía que íbamos a hacer un intercambio, ¿recuerdas? Yo te enseño a tocar el piano y tú me enseñas a preparar un banquete para un rey.
Eso despierta mi interés. — Oh, ¿hay un rey en particular para el que cocinarás? — La forma en que Natalie se sonroja me dice todo lo que necesito saber. — ¿Quieres que te enseñe de todo o solo los platos favoritos de Damian?
Me tira una toalla de papel, riendo. — Cállate, y sí, enséñame primero todos sus platos favoritos. Es una pena que él tenga que quedarse en Las Vegas.
— ¿Cuándo regresas? — le pregunto.
— En cuanto venda la casa de mis padres — me dice.
— ¿Cómo va eso?
Deja escapar un suspiro y se apoya en el lavabo. Las dos llevamos elegantes vestidos de noche para asistir a una presentación privada del menú del restaurante. Hay algunas personas influyentes, periodistas y críticos esperando para entrar al restaurante con una lista de reservas más larga que la lista de excusas de Natalie para no aprender a cocinar.
— Madelyn y Joel siguen siendo los mismos de siempre, sin importar dónde estén. Piensan que aún no estoy fuera de peligro y quieren que vuelva a casa.
— ¿Y dónde está tu casa? — le pregunto.
— Donde sea que esté Damian — dice en voz baja.
Le doy un abrazo. — Me alegro por ti. Sé lo que te había dicho antes, pero también sé lo ferozmente que luchan mis hermanos para proteger a la gente que quieren. Y ahora que estás en ese grupo, espero que eso te ayude con tus padres. También puedes decirles que el tipo que me perseguía ya no es un problema.
— Dios, me habrían raptado si supieran que te ayudé a deshacerte del cuerpo de Steve y que todo eso se volvió en nuestra contra porque él no había muerto del todo.
— ¡Shh! — Le siseo y me agacho para ver si hay pies en las cabinas.
Por suerte estamos solas, pero nunca se puede ser demasiado precavida.
— No hay nadie más que nosotras. Todos los camareros se están preparando para el servicio. Por lo tanto, no, no saben nada de eso. Les dije que había un pervertido merodeando por el barrio y que ambas decidimos mudarnos. Como tregua temporal por haber tomado *una decisión inteligente* me están dando la libertad de vender la casa y ver qué puedo hacer con mi carrera en Las Vegas.
— Eso está muy bien, no es algo propio de ellos.
Las dos nos reímos y Natalie niega con la cabeza. — Eso no es muy propio de ellos, lo que significa que probablemente tendré a uno de sus investigadores siguiéndome en Las Vegas en

cuanto aterrice. Hablando de investigadores, ¿has recibido una citación para testificar en el juicio de Verducci y de Vito?
Me mofo. — Sí, el fiscal de la ciudad es implacable, lo cual entiendo. Pero ¿cuántas veces tengo que contar la misma historia? Dos policías que, en realidad, no eran policías, me enseñaron sus placas y me dijeron que le había pasado algo a mi prometido. Cuando intenté hacer una llamada, me llevaron. Jamás llegué a ver quién salió de entre las sombras para dispararles y dejarme escapar.
— ¿Esa es la historia?
Me encojo de hombros poniendo los ojos en blanco. — ¿Y qué pueden decir esos oficiales deshonrados? Yo no les disparé. Vito podría haberle pagado a cualquiera para que fuera por ellos, ya que su organización está destartalada. Bash había dicho que esa tregua no se mantendría y predijo que se volverían unos contra otros. Tenía razón, pero ¿por qué te llamarían a ti a testificar?
— No lo sé. Probablemente por el ataque de Frankie aquí esa primera noche. Oí que Frankie le robaba a Verducci, y Verducci le robaba a Vito, así que todos recibieron su merecido. Suficiente sobre ellos. ¿Cómo están tú, Antonio y mi sobrinita?
Ella arruga la cara mientras me arrulla la barriga. Apenas se me nota a las 17 semanas, pero, afortunadamente, este embarazo está tratándome bien.
— Todavía no sabemos si va a ser niño o niña, pero está siendo bastante interesante. Estoy a punto de mudarme y te espero en la inauguración de mi casa.
— Sigo sin entender por qué te mudaste a un apartamento en el mismo edificio.
Me hace reír. — Porque estoy aprendiendo a reconocer cuando estoy equivocada y cuando él tiene razón. Además, sigue moviendo los muebles en mitad de la noche y, el embarazo, las hormonas y la falta de sueño en general me estaban volviendo loca. Pero está trabajando en ello. Cuando nazca el bebé, vamos a construir nuestra propia casa cerca de Bash, en las afueras de la ciudad. Ahí podrá tener un cobertizo entero para mover muebles sin molestarnos ni a mí ni al bebé.
— ¿Dónde está Antonio? — pregunta.
— Está en casa porque le hizo una promesa a mi hermano de no frecuentar sitios de mafiosos.
— ¿Te sientes bien estando aquí?
— Sí, porque parece diferente. Se siente diferente. Es el restaurante de Bash y no me va a pasar nada si mi hermano, Don Marzano, es el dueño.
Terminamos de asearnos y volvemos al comedor. El bar es mucho más pequeño de lo que recordaba. La música suena suavemente, en lugar de a todo volumen, lo que podría provocar problemas de audición a los vecinos del barrio de al lado. El camarero nos sirve unas copas de vino y coloca una cesta de pan en el centro de la mesa.
La comida es deliciosa. Cada plato es mejor que el anterior mientras charlamos, reímos y hablamos de lo lejos que hemos llegado después de haber huido de Nueva York. Finalmente, llega la hora del postre.
Todos los camareros del restaurante salen a encender velas por todo el salón. Cuando un camarero nos acerca una bandeja de postres hasta nuestra mesa, me doy cuenta de que Natalie está más exaltada que de costumbre. Hay tres pequeñas cúpulas de postres encima de la bandeja.
— Ooh, qué bonito — sonrío mirando a Natalie, que está prácticamente rebosante de alegría.
Una a una, el camarero retira las cúpulas para revelar tres cajas de anillos de terciopelo. No puedo contener la emoción que me recorre el cuerpo mientras mi sonrisa se ensancha y me doy la vuelta para ver los ojos de Natalie llenos de lágrimas. Cuando miro de vuelta hacia las cajas, el

camarero se ha ido y Antonio está allí parado con un traje espectacular.
El camarero se pone detrás de mí para ayudarme a retirar el asiento y así poder levantarme, mientras que Antonio se arrodilla. Sostiene mi mano con una y me pone la otra mano en el vientre.
— Gemma Marie Marzano — dice mi nombre con la sonrisa más dulce dibujándose en sus labios. — Hay un millón de razones por las que te amo. Y una de ellas es la forma en que me animas a ser una mejor versión de mí mismo. Me permites ser un héroe para ti, pero también has arriesgado tu vida para salvarme. No sé dónde estaría si no hubieras vuelto a mi vida.
La gente del restaurante no puede contener los gritos de júbilo mientras las lágrimas corren por mis mejillas, y Antonio continúa.
— La segunda es que no permites que el amor dictamine tus actos. Me dices la verdad, aunque eso me incomode. Siempre me haces entrar en razón y cada día me impresionas con tu independencia y tu fuerza. Has pasado por muchas cosas y sigues sonriendo mientras avanzas hacia adelante. Mi amor, mi vida, mi futuro... Gemma Marie Marzano, ¿me harías el honor de permitirme elegirte a ti, *y a ti*, cada día durante el resto de mi vida? ¿Quieres casarte conmigo?
— Yo ya te había elegido hace mucho tiempo, Antonio. Te elijo ahora, y te elijo para siempre. Así que, sí, sí, mil veces sí, quiero casarme contigo.

EL FIN

Si quieres leer más libros románticos oscuros de la mafia con un toque especial, ¡puedes esperar con impaciencia: *La Novia del Diablo* (New York Bratva – Libro 1)!

Otros libros de Celeste Riley

Deseos Oscuros:
(Libros sobre dominantes multimillonarios de la mafia)
Devoción Siniestra (Libro 1)
Pasión Despiadada (Libro 2)
Atracción Implacable (Libro 3)

La Familia Mafiosa Romano:
El Jefe Mafioso y su Heredero Secreto (Libro 1)
Engrilletada por el Jefe de la Mafia (Libro 2)
Traicionando al Jefe de la Mafia (Libro 3)
Serie secuela: New York Bratva

La Novia del Diablo (Libro 1)

El Club de los Millonarios Bratva:

(Romance de harén inverso)

La Niñera de los Jefes Bratva (Libro 1)

La Madre Sustituta del Jefe Bratva (Libro 2)

Los Caballeros de la Reina Bratva (Libro 3)

Reznek Bratva:

Amante Bratva (Libro 1)

Amante Salvaje (Libro 2)

Amante Tóxico (Libro 3)

El Club Secreto de Los Reyes:

El Protector Oscuro (Libro 1)

El Mentiroso Malvado (Libro 2)

El Jefe Despiadado (Libro 3)

SOBRE LA AUTORA

Celeste Riley escribe novelas románticas de diversos géneros, pero tiene una especial predilección por las historias de amor oscuro con un toque especial. El antihéroe es siempre su personaje favorito, y cree que incluso los villanos merecen amor.

Cuando no está sentada en oficina hablando con gente que se ha inventado, Celeste está leyendo su libro favorito o pasando tiempo con su familia y su colección de mascotas, a veces hilarante y a veces agotadora. En la vida real, es veterinaria.

También puedes visitar mi página de autor en Amazon para ver los libros que ya están disponibles.